

EN EL PRINCIPIO FUE EL LIBRO

FLAVIO COCHO GIL

ADVERTENCIAS

Fue hacia 1985 que escribí la presente obra, *En el principio fue el libro*, que llamo "relato de fantasía real" porque todo en él es imaginación, fantasía, al hacer un recorrido literario por muy distintos lugares y épocas, pero es al mismo tiempo real, pues vía la imaginación y la fantasía lo que se hace es una crítica profunda a todo lo que se suele llamar *civilización* desde que el ser humano deambula sobre nuestro planeta. ¿Cómo diré?, esta obra es algo así como un *diablo cojuelo*, en grande, que observa y analiza todas las andanzas del ser humano en el devenir del tiempo, sus ilusiones, sus frustraciones, sus ideales y, ¡ay!, sus conductas torcidas y represoras incluso hasta el genocidio. Una obra, pues, muy ambiciosa.

Infortunadamente está inacabada porque con el paso del tiempo me fui crecientemente sintiendo fatigado para terminarla. A pesar de que le faltan unos tres o cuatro capítulos para considerarla completa, no importa mucho, porque casi está terminada. Es, pues, en lo literario, algo así como una "sinfonía inconclusa"...

Y, ahora, lector, buena lectura y tú ya eres el juez y crítico de la obra.

EL AUTOR

*A la memoria de nuestro amigo
Flavio Cocho Gil (1935-2013)*

El presente texto forma parte del polifacético *Caleidoscopio cultural*, tomo I, publicado de manera impresa durante 2010.

Dando continuidad a las intenciones del autor, anunciamos que a partir de ahora publicaremos en versiones electrónicas su obra, para ponerla a disposición de una buena cantidad de lectores.

Al pie de un limonero,
9 de septiembre de 2013,
LOS EDITORES

PREFACIO

Escribir este libro, lector, me salvó la vida. Esto, independientemente de que la obra sea buena, regular, o mala. Tú la tendrás que juzgar. Contesto así, de alguna manera y en lo que a mí atañe, a una pregunta como antiguo sea el escribir: ¿por qué se escribe?, me refiero literariamente. Dicen unos que porque tienen algo que decir, otros por sentir la necesidad de hacerlo, otros más porque sólo así pueden expresar lo que llevan dentro, sus vivencias. ¡Qué sé yo cuántas cosas se han dicho de ese tipo!, ciertas en diversos grados según el escritor. Mi caso, insisto, es mucho más específico: escribí lo que escribí para salvar la vida.

Me explicaré. Desde adolescente me apasionaba escribir. Podía expresar mucho mejor mi sentir de esa manera. Hice también algunos “pininos literarios”. Pero nunca imaginaba que algún día me lanzaría a la aventura literaria, tomando realmente en serio el intento de crear una obra como este libro. ¿Qué pasó? Pasó que, con los años y viviendo mil experiencias en la vida, llegó el aciago día en que, ¡no importan detalles!, sufrí una tremenda frustración sentimental. ¡Me parecía a mí, entonces, que el mundo se venía abajo!, al quedar, con esa frustración, cancelada una felicidad personal, que muchos años duró y que yo creía debía ser eterna. Duró días, pero eso pasó. Después vinieron otras crisis, anímicas, que acentuaron mi soledad interna, y que me hacían ver mi vida personal, por obra y gracia de nuevas frustraciones, no importando lo que aparentara exteriormente, sin perspectivas ni futuro.

Me sentía muy desgraciado. Un poco un robot que vivía por inercia, espantosamente solo por dentro.

Empecé entonces a pensar, ¡se piensa tanto cuando se está

solo!, que era una tremenda frivolidad mía rasgarme las vestiduras y compadecerme de mí mismo, un ser humano como muchos otros, cuando tantos viven hartas desventuras sociales, que anulan su alegría de vivir, el amor y la dicha a la que tienen derecho, ¡tantas cosas! Me llevaron entonces mis reflexiones a pensar que no pasarían tales cosas si no se impusieran en este mundo pecador nuestros intereses torcidos y oscuros. Egoísmos y bastardías de toda ralea, a cargo de una minoría de gente que, ilegítimamente, ostenta el título de seres humanos. Por ese camino llegué también a pensar que, ¡quién sabe!, quizá los peores son los mediocres, todos aquellos que, escondiendo la cabeza debajo del ala de su egoísmo individual, cierran culpablemente los ojos a los dolores de la humanidad. Los de “ando yo caliente y ríase la gente”. ¡Todas esas ideas, como en un caleidoscopio, empezaron a darme vueltas en la cabeza!, y también así llegué a sentir la necesidad de gritar contra eso, de cantar a la vida impugnando eso, y soñar con un mundo mejor. Y soñé escribiendo...

¡Por ese camino empecé a olvidarme de mí mismo!... surgió así este libro: *En el principio fue el libro. Un relato de la fantasía real*. Escribí y escribí, queriendo así plasmar todo ese sentir mío. A imagen y semejanza del personaje central de la obra, yo sufrí una catarsis. Pluma en mano, a medida que avanzaba en la obra, pensaba en la sociedad, en la vida, en –como en el libro se dice– esos mundos de mediocres, que sirven a unos para mejor someter la infinidad de humillados y ofendidos. Terminé pensando y escribiendo sobre el futuro por el que vale la pena luchar. Para que todos vivan, para que la dicha y felicidad sean comunes a todos, y no de unos en detrimento de otros.

Por eso, digo, literalmente, que este libro me salvó la vida. ¡Cuántas veces recuerdo, en mi desesperada soledad, y al sentirme individualmente frustrado por circunstancias anímicas que me desesperaban, cómo a mí llegaba la calma, cuando agarraba la pluma para seguir adelante con la obra!... soñaba entonces, en esos ratos, olvidado de mí mismo, en mil cosas de la humanidad, que han hecho sus alegrías y llantos, sus conflictos y problemas. En fin, me desdoblaba, dejando en un rincón mi ser individual con sus problemas, para ir flotando al encuentro de otros mun-

dos lejanos, mil veces más trascendentes que mi existencia personal. No sé si para un escritor es habitual o recomendable confesar así, tan llanamente, sus motivos íntimos vitales, que le hacen agarrar literariamente una pluma. Yo estimo necesario decirlo para que el lector comprenda algo que quisiera comunicarle de antemano: que sólo vale la pena, no sólo escribir sino leer, aquello que, al margen de convencionalismos y de la búsqueda de eso que llaman éxito, al margen también de reglas y normas literarias fijas e institucionalizadas, lo que se siente. Se siente y se expresa sinceramente. Y quiere, además, en algo contribuir a hacer de los demás y con los demás, un mundo futuro mejor.

En cuanto al libro en sí, en parte lo titulé “un relato de la fantasía real”, porque me he dejado llevar de la fantasía literaria, tal como yo la comprendo, no obstante lo cual... hablo de la realidad. Muchas veces, creo, cruda y despiadada, otras banal, y así... pero la realidad, quizás de una manera desigual, ¡es natural!, porque desiguales en todo son los mundos que he intentado describir. Diría yo que invento aquí, ¡todo el que escribe a su modo lo hace!, la forma e hilado del relato. Formas oníricas, leyendas, metáforas, otras mil maneras... pero siempre, sea como sea, he intentado subyazca la realidad. Hechos reales, que se han sucedido o suceden. Confieso que, a veces, desfallecía al escribir, porque mucho tuve que leer y aprender, sin nunca asimilar tanto como hubiera querido, para escribir cada capítulo, cada párrafo, cada línea. ¡Se puede soñar escribiendo!... pero, si se quiere soñar la realidad, hay que conocerla. Y a mí eso, en esta obra, me costó mucho tiempo y trabajo.

¡Estoy contento de haber hecho esto!, ya que, reitero, a mí me sirvió para, olvidándome de mí mismo y pensando en el conjunto de los seres humanos, salvarme y volverme a encontrar. Y, lo que es infinitamente más importante, intentar ofrecer al lector un testimonio, literario sólo, es cierto, pero que ha deseado ser muy concreto en algo que, todos los seres humanos, no debiéramos nunca olvidar: además de nosotros existen, física y anímicamente y de todas las formas, todos los otros del género humano. Y, en consecuencia, alcanzar la dicha y la felicidad propia, ¡poder vivir la vida plenamente!, sólo es posible si todos lo hacemos en conjunto.

Porque, como dijera Bertold Brecht: “Que nada sea considerado un bien, aun si parece realmente útil, y nada sea digno de alabanza, si de una vez por todas antes no cambia este mundo: porque precisa de ser cambiado...”

EL AUTOR

EN EL PRINCIPIO FUE EL LIBRO. UN RELATO DE LA FANTASÍA REAL

En el principio fue el libro. Sí. Sobre todo ese, con ese título barroco: *¡Escribe en mí y lo sabrás!* Su tendencia a la escritura, su pasión por los libracos viejos, ¡hasta algún ejemplar de la época de Gutenberg tenía!, lo habían llevado a eso. También sus frustraciones, sus ilusiones, sus ideales de vida. Todo junto. Todo eso se había, finalmente, materializado, en ese *¡Escribe en mí y lo sabrás!*, especie de nuevo diablo cojuelo hecho pergaminos y pastas; en ese libro.

Es difícil saber cómo comenzó todo. ¡Quién pudiera saberlo! “Técnicamente” con aquella ida al mercado de antigüedades, a esa librería de viejo. A donde iba y buceaba periódicamente, en busca de algún raro y antiguo ejemplar. En donde a veces encontraba, desde rancias y amarillentas novelas pastoriles, hasta obras esotéricas, pasando por alguna perdida comedia religiosa de sabor medieval. Pero el “detalle técnico” no explica realmente nada; a lo más fue la coyuntura fortuita que le hizo abrir esa especie de caja de Pandora encarnada en *El libro*. El, con mayúscula, porque no se parecía ni se parecerá jamás a ningún otro libro. ¡Eh, no!... a nada nunca publicado, si es que “aquello” fue alguna vez publicado, en el sentido ortodoxo de la palabra.

Quizás hay que pensar que el origen de aquellos tan sorprendentes acontecimientos debe encontrarse en la compleja personalidad humana, en la suya en particular. ¿Cómo decirlo?, verán...

Todos llevamos antiparras en la vida, a través de las cuales observamos al mundo y a nosotros mismos. Antiparras fabri-

cadadas con nuestras ideas, sentimientos, valores éticos, deseos de vivir, metas en la vida, que “filtran” la realidad y vía las cuales nos integramos a ella, y ella a su vez a nosotros. Todo eso que llamamos “conciencia interna”, parte, sí, de una conciencia social, colectiva, pero a la que nos integramos de acuerdo a nuestras propias particularidades. Es muy posible, ¡volvamos al tema!, que sus antiparras, su conciencia interna, fueran el origen y motor de lo que sucediera. En todo caso el incidente de la librería de viejo, y el encuentro con *¡Escribe en mí y lo sabrás!* sólo fue un disparador fortuito de todos aquellos extraordinarios acontecimientos. Tan extraordinarios que ni aun podría afirmarse cabalmente que realmente llegaron a suceder. ¿“Realmente”?... bueno, eso de “la realidad” es otro problema que habremos de ventilar a medida que avance el relato. Sucesos como aquellos –si es que pasaron– cuestionan todo sentido de esa palabreja.

Pero... ¡ordenemos las ideas!, que sean los propios acontecimientos los que, por sí mismos, aclaren el galimatías de las ideas sueltas anteriores. ¡Esperemos que las aclaren!

Pero, en fin, verán qué pasó. O mejor dicho, qué puede que haya pasado...

...Fue, desde siempre, un niño tímido, introvertido. Aún hoy, algunas veces, recordaba con dolor, el mote de “El retrato” con que antaño lo tildaran sus compañeritos de la niñez escolar. Porque decían: “sólo le falta hablar”. Hijo único de un matrimonio chapado a la antigua, a rígida moral decimonónica, su mundo familiar siempre estuvo plagado de tabúes, prohibiciones sobre “esto se hace, esto no se hace”, que conformaron en él un carácter “fajado”, autorreprimido. Tanto más, dado el cariño posesivo de esa autoritaria matrona que fuera su madre. En el barrio la llamaban “La generala”... y, a decir verdad, con la mansa aquiescencia de su marido, gobernaba a su familia como a un regimiento de coraceros. ¡Tanto más a su joven recluta! Debía “ser alguien”, esforzarse para serlo en el futuro. “Buenas costumbres, matrimonio y trabajo estable” fue un tríptico de aspiraciones que le fueron imprimiendo al joven recluta a lo largo de los años. Claro, aspiraciones ajustadas a las posibilidades de su familia, de su medio. De esa mediocracia del quiero y no puedo, que quisiera subir la escalera social pero que, en el

intento, siempre corre el peligro de caer más abajo que donde estaba. Y es que, las escaleras sociales, anchas hacia abajo, se estrechan notablemente, y se vuelven muy resbaladizas, hacia arriba. No fue todo esto sin consecuencias en lo que a represión y torcimiento de su vocación toca. Su introversión y timidez le empujaban hacia las aficiones solitarias, en particular hacia esos dos bálsamos de la soledad que son la lectura y la escritura. De ahí su vocación de origen hacia las letras y humanidades. Pero el "éxito en la vida" para las familias de la mediocracia no permite tales vocaciones veleidosas... más bien orientan a su gente hacia "lo concreto, lo útil". Así es que tuvo que estudiar una profesión técnica, digamos "de medio pelo" porque los recursos económicos no permitían otra cosa, que, como decía "La generala", su señora madre, "creará las condiciones para un buen matrimonio estable, como el de sus padres". El medio familiar "resolvió" también ese segundo problema... literalmente lo cazaron y casaron con aquella prima pecosa que, según decían, resultaría su ángel hogareño y báculo familiar eterno. "Según decían..." que se quedó en agua de borrajas porque, a los pocos meses de los esponsales, la prima tomó las de villadiego y desapareció de casa, al parecer, con un buen mozo y antiguo novio. Un cierto resquemor sí que le quedó a todo lo que oliera a matrimonio y bodorrios, desde tan infaustos acontecimientos. Pero, en el fondo, de alguna manera todo esto implicó una liberación. ¡Podía volver tranquilo a su soledad, a su lectura, a sus intentos de aprendiz de escritor!, por donde canalizaba una sensibilidad oculta.

Los libros y la pluma creaban el mundo onírico, imaginario, muy interno suyo, en donde dejaba volar ese "otro yo", libre y soberano, que hubiera querido ser. Además, pronto "La generala" pasó finalmente a mejor vida y pudo, así, ser parcialmente dueño de sí mismo. Parcialmente... porque, hijo de una educación posesiva y represora, y en lucha con un ansia interior de gozar y vivir plenamente la vida sin tabúes, terminó también siendo esclavo de mil rarezas contradictorias de su propio carácter. ¡Y es que la ecuanimidad, y eso que llaman voluntad férrea del ser humano para abrirse camino en la vida, es hija de convicciones firmes y vitales que no abundan en tierra de medianos!

Pero en la medianía, mediocridad, había nacido él. El caso es que, esa disímbola y contradictoria personalidad, encarnó en él aspiraciones y frustraciones en términos de “anacoreta de lo impreso”. En un solitario que, en sus noches y ratos libres, se liberaba del “mundo externo” dedicándose a transformar su hogar en una especie de muestrario y museo de viejos pergaminos y antiguos libritos que, dominicalmente y después del consabido paseo hasta el mercado de antigüedades, capturaba en las librerías de viejo, después de abstraídos y sesudos análisis. ¿Por qué lo impreso capturado debía ser “de viejo”?... Quizás porque lo “de nuevo”, abstracción hecha de sus prohibitivos precios, abordaba temáticas de moda que le recordaban una “vida externa”, gris y monótona, que quisiera olvidar.

De más está decir que, más que casa, ¡ventanas, paredes y puertas casi totalmente tapiadas por papeles y libracos envejecidos de todo tipo de espesor y tamaño!, parecía una de esas tiendas de antigüedades impresas, y enmohecidas, que hubiera podido describir Balzac.

Excepto alguna cama y otro mueble estrictamente imprescindible para vivir, ese antro bibliotecario, su “templo de las letras” lo llamaba él internamente, la única otra excepción a la regla lo constituía la presencia de un viejo escritorio, tipo *belle époque*, sobre el que, pluma en ristre, eventualmente intentaba plasmar su vocación de escritor.

¡Este, pues, como dicen los clásicos, es el “escenario histórico” que enmarcó los extraordinarios acontecimientos que habrán de relatarse!

El caso es que, un buen día, uno de esos domingos que metódicamente lo empujaban, pisada tras pisada, hacia las librerías de viejo, tuvo “el encuentro”. ¡Ya lo creo que sí! Ojear aquí, ojear allá, “pesar y medir” mentalmente lo que pudiera decir tal o cual libro, “de esos buenos antiguos”. Una tienducha de viejo tras otra, anaquel por anaquel. Un revolver continuo, en busca de algún libro interesante e ignorado, tan característico de aquellos maniáticos que dedican parte de su tiempo a ser los visitantes permanentes de esa empolvada cultura impresa de los mercados de antigüedades. Un ojear que, finalmente, lo lleva a aquel anaquel de literatura esotérica. ¡Tenía que ser “aquel” anaquel!

Sí, allí hizo “el primer contacto”, ahí lo encontró. Un libro de cantones dorados, de cuero semirroído. Del tamaño y espesor de esos medievales misales que andan por ahí, por algún museo. Le llamó la atención. Lo recogió y vio el título, *¡Escribe en mí y lo sabrás!* ¡Vaya título!, se dijo para su colete. Se supone que sobre los libros no se escribe, ya están escritos. ¡Esto promete! Se despertó su curiosidad. Empezó a ojearlo superficialmente. Más que hojas parecían papiros milenarios, pero... ¡qué original!, ¡y no parecía error de imprenta! La mayor parte del libro estaba en blanco, quizás sólo alguna frase encabezando una hoja, pero no más. “Un libro impreso, no impreso”. Siendo un libro tan antiguo no parecía una “originalidad literaria” a imagen y semejanza de tantos movimientos literarios de moda... “se sentía” que era algo más, mucho más que una frivolidad intelectual de otras épocas. Con avidez buscó el prólogo. Sí, lo tenía. En esto, al parecer completo. No muy largo, un par de páginas. En viejos caracteres de fines del siglo XV, de la época renacentista, en los que antaño se publicaban obras latinas y griegas redescubiertas. Los primeros pasos en escritura impresa, casi en los años de Gutenberg. Reconocía esto porque su manía libresca hacia todo lo viejo y antiguo le había proporcionado cierto olfato en tales menesteres, no obstante no haber poseído nunca una cultura universitaria en cuestiones de escritura y filología. “La práctica hace al monje” y, a este nivel, él era un monje sumamente capacitado, en medida de detectar casi cualquier origen espacial y temporal, a la simple vista de algo escrito. Su interés aumentó. Pero de ser sus suposiciones ciertas, tal prólogo debiera haber sido escrito en latín, lengua que desconocía pero que sabía reconocer de inmediato. ¡Y aquello se entendía! Algo andaba mal, lo que, si cabe, acrecentó su curiosidad. Desgraciadamente también se acrecentaba el interés del librero de viejo, un anciano malhumorado, por hacer el negocio y vender el libro. “¿Le interesa el libro?, ¿lo va a comprar?... Es que ya voy a cerrar...” No pudo, pues, más que echarle una ojeada rápida al prólogo, mientras pagaba al librero. “Lucio Apuleyo”, “Los hechiceros de Tesalia”, “San Agustín”, “Renacimiento”, “El libro siempre por escribirse”, y alguna frase suelta más apenas logró captar con la prisa. ¡Vaya mezcla de nombres y frases!, ¡y

qué es eso de “El libro siempre por escribirse”?... ¡Ya lo leería a sus anchas en casa, sin ese molesto vejete que lo acosaba con el pago del libro! Pero lo que era seguro es que el asunto prometía convertirse en una aventura literaria inolvidable, una vez de regreso a casa, en su “templo de las letras”. Salió de la librería de viejo, con su tesoro bajo el sobaco, y enderezó rápidamente sus pasos a casa. En busca de un destino inesperado, como no tardaría en comprobar. ¡Pero no nos adelantemos a los hechos!, o como quiera llamársele a lo que posteriormente sucediera.

El largo e impaciente paseo a casa, a “su templo”. Se arrellanó en la silla, frente a su viejo escritorio. En el sitio más recóndito y, para él, sagrado, de su templo bibliotecario.

Por fin la lectura del prólogo. Rezaba así:

Año del Señor 1469. La Roma de Pedro Barba, el veneciano, Paulo II, pontífice. Las obras del afriolatino Lucio Apuleyo son publicadas en folio. Su herencia literaria, desde *La metamorfosis* hasta su satírica defensa, en *Oratio de Magia*, contra las acusaciones que en vida sus suegros le hicieran de hechicero. Pero, ¡lector de épocas futuras!, la acusación no era falsa... el gran Apuleyo, nuestro maestro, conoció el don del manejo de las fuerzas arcanas, de esas fuerzas incorpóreas, impalpables, capaces de relacionar todas las cosas y actos de este mundo, y motivarlos e impulsarlos. ¡Divino conocimiento que recibiera en sus andanzas por Tesalia, tierra de los argonautas y los cíclopes, y origen de casi todas las leyendas de esa maravilla que fue la civilización griega! De Grecia surgió lo que, lector, en épocas futuras llamaréis “el pensamiento racional”, y la influencia, vía la doctrina de Platón y seguidores, que modularía el pensamiento filosófico del cristianismo.

El mismo Lucio Apuleyo fue un neoplatonista, y no en vano San Agustín fundamentaría la doctrina eclesiástica, en parte, en la lectura de sus obras. ¡Cómo no recordar *El demonio de Sócrates!*, de Apuleyo, origen de la apasionante defensa que San Agustín hiciera de la existencia de ángeles y demonios, y de la atormentada alma humana.

Pero el conocimiento arcano de las fuerzas ocultas, y de las profundidades del alma humana, fue plasmado por

Apuleyo en otra obra, que bien pudiera considerarse su herencia a las generaciones futuras. ¡El libro que hoy tienes en tus manos, lector, ¡Escribe en mí y lo sabrás!, y que nosotros, los fieles y seguidores del gran Apuleyo, sacamos a la luz en este año del Señor de 1490! En esta época que, en el futuro, llamaréis “renacentista”. ¡Sí, porque el maestro, el estudio de sus más profundos pensamientos arcanos, nos enseñó a prevenir, a imaginar el futuro!

¡Es más!... Esto que estás leyendo, redactado por nosotros en lengua latina, podrás siempre entenderlo, no importa cuál sea tu lugar de origen, época, y lengua natal. ¡Aun si no comprendes la lengua latina! No comprenderías, lector, por qué... bástate saber, digámoslo así, que el pensamiento verdadero y profundo, si realmente lo es, trasciende el formalismo del lenguaje que lo enmarca. Y esto es algo más que una figura retórica, ¡estás entendiendo lo que ahora lees no obstante que, seguramente, no conoces la lengua latina!

Pero lo importante no es esto... lo importante es que, este libro que tienes en las manos, es un libro siempre por escribirse. Sí, *siempre por escribirse*. ¡Por eso, aparentemente, está casi todo en blanco!, como posiblemente te ha sorprendido al verlo. Dícese de todo lo escrito que, a cada nueva lectura, nos dice algo nuevo y diferente, y en esa medida siempre cambia y evoluciona. ¡Es cierto!, porque en el tránsito por la vida el alma humana cambia, y con ello la apreciación que de todo tiene, escrito o no escrito. Pero siendo esto cierto, “filosóficamente cierto”, en el caso de este libro es “concreta y materialmente cierto”.

Verás por qué lector... De Mesopotamia, ¡gran tierra de magos!, y Fenicia, surgió la escritura alfabética que empleamos, y que, seguramente, emplearéis en el futuro. Este maravilloso conocimiento trascendió a Grecia... y, aun cuando es poco conocido, en particular a Tesalia, centro del mundo, en su época, del conocimiento y control de las fuerzas arcanas. ¡Así, Tesalia logró sintetizar el conocimiento de hechicería y magia! Síntesis a la que el maestro, Apuleyo, añadió su excelsa preocupación por el destino del ser humano, y sus avatares. ¡Es el destino del hombre, y su verdad última, lo que siempre le preocupará!...

En realidad, no tiene sentido, es irrelevantemente absurdo, todo conocimiento que no se plantee en su centro al

ser humano y, en especial, que no le enseñe a conocerse a sí mismo y a sus semejantes. ¿Cómo podría evolucionar y transformarse sin tal saber?

¡Todo esto se plasmó en este libro “siempre por escribirse”! Y en forma tal que todo lector, tú mismo ahora si tienes suficiente coraje para ello, sea su propio artífice en el conocimiento de su destino y el de sus semejantes.

¡La “técnica” para ello es muy simple, lector!... en una página en blanco escribe lo que te preocupe, lo que te atormente, aquello que, en el fondo y sin tapujos, siempre has deseado saber. “Algo pasará”, y el libro te contestará, “empezará a escribir”, de una forma en la que te verás directamente involucrado, vitalmente comprometido en ello. ¿Cómo?, ¡averígualo tú mismo!

Pero lo podrás hacer cuatro veces, digamos, sólo dispondrás de cuatro momentos vitales... Suele decirse que las fuerzas arcanas, cuando quieren, sólo conceden tres deseos a quien a ellas acude. ¡Nosotros somos más generosos y te concedemos cuatro! Creemos que Lucio Apuleyo hubiera, en su gran generosidad humana, estado de acuerdo en ello. ¡Tú tienes ahora, lector, la última palabra!

Se quedó sin alientos. Terminada la lectura de “aquello” su sorpresa no tenía límites. ¿Qué locura era aquello de “los cuatro momentos vitales” que le concedían? ¡Esta vez sí que sus periódicos descubrimientos en la librerías de viejo habían superado todas las expectativas! Lo menos que podía decir es que era un “encuentro singular”, literario. Y, para un solitario como él, introvertido que sólo lograba liberarse y expresarse cabalmente vía la lectura de libracos antiguos y sus pininos en la escritura, plenamente satisfactorio. ¡Y hasta todo con un gusto sobrenatural! Lo que, aun cuando intentaba decirse a sí mismo que todo esto era irreal e hijo de alguna loca mente calenturienta de otras épocas, no dejaba de preocuparle algo en lo más profundo de sí mismo. En parte porque el ser humano, muy a pesar de esto que llamamos “civilización moderna”, no ha logrado cabalmente desprenderse de ancestrales atavismos y temores de la época de las cavernas. Después de todo, cuenta habida del tiempo transcurrido desde el origen de la vida en nuestro pla-

neta, esto que llamamos “hombre y sociedad humanas”, casi es sólo, comparativamente, “cuestión de los últimos instantes”. En parte también, y esto aumentaba su preocupación no confesa, porque esas menciones a su destino y el de sus semejantes, y hacia la verdad profunda de todo ello, le recordaban inconscientemente su vida, sus ilusiones y, también, aspiraciones frustradas. ¡Tantas cosas!

Por su mente empezó a desfilar su atormentada niñez, su señora madre “La generala”, un matrimonio gris convenido a sus espaldas y finalmente desastroso, lo que quiso y no pudo ser y lo que no quiso y fue. Una especie de caleidoscopio mental, por el que se sucedían los grandes y pequeños momentos de un ser humano. ¡Y el *¡Escribe en mí y lo sabrás!*, ese dichoso libro pretensamente escrito por hechiceros seguidores de Apuleyo, le ofrecía conocer la “verdad última” de todo ello!

Presas, pues, de emociones indefinibles, reflejo de toda suerte de sentimientos y recuerdos que en él se habían despertado, quizás también por el esotérico ambiente de su “templo de las letras”, se decidió finalmente a probar fortuna. Como si las “fuerzas arcanas” que pretendían haber condensado en el libro, ya actuaran de antemano.

Tomó con firmeza la pluma y, abriendo el libro al azar por una de tantas partes en blanco, se dispuso a escribir algo. Algo respecto a lo cual, muy en el fondo de sí mismo, siempre había deseado conocer la verdad, o como se dice en los juicios penales, “toda y sólo la verdad”...

PRIMER MOMENTO VITAL: MEDIOCRACIA

... Y todos los diccionarios se pusieron de acuerdo.
¡Ya está!, dijo el más gordo. ¡Hay unanimidad!,
diremos:

Mediano, del latín *medianus*,
emparentado con *mediocris*,
sinónimo de mediocre;
popularmente, el quiero y no puedo,
no estoy en ningún sitio
y no llego a ninguna parte...

De una polémica entre diccionarios

Sobre la página en blanco comenzó a escribir:

“Siempre he querido saber quién soy íntimamente. A pesar de haberme encerrado en mí mismo, siempre quise saber la verdad de mis ideales, de mis aspiraciones, y si éstos se cumplirían. ¡Quiero saber incluso si mi vida ha tenido o tiene sentido!, y a qué género especial pertenece. Siento, no sé cómo decirlo, dudas sobre mi finalidad en la vida, sobre la finalidad de gente como yo. ¡Hay tantas cosas de las que estoy decepcionado, y tantas otras que hubiera querido ser!... que, finalmente, no sé bien quién soy ni lo que quiero. Decepciones, frustraciones, ilusiones, también este refugio de los libros que han conformado las murallas del castillo de mi personalidad, que en el fondo desconozco...” La pluma seguía escribiendo, como una confesión literaria a un diario íntimo. Conjugando así el malestar anímico de una vida gris, con su proclividad a la escritura. “Querencia a desahogarse con la pluma”, hubieran podido decir los taurinos... porque como hay “querencia a las tablas”, hay también “querencia a desfogar la propia amargura con papel y tinta”, sobre todo cuando ya se han pasado, como era su caso, el primer y segundo tercios de la vida.

No pudo seguir escribiendo más. Imperceptiblemente, “algo” empezó a suceder. Todo comenzó a girar, todo su “templo de las letras”, anaqueles con pergaminos y libracos de todo tipo, su mesa y él mismo incluido. ¿Un malestar pasajero, quizás hijo del cansancio y ajeteo del libro? Pudiera ser, pensó, recordando el largo paseo y permanencia en el mercado de antigüedades,

en las librerías de viejo. Además, debía contar también con el hallazgo de su precioso libro; eso le había alterado los nervios. ¡Todo puede influir en un malestar pasajero, en un mareo! Pero no, no parecía eso... porque todo giraba, con rapidez creciente por instantes, menos el libro, allí donde escribiera lo que escribiera. "Eso" era estático, terriblemente estático y anclado como si pretendiera ser el centro del universo.

El temor a lo inesperado empezó a embargarlo. ¡Pero ya era tarde para arrepentimientos! El ser humano suele arrepentirse de sus acciones sólo a través de la experiencia, esto es, cuando las cosas han sucedido y no hay retroceso. O no hay remedio. Y esto le sucedía. ¡Si ahí hubieran quedado las cosas!, pero, ¡qué va!, pruebas más duras le esperaban. Alucinado por lo que iba sucediendo, su temor se fue convirtiendo en pavor al ver que el libro, delante de él, crecía y crecía, hasta llenarlo todo. Como si estuviera ante un inmenso espejo, que más que reflejarlo intentara aplastarlo. Un espejo muy especial que parecía atraerlo, quererlo absorber hacia destinos desconocidos. ¿Parecía?... ¡lo absorbía!, cada vez más irresistiblemente. Cerró los ojos como queriendo conjurar aquella "realidad". En vano. Volvió a abrirlos; ahora, literalmente, caía y caía al interior del espejo, como si atravesara una puerta incorpórea hacia mundos ignotos. Volvió a cerrar desesperado los ojos. Sintió que caía, ahora que flotaba y era arrastrado en espiral, para mil sitios y direcciones, como una hoja juguete de corrientes de aire caprichosas.

Nunca supo cuánto duró esa tortura; pudo ser un instante, pudieron ser horas, ¡pudo ser cualquier cosa! Cuando se pierde el control de sí mismo también se pierde toda noción de espacio y tiempo. Sin embargo, todo comenzó a calmarse, lentamente, hasta que sintió quietud absoluta. ¿Dónde estaba?, ¡no se atrevía a abrir los ojos! ¡A lo mejor otra vez en su casa, en donde siempre estuvo!, se dijo; es natural, todo debe haber sido una alucinación pasajera, añadió para su coleteo.

Animándose con estas reflexiones, pero no muy seguro de ellas, fue lentamente separando los párpados. Finalmente abrió los ojos. ¡Dios mío!, ¿qué era aquello?...

LA COFRADÍA DEL BIBERÓN

Parece un mundo onírico. Al menos, los seres que ve en él así lo indican. ¡Seres planos!, ancho y largo, pero sin profundidad. “Personalidades planas”, sin dimensión interna. Sin nada dentro. Algo le hace sentir, sin que sepa por qué, que aquel aspecto físico externo, “planidad”, refleja estrictamente la vaciedad interna, cultural, anímica, ¡como quiera llamársela!, de aquellos singulares seres. “Son lo que parecen”, podría ser su lema. Se siente sumergido en ese mundo absurdo, parte y no parte de él. Puede asistir a los acontecimientos, pero no puede participar en ellos, sólo observar. Observar aquello le produce la misma sensación que provocan aquellas películas de fantasía, en donde, en un escenario real, actúan seres de dibujos animados, bidimensionales. Monigotes. Sí, eso son, se dice, monigotes. Monigotes que, pomposamente, intentan simular seres humanos. O, mejor dicho, cachorros de seres humanos. Adolescentes y jovencuelos. Concomitantemente con su “planidad”, con una superficialidad que no pueden ocultar, actúan teatralmente. Quien no tiene profundidad sólo tiene “yo externo”, teatralidad.

Observa, como embobado, la escena, que parece desarrollarse en un extraño café. Con un letrero sobre la pared principal, arriba de la barra: “La cofradía del biberón”. Como indicando sarcásticamente que, los imberbes y jovencuelos que ahí se reúnen, apenas hubieran soltado el biberón. Conatos de hombres.

En una mesa están sentados cuatro seres de esos, “plenos de planidad”. Uno de ellos viste estrafalariamente, moda rock, o algo así. Otro de pinta en blanco, un caballerito muy comedido y elegantín en el atuendo; traje, corbatita y todo eso. Otro más muy deportivo, parece anuncio de ropa “Adidas”. El último, en forma irrelevante y descuidada, con gruesos anteojos e incipiente barba, de esas “quiero y no puedo”; parece un conato de “intelectual crítico”. Sostienen una acalorada discusión. El monigote rock vocifera.

Monigote rock: ¡Agarren la onda hijos! ¡Para hacerla en la vida hay que pasarla chido! ¡No pelar los rollos de los adultos, ser uno mismo!, ¡por sí y para sí! La vida no hay más que una, la propia. Y hay que gozarla, vivirla intensamente...

Monigote caballero: Y, según tú, “agarrar la onda y ser chido”, ser para sí, es destruirse personalmente. Darle “a la hierba” y “al pomo”, y sus buenos “reventones” continuos. Droga, alcohol, y autodestrucción propia hasta ser piltrafas. ¡Vaya forma de “ser para sí”! Lo que hay que tener es una vida estable, honesta. . .

Monigote rock: ¡No la hagas de tos!, ¡cuál autodestrucción! Sabiéndose medir no pasa nada. ¡Eso de que pasa son rollos de los adultos, que piensan como en la Edad Media!, y que quisieran justificarse viendo cómo llevamos, también nosotros, su gris vida.

Monigote caballero: No la hago “de tos”. Pero sí creo que hay otras cosas importantes en la vida. . .

Monigote intelectual crítico: [Con un aire pomposo que intenta ser sarcástico.] ¿Cómo qué otras “cosas importantes en la vida” hay? ¿Tienes la bondad de decírmelo?

Monigote caballero: ¡Tener éxito, estabilidad económica, comodidades! Ser respetado, su buena esposa que lo cuida a uno. . . ¡Triunfar, pues, uno!

Monigote intelectual crítico: [Poniéndose de pie, extiende el dedo hacia el monigote caballero, y comienza a hablar grandilocuentemente.] ¡Ya! ¡Dinero, vicios personales “aceptables socialmente” que llamas tú comodidades, “ser respetado” viendo cómo halagan la propia vanidad los lambiscones, y una buena gallinita idiota de corral en casa! ¡El individualismo mediocre de este mundo vacío! ¡Casi es preferible ser un drogadicto, desarraigado y desadaptado, que un borrego imbécil que hace todo lo que le dice esta podrida sociedad!

[El monigote caballero se solivianta, y se levanta como para agredir al otro, pero interrumpe la discusión el monigote “Adidas”, el deportivo.]

Monigote “Adidas”: ¡Calma! [Dirigiéndose al monigote intelectual crítico, comienza pausadamente a parlotear.] Exageras. . . uno puede ser uno mismo. Tú dices eso porque siempre fuiste tímido, encerrado en ti mismo, incapaz de hacer lo que los demás. Con tanto control y prohibiciones que te impusieron tus padres, ahora envidias todo lo que les gusta a los demás. Yo, por ejemplo, no me preocupo de la vida de los demás. Quiero ser yo mismo y me importan un pito los otros. . .

Monigote intelectual crítico: [Con tono ácido.] ¿Y se puede saber qué quieres ser tú?

Monigote "Adidas": ¡Me gusta ser fuerte, hábil físicamente! Así tienes hartos éxitos con las muchachas, y todo el mundo te envidia. ¡Y te respetan en la calle, empezando por los enclenques!

Monigote intelectual crítico: "Fuerza y muñecas", ¡tus ideales en la vida! A imagen y semejanza de tus papás, ¡qué vaciedad!

[Interviene el monigote rock.]

Monigote rock: [Se dirige al monigote intelectual crítico.] ¡Tú sí que agarras ondas raras! ¡Simplemente no agarras ninguna! Todo te parece mal, y el encerrarte en ti mismo es tu única solución. A ver, ¿qué demonios quieres ser tú?

Monigote intelectual crítico: ¡Qué elementales sois! ¿Por qué hay que querer ser algo? Esta sociedad es una porquería, represiones, vicios, metas vitales frívolas, corrupción, ¡la naturaleza intrínseca e inherente al ser humano! ¡El muladar mundano! Yo me encierro en mí mismo, lo único que vale la pena...

Monigote rock: ¡Pinche frustrado!

[El monigote intelectual crítico se violenta muchísimo, y responde como un latigazo.]

Monigote intelectual crítico: ¡Mira quién habla! ¡Un as de la drogadicción y el alcohol, que "la hace en la vida y la goza chidamente" porque sus papitos le dan todo lo que se le antoja! Unos papitos separados, que quieren vivir por su cuenta, y que así pretenden sacudirse la responsabilidad de la pulga de su hijo. "De tales palos tales astillas".

[De tanta ira, el monigote rock no acierta a articular palabra. Pero interviene el monigote caballerito.]

Monigote caballerito: Por eso yo digo que quiero estabilidad, buena esposa que le cuide a uno...

[No puede continuar. Lo interrumpe el monigote "Adidas".]

Monigote "Adidas": ¡"Patria, familia y trabajo"! A la manera fascista, con salsa mediocre...

[Se arma el escándalo padre. Los "compañeros" monigotes se entrelazan peleando, y como si fueran muñecos de teatro guiñol, se doblan y caen ridículamente al suelo. La escena, súbitamente, empieza a oscurecerse.]

Ve cómo la escena se oscurece, girando al mismo tiempo como un torbellino. Se siente profundamente intranquilo, como si tuviera un malestar interno identificable físicamente. Un algo anímico que le produce intensas náuseas. El asistir a ese mundo de seres planos, monigotes superficiales como manejados por hilos de titiritero, le provoca una irrefrenable sensación de asco. Y, lo que es peor, también de asco por sí mismo. De alguna manera percibe que, en la escena teatral ridícula, a la que ha sido forzado a asistir por fuerzas arcanas incomprensibles, había algo de sí mismo. De lo que es, de lo que siente, y de lo que quiso ser. Y no es que se sienta identificado con alguno de los monigotes fantasmagóricos que acaban de desaparecer. ¡No!... pero, en todos ellos en conjunto, algo había de su íntimo ser. Con un desconcierto y desesperación creciente, mientras todo se oscurecía y giraba cada vez más aceleradamente, cerró los ojos. Mil ideas y reflexiones desfilaron por su cabeza al recordar lo apenas sucedido. ¡Se habían dicho tantas cosas y pronunciado tantas palabras!, pero habían faltado otras, cuya ausencia había empezado a molestarle. La escena de los monigotes sólo había conjugado el "yo personal", "yo quiero", y así... y, aun sin coincidir en esto los monigotes entre sí, ¿seres planos, tan superficiales, cómo podrían hacerlo?, en lo que no habían mencionado estaban todos de acuerdo. Nunca pronunciaron "nosotros", "todos colectivamente queremos", y así... cosas de esas no cabían, al parecer, en la feroz individualidad, "yo para mí y los demás que se joroben... como no sea para facilitarme hacer lo que yo quiero", de tan triviales monigotes. En cierta medida, todo eso implicaba, no sólo un frívolo encerrarse en sí mismo, sino un huir de la realidad colectiva. Y no un huir para delante sino para atrás, porque vocablos tales como "esperanza", "perspectivas", "alternativas" jamás fueron pronunciados. ¡Lo que, en

cambio, sí se pronunció fue la palabra “frustración”! A cargo del monigote rock. Con el vértigo de estas reflexiones en la mente, si cabe, se empezó a sentir peor. ¡Si esto era la “juventud dorada”, qué esperaba al mundo!, monigotes planos como aquellos, ¿qué cabía esperar?, ¿qué sentido tenía vivir? Sin embargo, una idea suelta le pasó por la cabeza, y empezó a tranquilizarlo... aun si esta locura que estaba viviendo fuera, caricatura o no, un reflejo fiel de la verdad última de este mundo, si aun así estaba todo perdido. ¡“La cofradía del biberón”!... Sí, pero el mundo de los adultos, de los seres humanos hechos y derechos, era otra cosa. No bien esta idea terminaba de pasar por su mente cuando, como si las fuerzas arcanas del libro de los seguidores de Apuleyo quisieran contestarle, todo giró más precipitadamente que nunca. Mantuvo los ojos cerrados firmemente, ¡para lo que le tocaba ver!, más valdría, se dijo, ser ciego. Pero, ciego o no ciego, los acontecimientos se precipitaban. Se sintió empujado en mil direcciones diferentes, ¡hacia quién sabe qué mundos extraños! Paulatinamente todo fue calmándose, aquietándose. Todo se inmovilizó. Había llegado a algún sitio. ¿Abriría los ojos? ¡Y qué remedio le quedaba!, no podía permanecer así, inmóvil, ciego a toda realidad *per saecula saeculorum*. Muy a su pesar comenzó lentamente a entreabrir los ojos, a separar los párpados.

¡Vaya sorpresa!... Títeres, sí, títeres, ¡títeres de cachiporra!...

TÍTERES DE CACHIPORRA

¿Saben ustedes qué son los títeres de cachiporra? Seres muy importantes. ¡Hasta García Lorca escribió en su honor!, una obra llamada así, *Títeres de cachiporra*. Los doctos remontan su origen, el de los títeres en general, a veces, al francés Mourguet y al famoso Polichinela italiano, hará cosa de dos siglos. ¡Ganas de atribuir a personas aisladas inventos populares! Pero, ¡qué va!, es un invento genuino y exclusivo del pueblo, que se pierde en la noche de los tiempos. Ya Petronio, “el árbitro de la elegancia” de la decadente Roma de Nerón, habla de ellos, y, ¡aun cuando es una leyenda a tomar con pinzas como todas ellas!, parece que en Grecia, si no vieron la luz, tuvieron su importancia. Dicen que en Tesalia, tierra de la hechicería, en particular. ¿Será cierto?, ¡quién lo sabe! El caso es que un títere, un ser que

no suele pasar de una o dos cuartas de estatura, pequeñajo pues, no caricaturiza a seres reales, como común e ingenuamente se cree... es algo más, es extrapolación y énfasis, ¡desorbitación si se quiere!, de los caracteres básicos de los seres humanos. Su "esencia", sin tanto adorno. Dice lo que somos, al estado puro, sin tanta mandanga. ¡Cuando nos imitan nos desnudan!... por eso son peligrosos. No en vano se dice pudo ser su cuna Tesalia.

Pero, en fin, lo que hay que saber es que suele haberlos de dos tipos, "los que se manejan por arriba", los de los hilos, y "los que se manejan por abajo", a *sotto voce*, los de guante, ¡quién no los conoce! Siempre hay algo, alguien que los maneja, aunque parezcan autónomos, ¡como a tantos seres humanos! Los de guante a veces llevan garrotes, cachiporras, para expresar eventualmente su disgusto... tienen el buen gusto de no ser hipócritas; si algo les molesta, ¡zas!, lo expresan al vecino sin contemplaciones.

¿Y qué decir del "universo titiritero"? Un teatrillo, una salita de unos cuantos metros. ¡Tanta grandilocuencia... reducida a un escenario minúsculo!, "su mundo vital". Se comen literalmente al mundo, quisieran ser todo y mil cosas, y, ¡ya ven ustedes!, sus perspectivas son estrechas, medianillas. A imagen y semejanza de muchísima gente que conocemos. Aquellos que pudiéramos llamar "los del medio".

Pero, ¡ojo!, si por azar los títeres tuvieron su origen en Tesalia, y en última instancia la hechicería... no habrá que olvidar, ¡seguramente los seguidores de Lucio Apuleyo no se olvidaron de ello!, que los títeres y muñecos representan algo más que "nuestra esencia humana sin tapujos". ¡Pueden ser nosotros mismos!... y al verlos, hacernos ver a nosotros mismos, no tal como parecemos, sino, a secas, como somos cuando nos arrancan esa careta social que, pomposamente, llamamos civilización. Y constatar eso puede ser sumamente doloroso. Pocos tienen el valor de afrontar eso, porque suele ser afrontar la propia pequeñez e intrascendencia. Y algo así estaba a punto de sucederle al personaje de nuestro relato...

En efecto, del trauma de los sucesos de "la cofradía del biberón", parecía entrar en otro mayor. Abiertos los ojos, sin dar crédito a lo que delante tenía... Títeres, sí, ¡de cachiporra! ¿Qué

significaría eso? En todo caso, no podía sustraerse a la escena; las fuerzas arcanas parecían inmovilizarlo y, quisiera o no, obligarle a presenciar quién sabe qué acontecimientos grotescos.

Delante de sí un teatrillo de esos de guiñol. Un pequeño escenario como de dos metros por metro y medio, como en las ferias. Se presenta un títere, un payaso, con una campanita en la mano, que hace sonar desaforadamente. ¡Clanc, clanc, clanc...!; chillón como todos los payasos.

Títere payaso: ¡Atención! ¡El retablo del mundo, el retablo de Maese Apuleyo, presenta “la mediana historia de los adultos medianos”! ¡En dos tiempos!

[Al oír aquello, se empezó a sentir mal, ¡después de “la cofradía del biberón”, aquello! Presentía que era una alusión sangrienta a su propio ser, nivel y naturaleza social. Pero el payaso sigue parloteando.]

Títere payaso: ¡Clanc, clanc, clanc, anuncia la campana! ¡El retablo del mundo anuncia sus famosos actores! ¡Jerarquillo, Propietero, Familina y Laborín! ¡Clanc, clanc, clanc, anuncia la campana! ¡A empezar! ¡Padre, hijo, sobrino y espíritu santo de los “medios medianos”!

[El títere payaso hace mutis.]

La alusión le parecía obvia. “Jerarquillo, Propietero, Familina y Laborín”. Evidente distorsión lingüística de los conceptos de autoridad, propiedad, familia y trabajo. ¡Pensando en esto le vino súbitamente la imagen de su fallecida señora madre “La generala”! ¿A dónde querrían ir en ese “retablo del mundo”?, se preguntó. Cada vez le gustaba menos todo esto. Arraiga en él el presentimiento de que asistiría, más que a una farsa titiritera, a una burla cruel en la que estaría involucrado. A sus costillas. Pero no podía hacer nada, sólo observar...

En el pequeño escenario del “retablo del mundo” aparecen dos títeres. Su atuendo quisiera corresponder a las vestimentas de principios de siglo. Uno es títere masculino y, el otro, representa, exageradamente, una augusta matrona de gesto austero.

Pero, ¿qué es esto?, ¡Dios mío!... El títere matrona parece una reproducción a escala de “La generala”, su desaparecida madre. ¡Empieza la burla!, se dice. Con desesperación creciente fija intensamente la atención en el escenario. Descubre otros detalles. El otro títere, pomposo, con un ridículo aire autoritario, quiere ser enjuto y severo. Le recuerda a un antiguo y odioso maestro de su adolescencia y de sus años mozos. Si recuerda bien lo que anunció el títere payaso, deben ser Familina y Jerarquillo. Corresponden los nombres, a sexo y aspecto.

En efecto, así es. Habla, ¿habla?, ¡vocifera!, Familina, ¡ya saben ustedes cómo son los títeres!, y sobre todo, los títeres de cachiporra.

Títere Familina: ¡Sí, Jerarquillo!, ¡la familia es el pilar sagrado y básico de la sociedad, de la patria! ¡Familia y patria! ¡Sin familia no hay patria! ¡Es el templo donde se forjan las inmarcesibles costumbres cristianas! La cuna donde se aprende la moral, el respeto. ¡Donde el ser humano faja y controla la voluntad, y aprende humildad, respeto al próximo! ¡Donde moldeamos nuestros deseos y aspiraciones a la medida de lo que debemos ser, aptos para jugar el papel que la sociedad nos designe!, ¡sin buscar tres pies al gato, y sin querer ser, irresponsablemente lo que no podemos ni debemos ser! ¡Bien dice el refrán: “cada quién en su lugar y el villano en su rincón”!

[El títere Jerarquillo parece escucharla embelesado, emocionado. Estira grotescamente los brazos, como queriendo aplaudir. Se estira todo lo que puede, disponiéndose, ¡todo lo indica!, a echar uno de esos “discursos titiriteros” de pronósticos reservados.]

Títere Jerarquillo: *[Emocionado.]* ¡Sabios, profundísimos conceptos, Familina! ¡Mujeres como tú son las depositarias de la patria, del futuro social! Ángeles guardianas de nuestro futuro y civilización. Permíteme, no obstante, ¡oh, ilustre Familina!, completar tus penetrantes ideas, con alguna humilde mía...

Títere Familina: ¡Claro, Jerarquillo!

Títere Jerarquillo: Familina... dices “familia y patria”. ¡Añadamos su fundamento, sin lo que la familia se resquebrajaría y la patria se disolvería! ¡Y cómo lo lamentaríamos todos! ¡El trípico

sagrado es: "Familia, patria y autoridad"! Sí, autoridad y autoridad, ¡mucho autoridad! El fundamento del respeto al próximo, de no envidiar lo que no es de uno, y de mantenerse en el lugar social que a uno le corresponde sin aspirar a más. ¡La sociedad si no sería un caos!

Títire Familina: [Enarbolando, ¡salida quién sabe de dónde!, tremenda cachiporra.] ¡Ay, Jerarquillo, cuánta razón tienes! Pero bien sabido que me lo tengo yo eso. ¡Por esa vereda me he esforzado yo en encaminar a mi prole!

Títire Jerarquillo: ¡Eh, sí!... Autoridad y disciplina, ¡mucho disciplina! Es lo que forma el carácter...

[Entra corriendo, jadeando y haciendo aspavientos, otro títere. Su aspecto puede ser el de cualquier empleadillo, un "chupatintas", o así; se trata del títere Laborín. Se dirige al títere Familina.]

Títire Laborín: ¡Familina, esposa mía!... Me voy a trabajar, me voy a trabajar. ¡Que voy a llegar tarde!... ¡Ah, hola, Jerarquillo! Discúlpame, pero me tengo que ir; tengo muchos expedientes atrasados en la oficina, muchos. [Y dice todo esto casi sin resuello, como el que está nervioso por una tarea vital que no alcanza a realizar.]

Títire Jerarquillo: ¡Felices los ojos que te ven, Laborín! Pero, cálmate.

Títire Laborín: ¡No puedo, no puedo! Ya me tengo que ir... me tengo que ir, que ir...

Títire Jerarquillo: ¡He aquí un firme sostén de la familia, de la sociedad, de la patria! Laborín... ¡Siempre tan activo, tan disciplinado para el trabajo, tan bien dispuesto! Gran ejemplo para la juventud. Pero, Laborín, dime, ¿cuál es hoy el motivo de tu sagrada preocupación por el trabajo?, ¿qué expedientes tienes que arreglar en la oficina? Seguramente debe ser algo importante.

[El títere Laborín se para un instante, a pesar de su prisa, la cortesía, y cierta estimación por el títere Jerarquillo, le obligan a eso.]

Títire Laborín: Pues, mira, ¡no sé!, además, no tengo por qué saberlo. Yo trabajo y trabajo, ¡es mi función! Y como yo, otros. Así todo marcha bien en la oficina, ¡que es lo que debe ser!

Títere Jerarquillo: ¡No podía ser menos!, de tan insigne esposa tan consciente marido, ¿qué digo marido?, ¡ciudadano! Los que se preguntan el objeto de su actividad, son los vagos que así quisieran justificar no realizarla. ¡Y qué sería entonces de la disciplina y el orden?, ¡un caos!, ¡un mundo invivible! Es la actividad la que mantiene en forma al ser humano. ¡Sigue tu camino, Laborín! Que tengas buen día.

[Sale corriendo el títere Laborín. Pero en el entretiempo, ha entrado a escena otro títere, que ha escuchado parte de la conversación. Alguien muy atildado, vestido con cierto lujo. Bueno, ¡lujo mediano! Alguien que posee algo, riquezas o propiedades, pero “a término medio”. ¡Después de todo es un “títere de clase media” como los anteriores! Lleva debajo del brazo unos papeles enrollados y atados con un listón brillante y verde. Se dirige a los otros dos títeres en presencia, Familina y Jerarquillo. Debe ser el títere Propietero.]

Títere Propietero: ¡Buenos días, Familina, Jerarquillo! Os he oído, y también a mi buen amigo Laborín. . .

Títeres Familina y Jerarquillo: [Al unísono.] ¡Buenos días, Propietero! [Y lo dicen con cierta humildad, como quien tiene profundo respeto al que tiene algo, propiedades, riqueza. . .]

[Continúa hablando el títere Jerarquillo.]

Títere Jerarquillo: ¿Y qué te trae por aquí, Propietero?

Títere Propietero: Vengo de paso, y he querido saludaros. . .

Títere Familina y Jerarquillo: [Al unísono y con voz que intenta expresar profundo agradecimiento; unas voces algo melosas.] ¡Muchas gracias, Propietero!

Títere Propietero: . . . Sí, pasaba por aquí, camino del notario. Voy a registrar unas propiedades mías. [Y, diciendo esto, enarbola pomposamente los papeles enrollados que llevaba debajo del brazo, como si fueran una cachiporra.] ¡Ah, la propiedad!, ¡lo que da sentido a todo orden y autoridad! Y a trabajos como el de Laborín. . .

Títeres Familina y Jerarquillo: [Con un evidente y ridículo servilismo, ¡son tan exagerados los títeres!] ¡Cuánta razón tienes, Propietero!

[*La escena guiñolesca paulatinamente se apaga. Claridad otra vez, y sólo está el títere payaso, campana en mano.*]

Títere payaso: ¡Clanc, clanc, suena la campana, clanc, clanc! ¡El retablo de Maese Apuleyo con el segundo tiempo de “la mediana historia de los adultos medianos”! Pasaron los años, medio siglo, ¡como un suspiro! ¡Otros famosos actores, también con los insignes nombres de Jerarquillo, Propietero, Familina y Laborín! ¡Clanc, clanc, clanc, suena la campana! ¡Empieza “la insólita metamorfosis de los medios medianos”!

[*Y el títere payaso hace mutis.*]

... Pero volvamos a nuestro personaje central. ¡Alto en el camino saludable, en esta comedia titiritera, para apreciar su estado del alma! La de un espectador privilegiado, a quien fuerzas arcanas obligan, de grado o por fuerza, a presenciar, como si lo viviera, “el retablo de Maese Apuleyo”. ¿Qué sentimientos desfilan al interior de nuestro personaje? Desasosiego, como dicen los diccionarios, “ausencia de quietud, tranquilidad, serenidad, paz interna”. Lo que acaba de ver es, con esa “verdad titiritera” que no pierde tiempo en adornos, el mundo de su niñez. Se lo han mostrado de manera descarnada y salvaje. Y no le gusta. No le gusta nada. Pero aún habría de presenciar otras cosas...

En efecto, entra en escena un títere femenino. Debe de ser la nueva Familina. Atuendo unisex, de estos de los tiempos que corren, en donde más que “sexo único”, la ropa parece indicar ausencia de todo sexo. Se desplaza desparpajadamente por el escenario, con un no sé qué exagerado a seguridad machuna. Pero, ¡Dios mío!, ¿qué es eso?, se dice nuestro personaje central. ¡La burla del “retablo de Maese Apuleyo” parece empezar a fondo desde el primer instante!, ¿qué humillaciones tendrá que observar? Sí, el títere Familina, esta nueva Familina, tiene el rostro de aquella prima suya, de la esposa que lo dejara, con un palmo de narices años ha.

Detrás del títere Familina entra otro títere. Nada de particular en él, pudiera representar uno de tantos “medios medianos” que andan en circulación. El títere Familina se dirige a él.

Títtere Familina: ¡Jerarquillo! ¡Muera el conservadurismo, el tradicionalismo hogareño decimonónico! No hay más que una vida, particular e intransferible. Cada uno debe gozarla y vivirla intensamente mientras haya energía para ello. ¡Existe yo y el presente!

Títtere Jerarquillo: Eso digo yo, dilectísima Familina. [*El títere suelta eso con tono semipedantesco.*]

Títtere Familina: Tú sí que me comprendes, Jerarquillo. “Hogar, sacrosanto hogar”. ¡Qué horror reaccionario y opresor! La jaula de oro donde antaño se amustiaban las ilusiones femeninas. ¡Amor a las cacerolas en tono de vida gris!, a la omnipotente sombra del macho paternalista. No éramos más que aves de corral... ¡Pío, pío, pío, pajaritos caseros de ornato!, juguetes sexuales del amo del gallinero...

Títtere Jerarquillo: ¡Excelsa Familina, fémina sin par! [*Y, el títere, al decir esto “sube el volumen” de pedantería.*] ¡Tú sí que te has realizado!, y enfrentado a la vida con valor, sin convencionalismos, con la sabiduría de una nueva Palas Atenea liberadora...

Títtere Familina: [*Evidentemente ablandada por las palabras de su interlocutor, y mirándolo como una golosina.*] Gocemos la vida juntos. Pero los grises problemas cotidianos de la vida, resolvámoslos cada uno por separado. ¡Independencia, sagrada independencia!, fundamento de la realización propia. Como dice el dicho: “Cada perro que se rasque sus pulgas”. Bueno, ¡pero no hablemos de pequeñeces!, sino de los bellos momentos de diversión en la vida. [*Y vuelve a mirar al títere Jerarquillo con ojos agradecidos y golosos.*]

[*Pero estando en estas, entra en escena otro títere, e interrumpe el parloteo. No se puede decir que está vestido con gusto, pero sí a la moda. Como alguien esclavo de la moda, y de esta sociedad de consumo pecadora nuestra. El títere Jerarquillo se vuelve hacia él y se sorprende al verlo.*]

Títtere Jerarquillo: ¡Propietero!, ¡dichosos los ojos que te ven!, ¿qué haces por aquí?

Títtere Propietero: Hola, Familina. [*Volviéndose al títere Familina con un gesto rápido, y centrando después su atención en el títere Jerarquillo.*] Hola, Jerarquillo, ¿te acuerdas de aquel contrato con

el ministerio?, ¡sacaríamos nuestros buenos billetes si lo obtenemos, y parece que ‘el contacto’ está de acuerdo en concedérselo! [Y diciendo esto mueve brazos y manos como indicando dinero.] Le “untamos” lo convenido y ya está. . .

Títire Jerarquillo: ¡No me digas! Explicame eso. A mí me vendría bien porque tengo unas cuantas deudas. Algunos articulillos de primera necesidad que no hemos podido pagar. La televisión a colores, la última letra del coche turbomotor, cositas así. . . ¡me salvas! [Ha perdido el tono meloso y pedante de antes, ahora su voz denota una codicia incisiva.] Explicame más. . . [El títire Familina se incomoda, viendo que no le hacen caso. Se estira dignamente y hace ademán de retirarse.]

Títire Familina: [Con voz que quiere ser sarcástica.] Bueno, veo que estáis muy ocupados con asuntos trascendentales. ¡Me voy!, me espera una larguísima jornada de diez horas de trabajo, y no puedo perder más tiempo. La oficina me espera. [Y hace mutis.]

Títire Propietero: [Haciendo un distraído gesto de saludo al títire Familina.] ¡Adiós, Familina! ¡Qué mujer, Jerarquillo! Trabaja en esa oficina todo el santo día, ¡no la envidio nada! . . . Yo ya hace años que me liberé de esas explotaciones. ¡Ahora lucho para que los demás trabajen para mí! . . . Pero volvamos al asunto, Jerarquillo. . .

Títire Jerarquillo: [Con voz impaciente y codiciosa.] ¡Sí, volvamos al tema!

Títire Propietero: “Untando” al contacto ministerial con algunos billetejos, el asunto marcha. Te lo vengo a consultar, a ver si estás de acuerdo, porque de esta manera nos saltamos a la torera otras autoridades ministeriales, y hay cierto riesgo. ¡No es que yo tenga respeto por “la autoridad” ni por la ética y moral profesional, porque los tiempos que corren no están para mandangas!, pero puede ser peligroso y. . .

Títire Jerarquillo: [Con voz impaciente.] ¡La moral es un árbol que da moras!, no me salgas ahora con falsos escrúpulos de colegiala. ¡Y “la autoridad”, la “jerarquía”!, ¡qué autoridad ni qué rábanos! Despierta Propietero, vuelve en ti, ¡este mundo es de los audaces! La autoridad la dan los billetejos, y los billetejos la ascensión social y el éxito. Da gracias, Propietero, a que vivimos

una época movida, progresista, en la que si se sabe “conseguir y usar grasa” [*y hace un aspaviento como indicando dinero*] se consigue todo...

Títtere Propietero: Tienes razón. Además, si este negocito sale, quizás pueda pagar algunas hipotecas de esas propiedades más que tú sabes. ¡La propiedad es la que da estabilidad de espíritu! Pero, Jerarquillo, hay otro problemilla menor... si nos dan el contrato, ¿quién rayos va a hacer el trabajo real?; como quiera que sea el ministerio pide se “tape el ojo al macho”, y algo se haga...

Títtere Jerarquillo: Sí, tienes razón... Pero, ¡ya está! ¿Sabes el cuento de “la muralla china”?

Títtere Propietero: No...

Títtere Jerarquillo: Cuentan que el emperador de China, para protegerla de las invasiones bárbaras, decidió construir una muralla. Encargó, pues, a su primer ministro. Éste, que era avisado, lo encargó a su vez a funcionarios menores, ¡y así siguió la cadena hasta que se encontró con un humilde campesino, poco listo pero muy trabajador, que apechugó con toda la construcción! Lo que necesitamos nosotros es un buen tontaina de esos, trabajón y lleno de escrúpulos, para que el poco salario que le demos le parezca “el precio justo”...

Títtere Propietero: ¡Laborín! [*Y hace esta exclamación extendiendo los brazos, como quien ha encontrado la piedra filosofal.*]

Títtere Jerarquillo: ¡Me quitaste el nombre de la boca!...

[*En eso, entra a la escena guiñolesca otro títere. Con atuendo descuidado y paseándose por la escena como ido, ensimismado en quién sabe qué pensamientos transcendentales. Sin duda es el títere Laborín.*]

...Pero, ¡volvamos provisionalmente a nuestro personaje central, juguete de las fuerzas arcanas de los seguidores de Lucio Apuleyo! Clavados sus ojos en esta farsa titiritera que se ve obligado a presenciar, todo su cuerpo se crispa al notar los rasgos del llamado títere Laborín. ¡Está visto que Maese Apuleyo y su retablo no perdonan broma pesada alguna, de esas que duelen como espinas que se nos clavan en sitios sensibles! Porque son los rasgos suyos, Laborín el títere es él mismo, a escala guiñol. Pero sigamos observando los acontecimientos...

Títere Propietero: [Dirigiéndose en voz baja al títere Propietero, e indicándole la presencia del recién llegado.] Hablando del ruín de Roma... ¡Laborín, felices los ojos que te ven! [Y sube el tono de voz, que intenta ser calurosa y amigable.] Hemos estado pensando y hablando de ti...

Títere Laborín: ¿Sí, por qué?...

Títere Jerarquillo: Verás, Laborín. Sabemos que tienes dificultades económicas, ¡cuánto lo lamentamos! Pensando en esto, y en que tenemos ciertos trabajos que debemos encargar a alguien honesto y eficiente...

Títere Propietero: ...hemos pensado en ti. ¡No es que no dispongamos de otra gente!, ¡pero los amigos son los amigos! Ganarías un buen dinero, un precio justo, y te sentirías útil a ti mismo y a tus congéneres...

Títere Laborín: [Con aire de quien está en otra parte.] No me interesa...

Títeres Jerarquillo y Propietero: [Al unísono.] ¡Cómo que no te interesa!

Títere Laborín: No... ¿para qué dinero? Con el que tengo me basta. Lo que me ofrece esta sociedad, vacua y trivial, no va acorde con mi sensibilidad. Quiero vivir en mí mismo, al margen de este mundo vacío...

Títere Propietero: ¡Se nos ha vuelto anacoreta, y filósofo de pacotilla!

Títere Laborín: ...y, en cuanto a ser útil a mis congéneres, ¿qué congéneres?, ¡muñecos llenos de apetitos superficiales! Este mundo es una basura, frustrante, ¡todo mundo externo lo es! Yo prefiero mirar hacia mi interior, ¿por qué luchar en "el exterior"?... No tiene sentido...

Títere Jerarquillo: ¡Y además nos insulta!

[Y, como sabemos, los títeres de cachiporra, no tascan el freno en eso de controlar sus agresivas emociones, sacando los títeres Jerarquillo y Propietero tremendas cachiporras, y al grito de: "¡mequetrefe intolerante y antisocial!", le empiezan a sacudir de lo lindo. Y entre cachiporras y chichones, se va a apagando la escena.]

[Vuelve lentamente a iluminarse la escena. Aparece el títere payaso, con su consabida campana en ristre.]

Títere payaso: ¡Clanc, clanc, clanc, suena la campana! ¡El retablo del mundo, de Maese Apuleyo, ha presentado su famosa farsa de “los medios medianos”! ¡Qué salgan a escena nuestros actores a agradecer el merecido aplauso!

[*Y van saliendo, en fila india, los ocho títeres; Jerarquillo, Propietero, Familina y Laborín del primer tiempo de la farsa, de la “vieja guardia”, y los correspondientes de medio siglo después, “de la nueva ola”.*]

Nuestro protagonista principal está como lelo con lo que acaba de ver. Pero, ¿qué sucede?, los ocho títeres actores parecen, por instantes, disolverse. Y transformarse en uno solo. ¡Milagros arcanos de Maese Apuleyo y seguidores! El caso es que “el ocho en uno” termina en uno muy especial, ¡el títere payaso, todos eran él! Los “medios medianos” son títeres payasos. Títeres y payasos.

Es difícil describir los sentimientos encontrados de alguien cuando ha visto su vida y su medio, sus ilusiones y frustraciones, ridiculizados al extremo. Le mostraron que *su* mundo era ridículo. “El retablo de Maese Apuleyo” lo llevó de la sartén al fuego. De “La cofradía del biberón” al de los adultos “medios medianos”. Desarraigo y desconcierto de generaciones jóvenes, cerrazón y conservadurismo represivo de los adultos, que, en su evolución –¿puede a eso llamársele cerrazón?– desfilaron hacia la frivolidad, la corrupción y el cinismo... ¡Vaya con los “medios medianos”! De una época a otra, pasaron de la sartén al fuego.

Pero cuando se es presa de sentimientos tan encontrados, producto además de un brutal cuestionamiento del propio ser y medio social al que toda una vida se ha creído pertenecer, surge en nuestro interior, de inmediato, una pregunta lacerante, ¿cuál es el objetivo de la vida?, ¿cuáles los ideales del ser humano y para qué? Todo esto desfilaba como un torbellino en el “yo interno” de nuestro personaje central. Además, todo hombre se aferra, hasta lo último, a los valores que han constituido su vida cuando todo parece venirse abajo; como un naufrago a un clavo ardiendo. De tal suerte que, en los avatares de su pensamiento, pasó de preguntarse cuáles son los ideales del hombre, a la certeza, ¡tenía que ser así!, que hay gente, de ideales y “de pensamiento”, preocupada de estas cosas. Que honran al género

humano, y dan satisfacción de pertenecer a él. No todos los “medios medianos”, como desvergonzadamente se había mostrado en el “retablo de Maese Apuleyo” son desarraigados, serviles o corruptos y frívolos... ¡“entre los suyos” también había gente que piensa, altruista!, se dijo. La vida no es monigotes y títeres de cachiporra.

No bien acababan de pasar estas reflexiones por su mente, cuando su inmovilidad desapareció. Todo empezó a girar vertiginosamente, hasta que el mareo le obligó a cerrar los ojos. ¡Ya conocía los síntomas!... Las impalpables y omnipotentes fuerzas que lo habían estado trayendo de un lado para otro, se proponían depararle más sorpresas. ¿A qué mundo iría ahora? No trataba de oponerse; sabía que era inútil. Las fuerzas arcanas son las fuerzas arcanas, ¿a qué luchar contra ellas? Sintió como un vendaval que jugara con él, desplazándolo en mil direcciones caprichosas. Y en medio del vendaval una vocecita, que crecía por momentos. “Bienvenido al Atuneo de los Diagogos, Medianillo”. ¿De dónde salía esa voz?, ¿por qué lo llamaban Medianillo? Todo comenzó a quietarse, hasta sentir que sólo su corazón se movía y latía; claro, aceleradamente, cuenta habida de las circunstancias. ¡Otra vez la vocecita!, pero ahora muy clara. “Abre los ojos, Medianillo...” Los abrió. ¿Qué era aquello? ¿Y ese cartel ahí arriba: “Atuneo de los Diagogos”?

EL ATUNEO DE LOS DIAGOGOS

No. No hay equivocación. Es Atuneo, con U; no Ateneo.

¡Claro, “Ateneo” tiene una larga prosapia, histórica y cultural! Empezando porque es el nombre dado por los griegos a los lugares consagrados a la diosa Atenea; sin contar con que, por allá por Sicilia y en épocas mitológicas, fue el nombre dado a cierto sitio en donde se refugiaron Atenea, Artemisa y Perséfone, en una ocasión en que sus virtudes corrieron serio peligro. Siendo Atenea diosa de la sabiduría, no es de extrañarse que, en tiempos nuestros, se bautice así, de tanto en tanto, a “templos contemporáneos del saber”, asociaciones literarias, sabias, también a pulidos colegios de señoritas de bachillerato, y así. Pero, ¡en fin!, el nombre ese es de origen griego, y en Grecia estaba Tesalia, centro del mundo hechicero y arcano, pero no exen-

ta de humorismo y sarcasmo... y, dicen las consejas, que para reírse de los “intelectuales” de su tiempo, allí inventaron los “atuneos”. Literalmente, “reunión de atunes”. ¡Y ya sabemos que son peces de inteligencia menos que medianeja!

En cuanto a la palabreja esa, “diagogo”, no hay grandes misterios. En aquella Grecia clásica de antaño, diagogo era sinónimo de “los que reflexionan descansando”; a la manera llana, vagos de tomo y lomo que, por su solvencia económica, tenían derecho a “pensar y reflexionar” sin dar ni golpe. Los había entonces, como los hay ahora más de la cuenta, los que argumentaban que el trabajo atrofia el intelecto... diagogos, pues.

No sabemos si nuestro personaje central estaba en estas meditaciones. El caso es que la vocecilla esa con el “Bienvenido al Atuneo de los diagogos, Medianillo”, “Abre los ojos, Medianillo...”, y así, seguía insistiendo. Sobrecogido ya de antemano a lo que ahora le deparará la suerte, ¡el hado no es evitable!, se decide a abrir los ojos.

¡Recórcholis!... ¡la pesadilla de un frenólogo! ¡Hubieran podido ser alucinaciones materializadas de César Lombroso!, que, como sabemos, a fines de siglo, sostuvo que la cara es el espejo del alma. Bueno, si es que aquello eran caras.

Pero describamos la escena que se le presenta a nuestro héroe:

Seres híbridos. Ya saben ustedes, mitad una cosa, mitad otra. O cachos mutuamente disonantes, unidos en algo indescriptible. La evolución biológica ha producido seres que nos parecen habituales, desde hombres a insectos, pasando por todo el reino animal que constituye la fauna de nuestro mundo. Dicen que el ambiente y la selección natural es responsable de ello. ¡Vaya usted a saber! Pero allí, ¡sin duda la hechicería de Tesalia y las fuerzas arcanas que con tanta maestría manejaban los seguidores de Maese Apuleyo!, pesadillas de nuestro héroe, habían manipulado las cosas para producir “esos”, sí, híbridos. ¿Dónde termina la realidad, y dónde empieza la fantasía? Después de todo las ideas pueden producir la fantasía, y pueden ser tan “reales” como un zapato. ¿Que no son “materiales”? ¿y qué? Si no hubiera ideas no pensaríamos, y aunque pensemos idioteces bien que lo hacemos. Ahí, por lo visto, las fuerzas arcanas habían hábilmente laborado con todas las posibilidades de los mundos

oníricos, y los habían producido. Pesadillas de una mente calenturienta, quizás de nuestro héroe, con algo de ayuda de los acólitos de Maese Apuleyo...

Después de todo, lo fantástico no hay que buscarlo en mundos perdidos, subyace en el Id, en lo más profundo de nuestra mente. Y aun cuando el Id labore con "materia prima" proveniente de esa "realidad externa", que nos parece tan habitual y normal, se las arregla para fabricar "productos acabados" a veces muy sorprendentes. Y este era el caso.

Al fondo, una inmensa pared, semipintarrajeada. Con un letrero en lo alto, "mural de los ideales atuneros". Delante de la pared una mesa y unas cuantas sillas. Llena la mesa de ceniceros repletos de colillas, y tazas, al parecer de café, té y quién sabe qué infusiones extrañas. Parecía el "laboratorio intelectual", la mesa de trabajo, de alguno de esos literatos "geniales" cuya inspiración sólo desciende a su numen individual en condiciones estrafalarias, y estimulado por toda clase de líquidos, infusiones y demás hierbas. Pero ya que hablamos de "laboratorios" no debemos olvidar el otro aparatejo, dispuesto entre la pared y la mesa. Un amasijo de retortas, tubos de vidrio y metal, y otros cachibaches, objetos de incomprensible finalidad, resultando en algo en el que alguna teoría científica "de altos vuelos" seguramente se estaría probando. Por aquello de que la ciencia, cuanto más incomprensible nos parece, más profunda la creemos; ¡nos gusta idealizar lo que no entendemos ni jota!...

Y, en aquel recinto, tres híbridos. De los hombros para abajo seres humanos, y de ahí para arriba atunes. Sí señor, atunes. Si, en épocas que se pierden en la noche de los tiempos, en el legendario mar Egeo y andurriales vecinos, Odiseo y los Argonautas se habían tropezado con sirenas, mitad mujer y mitad pez, nuestro héroe se enfrentaba ahora a una versión distorsionada, masculina, de semejantes seres. Sí, sí, amasijos de hombre y atún. ¡Vaya con las bromas hechiceras de Tesalia! Y, ¿cómo es posible tal portento? La cabeza atunesca estaba conformada de tal suerte que, sin lugar a equívocos, delataban su profesión. Los ojos saltones un poco más juntos en un caso, al revés en el otro, las escamas así o de esta otra manera... en fin, sea como fuere, cada cabeza llevaba inherentemente grabado el oficio. Inútil des-

cribir el porqué; así como no es posible describir por escrito la sonrisa de una Gioconda de Leonardo, tampoco ahí era posible describir ese portento, híbrido y semiatunESCO. Simplemente era así. De los tres seres uno era pintor, “un artista”; otro literato, y el último científico. Y los tres en pleno ajetreo. Duro y dale a labores que, por lo visto, consideraban fundamentales, vitales.

El Atún Pintor en trance, con movimientos frenéticos, de embadurnar el muro con toda clase de pinturas y colores. Parecería que lanzaba la pintura a ojos cerrados, a ver cómo caía. Sí, eso era; y de tanto en tanto abría lo ojos, ¡eran atunes que sí podían abrir y cerrar los ojos!, y gritaba alborozado al ver el resultado. Como quien acaba de lograr una obra maestra. Claro que, nuestro héroe, ¡maldita la cosa que entendía de lo que iba saliendo sobre el muro!... ciertas cosas, parece, sólo están al alcance de los atunes.

En cuanto al Atún Literato, que parloteaba, sólo fumando como una chimenea y exaltándose de tanto en tanto, daba largos paseos circulares en torno a la mesa. De vez en cuando se paraba, echaba un ojo al mural y se quedaba extasiado, se sentaba a la mesa y escribía algo en un cuadernillo que llevaba, y volvía a parlotear, fumar, y girar en torno a su mesa de trabajo.

¿Y qué decir del Atún Científico, absorto y abstraído frente a su aparatejo? ¡Ahí sí que parecía haber ciencia “en producción industrial”!

Estando nuestro héroe en estas observaciones, entra en escena, ¡por lo visto aquello se iba transformando en una pecera!, un cuarto atún. En ese “no sé qué” que somos impotentes para describir por escrito, era claro que se trataba de un político, un funcionario gubernamental, o de esa especie. Y detrás de él otro atún, un docto profesor, con ese aire de “Herr Professor” que los hace inconfundibles, con ese aire augusto y severo que distingue a los apóstoles de la enseñanza de élite; con unas gruesas antiparras, de cristales oscuros, bajo el brazo.

Súbitamente todos se vuelven hacia nuestro héroe, ¡se ve que lo esperaban! Y el Atún Pintor le espeta: “¡Bienvenido al AtunEO de los Diagogos, Medianillo!” La voccecita que, desde antes, había venido oyendo. “Tus preocupaciones intelectuales, Medianillo, tus inquietudes por el destino e ideales del ser humano,

de los medios medianos, te hacen digno de nuestra presencia. Por eso estás aquí”, le suelta a continuación, el Atún Herr Professor. “Es más”, sigue entonces el Atún Científico, “como en el fondo eres uno de los nuestros, te hemos transfigurado a nuestra imagen y semejanza... ya eres, pues, encarnado como nosotros, la idealización intelectual, Medianillo, de un medio mediano. ¡Ya eres un atún!” Y, socarronamente, termina el Atún Literato: “¡Como has sido siempre!”

Espantado nuestro héroe se palpa frenéticamente testa y cuerpo entero. ¡Eh, sí!... era un atún. ¡Y aquellos miserables, además, pretendían que, en el fondo, “e idealizadamente”, siempre lo había sido!

Pero como quiera que sea, no nos convence mucho la profundidad intelectual de los atunes, son peces que creemos dejan mucho que desear en lo relativo a los vericuetos de su “yo interno consciente”, lo adecuado será nos limitemos a relatar los sucesos tal como se presentaron. Esto es, seamos fieles a su parloteo externo... y, quizás, lo que ahí conviene es el diálogo teatral propio de todos los parloteadores. Valle Inclán empleaba, para tales extremos, el “esperpento teatral”... descripción de las expresiones teatrales de esperpentos; que aquí sean atunes no hace la diferencia. ¡Allá va, pues, el esperpento teatral de lo que sucediera!

Atún Pintor: [Dirigiéndose hacia nuestro héroe, que por ahora, para estar a tono con los atunes, llamaremos Medianillo.] ¿Qué te parece mi mural de los ideales atuneros, Medianillo? ¡Excelso!, ¿verdad?

Medianillo: [Palpándose aún por todas partes, y logrando articular unas cuantas palabras apenas.] ...Bueno, yo... no entiendo nada...

Atún Pintor: ¡Claro que no entiendes nada! Por eso es excelso, grandioso. ¡En eso está la profundidad del arte! ¡En no entender nada! Lo que se entiende es artesanía vulgar, propia del grosero espíritu del vulgo. Sólo los elegidos, esos espíritus sensibles a cuyo cenáculo pertenecemos unos pocos, vibramos ante el verdadero arte. ¡Cuando no se entiende nada se dice mucho!

Medianillo: [Desesperado.] ...lo que quiero decir es que no entiendo por qué soy atún...

Atún Pintor: [Soltando una risotada desagradable.] ¿Ves, Medianillo, cómo tengo razón? ¡Eres un elegido, un auténtico atún!...

Precisamente porque ni aun entiendes que lo eres. ¡Propiedad inmarcesible de los atunes, el no saber que lo son!... ¡Ja, ja, ja!

Medianillo: [*Empezando a amoscarse.*] ¡“Medianillo” o no, como me llamáis, soy un ser humano!..

Atún Pintor: ...esto es, un humano “medio mediano”. Ergo, un atún. [*El Atún Pintor hasta latinajos intercala en esto de la burla a Medianillo!*]

[*Interviene el Atún Literato, viendo que eso puede degenerar en gresca.*]

Atún Literato: ¡Calma, calma! No se lo tomes en cuenta, Medianillo. ¡Es que es un artista! [*Señalando al Atún Pintor.*] Un ser de una delicadeza y una sensibilidad extraordinarias. ¡Un genio!... Y, ya sabes cómo somos, a carácter inestable. Es que fue anímicamente afectado, recientemente, por un contratiempo...

Medianillo: [*Articulando apenas palabra.*] ¿Qué contratiempo?

Atún Literato: ...¡Le ofrecieron trabajo! ¡Inconcebible! La tumba de la creatividad y las almas sensibles. ¿Te das cuenta, Medianillo?... ¡Trabajo! ¡Imagínatelo! Qué sadismos...

[*Medianillo no sabe qué decir. Le causa cierto instintivo desagrado el anterior comentario. Después de todo, él mismo, en su introvertida sensibilidad, es un apasionado de los libros viejos y hace algunos pinitos pluma en mano... pero todo esto es inversamente proporcional a su capacidad de arrimar el lomo para ganarse la vida. “Groseramente” trabajador sí que no es... Pero el Atún Literato sigue hablando.*]

Atún Literato: Sí, Medianillo. Atún Pintor es un genio de exquisita sensibilidad, que con su arte penetra y abre nuevas esferas culturales y descubre su íntima verdad. ¡Mira su incipiente “Mural de los ideales atuneros”. [*Y señala la pared pintarrajeada.*] Ahí está plasmando una nueva visión y meta del destino atunero, ¡inquietante periplo por los vericuetos del destino transcendente de los atunes que el arte excepcional abre! Yo, por eso, observo, de tanto en tanto, los avances y avatares de la creación de Atún Pintor, y escribo, compongo... [*y el Atún Literato enarbola lo que estaba escribiendo*] para que la letra también inmortalice al genio... nos inmortalice...

Medianillo: [Que no ha entendido ni media palabra, por lo que, precisamente, supone que en toda aquella parrafada se han dicho cosas cruciales.] ... debe ser una obra muy buena, muy importante para todos, eso que hacéis los dos...

Atún Literato: [Con aire escandalizado, y elevando los brazos al cielo.] ¡Qué dices! "Muy buena", "importante para todos". ¡Qué horror! Las obras de arte no son buenas ni malas, ¡no tienen naturaleza ética! Son, en sí, bellas o no, eso es todo...

Medianillo: [Con tono de quien ha metido la pata, y queriendo sacarse la espina.] ... a eso me refería, dije bueno por bello...

Atún Literato: [Haciendo caso omiso de la interrupción de Medianillo; el Atún Literato se ve que, cuando está lanzado y en vena de discurso literario, no se escucha más que a sí mismo.] ... ¡Y además, la importancia del arte, qué digo, de toda la cultura, es en sí! Con la aquiescencia de todos o sin ella, arte es arte y cultura es cultura. Valen por sí mismos, trascienden las vulgares fronteras históricas de la ética, la moral, o la apreciación social del momento. ¡Por eso hay obras inmortales, imperecederas!, al margen de todo tiempo...

[El Atún Pintor, que ha ido escuchando, se entusiasma con los sabrosos conceptos de su compañero, y mete también su cuchara, continuando el discurso.]

Atún Pintor: ... y es por eso que, los artistas y los literatos y los hombres de luces, sólo somos creativos y accedemos a las cumbres del atunero pensamiento, si nos desprendemos de esa grosera dependencia de las miserias sociales cotidianas. ¡Cultivar la mente y el buen gusto sólo le es dado al que no tiene viles preocupaciones mundanas!, ¡qué quede eso para la plebe! La sociedad debiera preocuparse porque no las tuviéramos para que, a nuestra vez, pudiéramos dar rienda suelta a nuestro numen creador... ¡Creación y creadores, ni en contenido ni en forma deben depender de los frívolos accidentes históricos y sociales de eso que llaman "realidad concreta"! ¡La verdadera realidad es la que genera idealmente nuestra sensibilidad de elegidos!

[Y, estando soltando este rollo, el Atún Pintor se infla como si fuera a

explotar. Egotría, atunera, ¡tal parece que está a toda la escala animal!]

Medianillo: [Aunque extasiado por tan conceptuoso y bello discurso, recuerda súbitamente que fuerzas arcanas desconocidas lo han transformado en injerto de atún, y quisiera volver a su mundo de origen.] ...pero yo lo que quisiera es regresar a mi mundo, volver a ser el de antes. Aquí no me siento bien...

Atún Literato: ¡Ay, Medianillo, no eres digno de tu propia y profunda naturaleza de atún! ¿Quieres volver a lo que eras antes?... Quizás Atún Científico [y lo señala con un dedo] pudiera ayudarte...

Medianillo: [Con voz entrecortada, y con tono de quien cree haber encontrado la salvación eterna. Se dirige al Atún Científico.] ...¿Tú podrías ayudarme?, ¡te lo agradecería tanto!...

Atún Científico: [Que ha estado escuchando las conversaciones con Medianillo, pero que está más atento a ciertas sofisticadas manipulaciones suyas con su aparatejo.] ¡Lo siento, Medianillo, no puedo ayudarte!

Medianillo: [Con voz desesperada.] ¡Pero tú eres un científico!; la aplicación de tu ciencia a mi caso, quizás...

Atún Científico: [Interrumpiéndolo violentamente.] ¡Aplicación, dices! ¡No te admito esos insultos!... Yo soy un científico, no un tecnuete de cuarta. Busco la verdad absoluta, "lo en sí de las cosas" y de los fenómenos de la naturaleza. ¿Me tomas por un practicón que se rebaja a esa banal preocupación del "cómo se aplican y para qué sirven" los descubrimientos científicos?...

Medianillo: [Ya con la exasperación del que siente que se juega su última carta, trata de polemizar con el Atún Científico, y convencerlo de que lo ayude y aplique su ciencia.] ¡Pero la ciencia mueve al mundo, lo cambia!, y tú la posees en grado superlativo. Bien puedes mostrar su infinita grandeza, aplicándola ahora en mi ayuda...

Atún Científico: [Algo halagado por las palabras de Medianillo.] Sí, Medianillo, pero esa no es función de un verdadero científico. Los científicos no podemos desviar nuestra actividad intelectual a esos toscos menesteres manuales de sus aplicaciones. ¡Toca a otros!, no a "espíritus puros" como nosotros... [Y, al decir esto,

se infla como un globo, ¡se siente un espíritu puro quién sabe en qué lejanas alturas!]

Medianillo: [Que insiste, jugándose la última carta.] ¡Pero la ciencia, la cultura en general, debe servir para algo! Tanto así que, históricamente es hija de la sociedad, la cambia, cambia a la política y...

[Esta vez los tres atunes, el pintor, el literato y el científico, sumamente escandalizados, gritan al unísono.]

Atunes Pintor, Literato y Científico: ¡No menciones la palabra “política”! ¡Soez y contaminadora palabra, que esconde la profesión de aquellos que no saben hacer otra cosa en la vida!...

Atún Científico: [Que pone el corolario a la indignación de los tres.] ¡No nos interesa la política!, ¡somos puros!...

[Medianillo, al parecer, se ha quedado sin palabras y sin argumentos. Pero, sorpresivamente, y estando en este trance, un cuarto atún interviene, el Atún Político, un funcionario estatal. A cierta distancia, paseando su vista por todos, y sin soltar las antiparras a cristales oscuros que lleva debajo del sobaco, el Atún Herr Professor.]

Atún Político: [Con actitud socarrona, pero como quien quiere y está acostumbrado a ganarse el público, empieza, palabra tras palabra a ensartar un alambicado discurso.] ¡Próceres amadísimos de la cultura, glorias atuneradas de la sociedad!... [Los Atunes Pintor, Literato y Científico lo miran con disgusto.]

Atún Pintor: [Se violenta y le suelta una de las suyas.] ¡Vete a freír espárragos, politicastro! No eres bien recibido en este templo del “Atuneo de los Diagogos”, sofista.

Atún Político: [Sin inmutarse, ¡su profesión da una piel de cocodrilo!, sigue hablando.] ... ¡Atuneo de los Diagogos!, templo del saber y gloria de nuestra sociedad. La Scuola di Atene del divino Raffaello es una mala caricatura de este templo de las luces, ¡habéis superado al Renacimiento! El Estado no os quiere imponer nada, sólo reconocer este hecho, porque quien os honra se honra a sí mismo...

[Los tres atunes aludidos se empiezan a ablandar, ¡después de todo también hay políticos que saben reconocer el mérito!, dicen para su colete. El Atún Literato, con tono afable, interpela al Atún Político.]

Atún Literato: ¿Qué te trae por este nuestro taller de las ideas y las luces?

Atún Político: Me trae, como digo, la necesidad de honraros. El Estado quiere honraros. ¡A la manera que sabe hacerlo un Estado! Perdonad que hable de cosillas materiales y groseras...

Atún Científico: ...Habla, habla...

Atún Político: El Atuneo de los Diagogos recibirá toda clase de apoyo material y económico, para que vuestra creadora actividad no se vea interrumpida por la grosera y cotidiana obligación de ganarse la vida. ¡El Estado protege a sus hijos predilectos!...

Atún Pintor: [Con alborozo.] ¡Eso está muy bien! ¡Por fin se reconoce nuestro desinterés por la cultura!

Atún Político: Pero, a cambio, este Estado mecenas os pide una pequeñez, ¡acorde, claro, con vuestra propia naturaleza altruista! No dejéis de ser apolíticos.

Atún Literato: [Impulsivamente.] ¡Para este viaje no se necesitan alforjas!, ¡sí es lo que hemos sido siempre! No entiendo entonces por qué...

Atún Político: ...¿Pediros eso? Porque el Estado desea que, cumbres del pensamiento como sois, seáis institucionalmente, lo recalco, *institucionalmente*, apolíticos. Que esto que sois le permitáis al Estado, oficialmente, divulgarlo a tirios y troyanos... y, de esa manera, vuestro ilustre ejemplo cunda entre la atunería, tanto los que están en contacto con la cultura como los que no lo están, para que no se metan en política. ¡Zapatero a tus zapatos!, esto de la política es una dura y grave profesión para la que ya existimos sacrificados especialistas, atunes políticos...

[Medianillo, a quien ahora nadie hace caso, de lo que está profundamente disgustado, cuenta habida de que, además, no le ayudan a retornar a su mundo y estado original, tiene una reacción de mala leche y hace ácido comentario.]

Medianillo: [Exaltándose.] ¡Y así vosotros, la mafia política atunera, os quedáis con el pastel!

Atún Político: [Largamente acostumbrado por su profesión a estas interrupciones, y con sonrisa, entre despectiva y benevolente.] ¿Quedarnos con el pastel, Medianillo? ¡Qué injusticia para nosotros decir eso!... Nada de eso, Medianillo, ¡todos tienen acceso, como le llamas tú, acceso “al pastel”!, es sólo cuestión de que todo atún entienda, ¡y para esto hay que ser un verdadero atún!, que escalar la pirámide social sólo es posible sin mezclarse en política, sin intentar cambiar las cosas a ese nivel. Y, así, quien desinteresada y apolíticamente sirve a la sociedad atunera, ella le sirve y recompensa a su vez...

[Medianillo empieza a perder los estribos, al intuir que le están tomando el pelo, ¡inveterada costumbre política de todas las sociedades organizadas, atuneras o no! Sin poderse contener, suelta otra de las tuyas.]

Medianillo: ¡Si no es que, al intentar subir la escalera social, no se rompe uno el cuello! ¡Porque son “los de arriba” los que tienen la escalera por lo alto y, cuando les conviene, la sacuden de lo lindo, y todo el mundo para abajo!

Atún Político: [En tono falsamente humorístico, como quien pretende haber “agarrado en falso” a un opositor.] ¡Ah, te descubriste, Medianillo! ¡Eso es lo que tú quieres!, ¡subir “a lo alto”! En cambio, nosotros luchamos y nos sacrificamos por estabilizar la sociedad atunera, equilibrarla, proporcionándole así esa felicidad que proviene de no envidiar el plato de lentejas del vecino...

[Medianillo se desespera aún más, ¡tras de la burla, el escarnio!; la demagogia política atunera le sienta como un tiro, tanto más que constata que, ahí, a todo mundo, su suerte les importa un pito.]

Medianillo: ¡Esta sociedad atunera es una...! [Y suelta una de esas palabrotas propias de cargadores de muelle, que las reglas literarias y el buen gusto nos impiden reproducir].

[Ante esto, por fin interviene el quinto y último atún en discordia. El Atún Herr Professor, enarbolando y agitando las antiparras a cristales

oscuros que tan celosamente llevaba bajo el sobaco. ¡Por fin nos enteraremos para qué sirven!]

Atún Herr Professor: [Con augusto aire doctoral.] Medianillo, en toda sociedad organizada hay desadaptados. ¡Es natural en todo organismo vivo, dinámico, estructurado!, porque todo lo que vive, como nuestra sociedad atunera, se estructura, en secciones, en niveles, en jerarquías, para poder subsistir. ¡Orden y organización, criterio de supervivencia!... Y, claro, no todo puede internamente prevenirse en sistemas tan complejos. Hay, así, desadaptados, “fluctuaciones internas atuneras” en nuestro caso, que hay que saber absorber, y que incluso, bien orientadas, le dan vitalidad al sistema...

Medianillo: [Furibundo.] ¡Yo no soy ninguna “fluctuación atunera a absorber”! ¡Quiero volver a mi estado de origen!

Atún Herr Professor: [Impertérrito, sordo a observaciones externas como todo augusto “Herr Professor”, sigue adelante.] ... y, pensando en esto, me he traído, a petición del ilustre Atún Político y representante del Estado, estas antiparras a cristales oscuros. Como representante institucional de la cultura de vieja prosapia, he aceptado, a petición del Estado, a venir y a traerlas hoy aquí, para lo que pudiera ofrecerse...

[Interviene el Atún Científico, que es irrefrenablemente proclive hacia todo cachibache extraño que no entiende.]

Atún Científico: [Con voz que delata intensa curiosidad.] ¿Y para qué sirven esas antiparras?

Atún Herr Professor: Sirven para ver la realidad tal y como debe verse. Yo las llamo “antiparras adaptadoras”. Adaptan a la sociedad atunera y hacen comprender sus infinitas ventajas. Sus cristales oscuros tienen la virtud de aclarar y resaltar lo bello de nuestras atuneras estructuras sociales, así como, simultáneamente, difuminan y ocultan sus inevitables y pequeños defectillos...

Atún Científico: [Con curiosidad creciente.] ¿Y de qué material están hechos esos cristales?

Atún Herr Professor: ¡Ah, de un material inmarcesible! De “intereses atuneros transcendentales”. [Y, diciendo esto, mira extasiado]

do hacia lo alto... no se sabe si, con vista clarividente que penetra el destino y la historia, o si viendo a quién sabe qué "atunes en lo alto", que hasta ahora nadie percibe, pero que seguramente existen.] ...pero, sigo pensando que, en este crucial acercamiento entre el Estado y vuestro ilustre Atuneo de los Diagogos, pudiéramos todos necesitarlas, me traje las antiparras... pero, visto que Medianillo parece necesitarlas más que ninguno de nosotros, habremos de encasquetárselas a él...

Medianillo: [Entre indignado y asustado.] ¡De ninguna manera...! [Todo inútil, todos los atunes se echan encima de Medianillo, y se las encasquetan a chaleco.]

Atún Herr Professor: [Agarrando por el cogote a Medianillo, y obligándolo a mirar la escena a través de las antiparras. ¡Un poco de violencia siempre ayuda a los atunes!...] ¡Qué ves, Medianillo?

Medianillo: [Sumamente sorprendido por lo que ahora observa.] ¡Canastos, ver para creer!... Os veo a todos transmutados en una nueva *Scuola di Atene* del divino Raffaello... Al centro, Atún Político y Atún Herr Professor, que me parecen nuevos Platón y Aristóteles... Abajo, al centro, a Atún Científico, como un nuevo Heráclito, o Euclides, o alguien así... Por ahí por los lados, a Atún Literato y Atún Pintor, no sé, ¡me parecen nuevos e ilustres exponentes de la escuela alejandrina!... ¡Quién lo diría, y todo es etéreo, bello! ¡El mural que pintaba Atún Pintor se ha transformado en una gloriosa galería renacentista!...

Atún Herr Professor: ¡"Todo es según el cristal con que se mira"! y tú miras, Medianillo, a través de cristales coloreados por lo más trascendente e importante de los atunes. [Y, por segunda vez, mira hacia lo alto, como si buscara a algunos atunes, más altos y mejor colocados que todos los presentes.]

Pero a Medianillo las antiparras empiezan a marearlo. Se empieza a sentir mal. Todo gira lentamente a su alrededor, como si lo recientemente vivido en ese kafkiano mundo atunero hubiera sido una pesadilla, de la que parece salir en deplorable estado mental y físico. Se diría, retorna a su condición de origen. ¡Vuelve a ser nuestro héroe y personaje central!; todo lo anterior se ha difuminado. Quizás los seguidores de Lucio Apuleyo han tenido lástima final de él y empiezan a aflojar. ¡Vaya experiencia! De "La cofradía del biberón" a los "Títeres de cachiporra", de la

sartén al fuego, y de ahí al infierno en llamas con el "Atuneo de los Diagogos". Para traumar al más pintado.

¿Qué es lo que ha vivido nuestro héroe? Quiso saber su verdad, la verdad de sus ideales, la finalidad de la vida de gente como él, "la verdad y sólo la verdad" sobre personas de su clase, y, en un momento aciago y en un impulso frívolo se lo preguntó al libro. *¡Escribe en mí y lo sabrás!*, rezaba el título del libro; antiquísimos seguidores de Lucio Apuleyo, con base en extrañas hechicerías y manipulación de fuerzas arcanas, pretendían que el libro contestaría, ¡cómo si toda la Tesalia hechicera respondiera! No lo tomó en serio y he aquí los resultados. . .

Mientras su malestar crecía, y todo seguía girando a su alrededor, estas reflexiones arrastraban a nuestro personaje central. Desagradables reflexiones porque, monigotes o títeres de cachiporra, o en el mundo atunesco en donde él mismo había sido obligado a participar, todo un universo de "medios medianos", el suyo, había sido sangrientamente ridiculizado, ¡y algo más que eso!, exhibido al descubierto. El recuerdo de su madre "La generala", su prima que se le escapara del hogar, él mismo, y mil recuerdos más, de años de su vida que no hubiera querido recordar, también fueron ingredientes que redondearan la sangrienta burla sufrida.

¿Qué sentía ante estas reflexiones? Quizás una sola palabra lo resume todo: frustración, de sí mismo, de su medio, ¡de todo! ¿Para ser esto y vivir así vale la pena seguir adelante?, se dice, y diciendo esto extiende instintivamente las manos, como queriendo apartar pensamientos lacerantes. ¡Quizás si no fuera un "medio mediano" todo sería distinto y bello!, finalmente se dice; ¡quizás si yo fuera "alguien", al margen y por encima de las pequeñas contrariedades del ser humano corriente!, se repite mentalmente. Porque si hay "medios medianos" hay también "altos", quizás un mundo más perfecto. . . el mundo de los que todo lo tienen. . .

En este laberinto de ideas atormentadas está, cuando siente que todo se detiene. Ya no gira, no parece aclararse todo. Vuelve a extender las manos como queriendo disipar los recuerdos pasados y agarrar la nueva claridad. Como una flor se orienta al sol. Pero, ¿qué es esto? . . . Si todo lo sucedido fue increíble, esto lo es

superlativamente más. ¡La más increíble de las fantasías!... es, otra vez, la realidad. La realidad de la que partiera, y a la que ya le desesperaba volver. Sí, ante él, sentado frente a su viejo escritorio *belle époque*, está su cuarto, lleno de libracos de todo tipo y tamaño; ¡su “templo de las letras”! Y sobre su escritorio, el libro, “ese” que lo empujara por el fantasmagórico laberinto que acaba de sufrir; abierto por donde lo dejara, y con las frases que, sobre una página en blanco escribiera: “Siempre he querido saber quién soy...”

Pero, ¿es posible?, se pregunta. La página del libro no estaba totalmente en blanco. Con los caracteres impresos y escritos típicos del libro, al pie de página, debajo de lo que él escribiera, hay una frase de sólo cuatro palabras, “Mediocracia, esto es, frustración”. Sólo eso, pero nada menos que eso.

En un primer instante se queda en suspenso, helado. Después reacciona. ¡Quizás ya estaba ahí escrito desde un principio, y no me di cuenta!, se dice intentado convencerse a sí mismo. ¡Puede ser...!, a lo mejor todo fue una pesadilla, hija del cansancio y el ajetreo del día. ¡La fatiga me debe haber jugado una mala pasada!, se repite incesantemente. En efecto, puede que nada haya sucedido en realidad, como dice nuestro personaje central... pero ahí están “esas” cuatro palabras al pie de página. ¿Dónde empieza la fantasía y dónde termina la realidad?, ¿o es que no hay fronteras entre ellas?... Porque hay realidades que parecen engendros de la tortuosa mente de un loco o de un sádico. ¡Y puede haber, también, muy bellas fantasías que merecieran ser reales!

Dándole vuelta tras vuelta a estos pensamientos, nuestro héroe vuelve a recordar una fugaz idea... más que “medio mediano”, ¿por qué no ser “alto”, del mundo de los que todo lo tienen?... ¿Cómo será ese mundo? ¡Un mundo sublime, sin duda! ¿Y por qué no probar suerte en “el libro” y preguntárselo? Se ríe de esta idea y cierra el libro, pero la idea no le desaparecerá de la cabeza. ¡Quizás “pruebe suerte” –reflexiona nuestro héroe– otro día!... y tenga otra pesadilla. Porque el hombre es el único animal que tropieza, dos y mil veces, con la misma piedra.

SEGUNDO MOMENTO VITAL: LOS AMOS

No pasan trabajos como los otros mortales,
 Ni son azotados como los demás hombres,
 Por tanto, la soberbia los corona;
 Se cubren de vestido de violencia.
 Los ojos se les saltan de gordura;
 Logran con creces los antojos del corazón.
 Se mofan y hablan con maldad de hacer violencia;
 Hablan con altanería.

Salmos, Libro III, Antiguo Testamento

¡El mundo de los que tienen todo! No dejaba de atormentarle esta idea. Realidad o imaginación, producto o no de la fatiga y del subconsciente, “la experiencia del libro”, más que traumatizarlo, lo había marcado internamente. *¡Escribe en mí y lo sabrás!*, ¡vaya con el dichoso libro de los acólitos de Lucio Apuleyo y sus hechicerías! De una manera u otra, ficción o no, todas aquellas experiencias de monigotes, títeres y atunes, habían sido el catalizador de un proceso interno suyo, de largo tiempo. Frustración y desencanto de lo que largos años fueran su vida y metas, de “medio mediano”, y el despertar con el deseo, irrefrenable, de salir de esa trampa. De ser “alguien más”, acceder al mundo de los que tienen todo. Los “medios medianos” no suelen mirar hacia abajo; miran hacia arriba y ahí suelen querer llegar... quizás porque los especímenes de este sector intermedio son por definición individualistas, “todos para mí y yo para nadie”, y un rasgo estructural del individualista es la filosofía del éxito. Llegar, ser, triunfar, arribar.

Pero, nuestro personaje, desconoce todo, ¡se lo imagina idealmente!, sobre ese glorioso de las alturas al que aspira. No sabe ni dónde encontrar la escalera que lo llevará a él. ¡Si al menos pudiera saber de qué se trata!

Después de todo, “el libro” le ofrecía cuatro oportunidades, “momentos vitales” decían los seguidores de Apuleyo en su prólogo, de saber toda y sólo la verdad, no importa con respecto a qué. ¡Le sobran, pues, tres oportunidades! Se sonrió con la idea... pero pensó que nada perdía probando fortuna. Visto está que la experiencia pasada no le había servido de escarmiento.

Durante algún día pensó en todo esto. Un poco con la irreflexión del protagonista –¿recuerdan ustedes está maravillosa obra de Balzac?– de *La piel de zapa*. Si el héroe balzaquiano veía disminuir la piel de zapa, y con ello su vida, a cada deseo formulado y cumplido... nuestro personaje corría el peligro, a medida de que usara los “momentos vitales” de los seguidores de Apuleyo, de irse frustrando más y más. Tal había sido la primera experiencia. ¿Pero, quién piensa en esas “pequeñeces” cuando le afloran deseos reprimidos de toda una vida?, ¡querer ser! Y eso pasaba por averiguar la verdad de ese querer. ¿Qué es, qué son “los de lo alto”?

No pasaría, pues, mucho tiempo antes de que nuestro personaje, una buena noche frente a su escritorio *belle époque* y en su “templo de las letras”, tomara la grave decisión de volver a escribir en “el libro”. Lo abrió al azar. Una página en blanco, como casi todas ellas. Sin pensarlo más empezó a escribir...

“Quisiera ser alguien. Y no un medianillo, introvertido y frustrado. ¡Quisiera pertenecer al mundo de los que todo lo tienen! Pero, antes, ¡quisiera saber la verdad sobre las maravillas de ese mundo!...”

Dejó la pluma. No pasaba nada. Lógico, se dijo, ¿qué podía pasar? ¡Al menos se había desahogado!, como ante un diario íntimo. ¿No pasaba nada?... pero, ¿y esa voz?, ¿de dónde sale?

Empezó a preocuparse. ¡En el cuarto no había nadie! Pero la voz seguía, se hacía a cada momento más clara y audible. “¡Ven, conoce a los amos!” No tuvo tiempo de reflexionar más. Todo se oscureció súbitamente. Perdió el conocimiento. Un instante antes tuvo la impresión de ser, literalmente, succionado por el libro.

EL GUARDIÁN DE LA PUERTA

“¡Ven, conoce a los amos!”, sigue insistiendo la voz a medida que recupera el conocimiento. ¿Y esa inmensa puerta dorada de bronce, cincelada en bajorrelieves, qué es?, se pregunta al volver a adquirir conciencia de sí mismo. ¡Asombroso!, ¿dónde vio algo similar?... ¡Ah, sí!, en uno de sus tantos libracos viejos. De esos con estampas doradas. Parece la puerta renacentista que cincelara el gran Ghiberti, la del Baptisterio de Florencia.

Pero aquí los bajorrelieves, de alto a abajo, son una curiosa mezcla de escenas evangélicas, un enorme cuerno de la abundancia del que sin cesar parecen salir sofisticados productos industriales, y unos curiosos hombrecillos distribuyendo, más curiosamente aún, lo que el cuerpo expulsa. Y, ¡ah, sí!, en lo más bajo de la puerta van también cincelados otros hombrecillos, más pequeños y esmirriados que los anteriores, con las manos estiradas, como pidiendo su parte de lo que sale del cuerno, con escaso éxito según parecía ilustrar lo ahí cincelado.

¡No iban a terminar ahí las sorpresas para nuestro héroe! Frente a la puerta, un ser gigantesco. Una especie de coloso, con rasgos a lo nórdico o anglosajón, con tremebunda estaca en la mano derecha. Parece un vigilante, un guardián, algo así. “Soy el guardián de la puerta” ¡Pero si es la voz que oía! “... y vigilo el fiel cumplimiento del Destino Manifiesto de mis amos, mis piadosos y evangelistas amos que has querido conocer”. Puerta y guardián; veía todo esto como alucinado.

El guardián seguía hablando. Y señalando, con la estaca, a la puerta. “Antes de entrar en el edén de las fronteras extensibles, en la tierra de los amos, conviene entiendas lo que está simbolizado en esta sublime puerta”. No comprendía nada... pero manifestarlo no le parecía muy adecuado frente a semejante energúmeno. “Verás... en la parte superior escenas evangélicas, fundamentales. Fundamentalistas y evangélicas; como los amos. ¡Representan la lucha del Señor Jesucristo contra Satán!, como la de los amos. ¡Lucha por llevar la luz y claridad de su reino a los cuatro extremos del mundo!... lucha amarga y sin cuartel porque, ¡cuántas veces!, hay que llevarla sin desaliento ni piedad, incluso en tierras extrañas, en donde sus moradores no entienden que se les lleva la luz. Y hay que imponerles la luz, y hacer que su historia vuelva, desde cero, otra vez a empezar. A partir de la de los amos. ¡Lucha evangélica también, sin desmayo, en defensa de lo más sagrado del hombre!... a imagen y semejanza de la de los amos, según sus dignas enseñanzas, ¡lucha por la libertad! Lucha libertaria en defensa de la iniciativa personal, y de lo que particularmente se apropia cada uno a lo largo de ella, que no desmaya ante el canto de sirenas satánico de la envidia colectivista. De los que quisieran distribuir el es-

fuerzo particular y ajeno, sin ellos mismos tener agallas para apropiárselo... ¡Dura lucha por la libertad evangélica!...”, y diciendo esto agita espantosamente la estaca. Eso de la lucha parecía iba en serio.

Nuestro personaje central ni a respirar se atreve ante tan libertario y convincente discurso mesiánico. Pero el guardián, nuevo cancerbero, esta vez de un edén evangélicamente libertario, continúa...

“¡Mira con atención esas escenas evangélicas, fundamentales! Ahí verás al Señor Jesucristo tratando de expandir su reino de luz a todo el mundo, a imagen y semejanza del insigne proceder de los amos, que siempre luchan por extender su edén a una segunda, tercera frontera. ¡Siempre una nueva frontera que lo abarque todo!... porque, para que haya luz en todas partes, todas partes deben llegar a ser el edén de los amos”.

Algo comenzaba lentamente a incomodar a nuestro protagonista. Él había querido ser alguien, pertenecer al mundo de los que todo lo tienen, saber de las maravillas de ese mundo... pero en este deseo suyo no estaba comprendida ninguna teología evangélica libertaria, ni luchas a estacazos, ni esfuerzos de ese estilo. ¡Él quería “ser” y “gozar” para ser!... no luchar. Su frustración de “medio mediano” lo empujaba a intentar subir la escalera social “hacia lo alto”... pero si había de ser a estacazos, ¡y cuando se dan se toman!, no le hacía tanta gracia. Tenía la peregrina idea de que “el edén de los amos”, como le llamaba el guardián, hubiera debido ser algo muelle y tierno, bondadoso y tranquilo, ¡sabroso para un espíritu tranquilo como él!, pero, no parecía el caso por lo visto. Pero, ¡no cualquiera se lo hacía notar al guardián!, así es que calló y siguió escuchando.

“... Estas escenas evangélicas, de la parte superior de esta sublime puerta a mi cargo, santifican, como verás, un cuerno, el de la abundancia. Simbolizan las riquezas de este mundo. Y la santificación evangélica afirma el Destino Manifiesto de repartir, ¡cómo se debe y la libertad de la iniciativa propia lo demanda!, tales riquezas, de acuerdo con la justicia de los amos. ¡Quien tiene la luz y el Destino Manifiesto tiene el derecho inmanente a partir y repartir!” Y otra vez el guardián agitaba su temible estaca, como luchando contra un Satán imaginario. Luz y estaca

parecían para él una sola y misma cosa.

“...Has de saber que, en su infinita sabiduría, los amos distribuyen lo del cuerno según una aritmética transcendente. Un tercio de todo lo que sale del cuerno siempre me lo dan a mí, ¡para que tenga una estaca a la medida de mi digno trabajo de guardián y vigilante!... una amarga y misionera tarea para la que necesito medios.”

A nuestro protagonista, viendo la enormidad de la estaca, le pareció una exageración eso del tercio. Pero, ¡chitón!, quien tiene la estaca la tiene, y la tenía el guardián y seguía, siempre con ella en la derecha y nunca en la izquierda, hablando...

“...y, de lo que resta, ¡cómo buenos evangelistas!, los amos siguen el criterio que yo llamaría ‘de los frailes’. Verás... cada amo se apropia de diez cosas que salen del cuerno. Esos hombrecillos que ves cincelados a media puerta son los amos en ese divino trance de repartición. ¡Debe ser así porque el Destino Manifiesto de los amos necesita de muchos recursos!, ¡luchar por la libertad y extender la luz no es nada fácil!...”

Oyendo esto nuestro héroe, sin saber por qué, recordó aquel viejo cuento, anticlerical, de sus años mozos, sobre “el reparto de los frailes”. Ese cuento en que, cantando, se decía que cuando se muere un fraile, hay diez raciones más... y un enemigo menos, ¡qué recuerdos!; los apartó con presteza y puso suma atención a la perorata del guardián, no fuera ser que éste se incomodara. El guardián seguía adelante, como si estuviera echando el discurso de la montaña. O el de la dialéctica de la estaca.

“... ¡pero a todos es justo les toque algo! Y ahí bien ves grabado en la puerta el cómo los amos, enternecidos por las necesidades de los que no tienen la luz, esos hombrecitos que ves en lo más bajo, acceden a dar una cosa a cada par de ellos...”

¡Vaya con la “aritmética transcendente” esa!, se dijo nuestro protagonista. ¡Y todavía la llamaba ese coloso “fundamentalista y evangélica”!; si en los evangelios se hizo el milagro de los panes y los peces, ahí se hacía el de su desaparición, al ritmo de un tercio “para la estaca”, diez a uno “para el amo”, y uno a dos “para los hombrecillos de abajo”. ¡Matemáticas tan incomprensibles hubieran necesitado todas las luces de un Pitágoras!... porque, lo que es nuestro protagonista, no las asimilaba.

Pero la augusta presencia del guardián se imponía, y no había tiempo ni aun para reflexionar brevemente en las profundidades matemáticas; con semejante ser delante no parecía muy saludable, en caso de que éste percibiera qué es lo que pensaba.

Mas el guardián parecía haber terminado su incisiva exposición. Se limitó a añadir: "Ya estás ahora preparado para entrar al edén de los amos como tanto deseabas. Entra." Y con un gesto abrió la puerta. Nuestro héroe no lo pensó más, eso había querido... y eso tenía. Además, una sola ojeada al guardián convencía de que ciertas sugerencias tienen una extraordinaria fuerza persuasiva. Entró, pues.

EL POSESOR POSEÍDO

Entra. Brumas y niebla. Pero lentamente todo se disipa. Se siente extraño, curiosa sensación que le recuerda al "Atuneo de los Diagogos" y sus peripecias pasadas. ¿Por qué?, no se lo explica. Pero... se siente él y no él, como si estuviera "dentro de algo". Involuntariamente se mira a sí mismo. ¡No es él!... aun cuando sí es él, el que "ahí dentro" está. Como aquellos caballeros de la Edad Media, que iban acorazados y al interior de gruesas armaduras. Y "la armadura" que él lleva definitivamente es la suya. ¡No terminan en eso las sensaciones extrañas! Siente, no sólo que está dentro de algo que no es suyo, sino que además "hay alguien más" que comparte, con él, el interior de ese algo exterior. Literalmente está aterrizado. ¡No es para menos!, se siente como si, con otro para él desconocido, le hubieran inyectado al interior de otro u otra cosa. Pero esta sensación de pánico que lo embarga afila sus sentidos, su capacidad de observación. Como en aquel que intuye que su supervivencia depende de ello. Y la observación, de sus propias sensaciones y mundo circundante, le empiezan a revelar la verdad... ¡un avatar! Ha sufrido una reencarnación. Era alguien, y ese alguien ha reencarnado al interior de otro. Sí, eso es, ¡al interior de otro, y no transformado en otro!; y, aún así, siente estar, en ese "interior" que lo aprisiona, estar acompañado por otro más. La verdad se va abriendo paso en su mente; está literalmente poseído por otro y su conciencia. Pero a la manera inversa de como habitualmente imaginamos esto. Porque hay un otro, no él mismo,

en cuyo interior está encerrado como en una cárcel viviente... cuyo celador es otro extraño ser que ahí le acompaña, la conciencia interna de la prisión, del "ser externo" que lo encierra. Y, sin saber cómo ni por qué, le es claro que no podrá hacer nada, absolutamente nada... sólo observar, tanto "lo externo" como "lo interno", una conciencia extraña a la suya, de esa cárcel. ¡Milagros de las fuerzas arcanas de los acólitos de Maese Apuleyo!... Quiso "ser alguien" y no él mismo, ser otro, y, ¡qué ironía!, más que transformarse ha sido encerrado en ese alguien que tanto añoraba ser. Suele suceder, y no sólo al héroe de nuestra narración, que, cuando no queremos ser nosotros mismos, a veces no nos transformamos sino que simplemente somos presa, y presos, de lo que ni entendemos ni nos pertenece.

Pero, en fin, de alguna manera podríamos decir que nuestro personaje es un "poseedor poseído". Posee un cuerpo extraño desde el que será un observador privilegiado; pero es poseído también por ese cuerpo y vigilado por su conciencia.

En tan singular condición, y a través "del otro", observa, ¡vive por "persona interpósita" casi se podría decir!, una escena inhabitual para él. Como sacada de uno de esos libros que relatan la "piadosa" mentalidad protestante de los pueblos anglosajones. Está sentado en una dura banca, con otros. Al interior de lo que parece ser un templo cristiano; protestante parece ser. Sí, en un costado se divisan dos palabras: "Templo evangelista". Un templo con esa austeridad que no poseen los templos católicos. Al frente alguien de pie, hablando. Vestido de negro, y de cuello blanco y alzado. Sin duda un "pastor de almas", en pleno sermón. Le brillan los ojos; habla como alucinado, leyendo parrafadas de un librito; la Biblia. Pero hay unos detalles absolutamente discordantes con el ambiente ese de templo protestante austero. Sobre el predicador están enfocadas un sinnúmero de cámaras de televisión; y ante él toda una batería de micrófonos. Como si el sermón fuese transmitido masivamente, incluso a regiones lejanas. ¡Qué mezcla! "Evangelismo electrónico", los "pescadores de almas", con la austeridad del fanatismo protestante haciendo uso intensivo de los últimos recursos de la comunicación de masas. Oye hablar al predicador. ¿Al predicador?, ¡no!, a la conciencia interna de esa envoltura

carnal externa que lo encierra. Suenan a las reflexiones provocadas por el mesiánico sermón que está lanzando el predicador:

“... Sí, ¡Satán se enseñorea en el país! ¡Hay una conjura demoniaca contra la libertad, contra la familia, contra nuestras instituciones!... razas oscuras y exóticas, homosexuales, brujas asesinas de sus hijos antes de nacer, ¡agentes del mal que debemos erradicar para que nuestra gran nación vuelva a ponerse de pie, y diga basta y dé nueva luz moral al mundo!... ¿Y qué decir de los acólitos totalitarios del Maligno? Niegan el derecho al trabajo, a la libre iniciativa... ¡quisieran pulverizar el sagrado derecho del individuo a pactar salarios justos con el bondadoso patrón!... ¡Jesucristo no quería sindicatos, que ofenden su corazón y al libre albedrío e iniciativa!... Quería mansedumbre y pureza del alma... ¡Peligramos!, hay que hacer una cruzada... Nosotros, la mayoría moral de esta predestinada nación debemos emprenderla... Nuestro Destino Manifiesto...”

¡Reflexiones alucinantes! Pareciera que el “carcelero interno” que le ha tocado en suerte, la conciencia íntima de ese ser cuya envoltura carnal lo encierra, fuera un nuevo Savonarola... pero, si este es Savonarola desorbitado, al predicador “externo” debiera bautizársele como un nuevo Martín Lutero, de ese “Destino Manifiesto” del que tanto ahora oye hablar desde que se encontró con el guardián de la puerta.

Como hipnotizado llegan a él frases sueltas del predicador. Con énfasis terrible, como si quisiera materializarlas y volverlas algo vivo, palpable, ante los medios de comunicación electrónica que el pastor protestante tiene delante: “... Destino Manifiesto de la mayoría moral de una gran nación... muerte a toda pornografía... censura estricta de toda publicación, ¡hay que purgar el alma de malas influencias!... Plegaria evangélica en todas las escuelas... ¡fuera sindicatos!, el que trabaja sólo debe acordarse de Jesucristo y con el patrón...”, y así, mesiánicas y piadosas afirmaciones que de la boca del pastor de almas surgen sin cesar.

Intenta dialogar con su carcelero, con esa conciencia interna del ser que lo aprisiona. La soledad y el silencio forzado es conocida y desquiciante tortura. ¡Quisiera hablar con alguien!... aun con “eso”, ese terrible Savonarola cuyas reflexiones le espantan. Todo en vano, no le oye... ¿o no quiere oír?, quizás porque

cuando se está imbuido del “Destino Manifiesto” hay manifiesta y notoria incapacidad para escuchar al prójimo. Fracasado el intento de establecer el diálogo, se consuela al menos observando la envoltura carnal que constituye su prisión. Un hombre como de setenta años, de traje y elegantemente vestido, pero en términos austeros. Quizás sea uno de “los amos” que mencionara el guardián de la puerta... Si es así, reflexiona nuestro héroe, no se puede decir que goce muelle y bondadosamente la vida, ¡con semejantes y fabriles pensamientos, qué va!, no era así como él concebía un amo, “uno de los de arriba que todo lo tienen”.

No pudo seguir adelante con estas particulares observaciones de su propia cárcel, porque ésta comenzó a desplazarse. El sermón evangélico ha terminado. Cámaras de televisión y micrófonos se retiran; también el predicador. Todos se retiran del templo evangelista, y con ellos el austero ser en cuyo interior se encuentra. Éste mira el reloj, las diez, y acelera el paso. Hacia una lujuriosa limusina negra, frente a la cual le espera, de pie y rígidamente, un hombre de tez oscura y con uniforme. Sin duda, el chofer. Entran a la limusina y ésta arranca. “A las oficinas de la corporación”, le indican al chofer.

Pero, ¿qué es esto?, ¡aunque sea una elegante limusina!, ¿esto es el interior de un automóvil? Ver para creer, se dice nuestro protagonista, ¡lo que es el adelanto técnico y la electrónica! Una pantalla de televisión llena de botones; encendida. Parece haber ahí una lista de cotizaciones de valores financieros o industriales, o así. A un lado, empotrados contra el asiento delantero, varios teléfonos, con pequeños letreros abajo, parecen indicar conexiones con bancos, empresas u organizaciones por el estilo. Algunos aparatos más de función incomprensible. Finalmente, a un lado, una mesita portátil; un té, unas galletas y un jugo de fruta listos sobre ella.

“¡*The time is money!*”, oye nuestro héroe reflexionar a la conciencia interna del austero ser que lo encierra. Y, dicho esto, este último toma un sorbo de té, una galleta. Será todo su desayuno. Descuelga uno de los teléfonos que tiene ante sí. Uno en particular, cuyo letrerito dice *think-tanks*, algo así como “tanques de pensamiento” o “baterías de ideas”, intraducible literalmente. ¡Vaya nombre!... pero la conversación se entabla con un lejano

y desconocido interlocutor. Bueno, propiamente conversación, no; son instrucciones perentorias que dan desde la limusina. . .

“...Es urgente que nuestro cuerpo interdisciplinario de expertos en generación de ideas espontáneas de masas acelere el fin del proyecto Mandato para el Liderazgo, ¡la corporación necesita ese estudio para modular la opinión pública e intensificar la presión sobre el aparato gobernante!... Sí, todo justificado dentro de un serio marco académico y científico, la ciencia debe avalar nuestras posiciones... En el proyecto preliminar no se pone suficiente énfasis en los tres eslogans que la opinión pública debe asimilar como si hubiera nacido con ellos: *We are not going to be pushed around anymore*, ¡ya no dejaremos que nos sigan atropellando!; “Es algo axiomático que las libertades individuales son secundarias a los requerimientos de la seguridad nacional y el orden civil interno”; “La oposición al libre albedrío empresarial es una disidencia antinacional, satánica”. El énfasis sobre estas tres ideas matrices debe ser vital para nuestros expertos... La corporación cubrirá el costo millonario del proyecto... Sí, la Iglesia evangélica ayudará también a su difusión e implantación colectiva. ¡Antes de dos meses debe estar todo esto en acción a escala nacional!... No hay que olvidar que pasada esa fecha el Congreso deberá aprobar el presupuesto sobre seguridad nacional... nosotros somos los principales contratistas y debe haber un clamor popular para que así siga siendo... ¡Qué el país sienta internamente que somos la libre empresa que defiende la democracia!... Espero que nuestros expertos tengan ya resultados preliminares del proyecto en dos semanas... si es necesario, que trabajen noche y día...”

Colgó el teléfono y fijó entonces su atención en la pequeña pantalla de televisión que tenía delante, observando atentamente una lista de números que parecían cotizaciones bancarias e industriales. En particular en dos numeritos, que iban a continuación de algunas palabras y que parecían indicar industria del acero, y electrónica y comunicaciones. La conciencia interna del ser que aprisionaba a nuestro protagonista, su “compañero y vigilante en lo interno” en esa cárcel viva en que estaba encerrado, comenzó ahora a reflexionar:

“¡Crecimiento cero en nuestras industrias del acero!... Sube

en cambio vertiginosamente todo lo relacionado con electrónica y comunicaciones... ¡El tiempo apremia!... Es vital obligar al Congreso a que nos confirme como contratistas privilegiados con el presupuesto de seguridad nacional... ¡Con el Presidente no hay problema!, es un evangelista convencido y sincero amigo, un gran defensor de la democracia... Necesitamos urgentemente ese presupuesto para impulsar aún más el crecimiento de la parte electrónica y comunicacional... y para cubrir las pérdidas del cierre de nuestra industria acerera... Claro, habrá algún problemilla con el cese de los trabajadores de las plantas acereras... ¡No hay que hacer caso!, el porvenir de la corporación es lo que importa... la libre empresa, como la nuestra... ¡es lo que asegura el derecho al trabajo!, que lo busquen en otra parte... Como dijo el reverendo en el sermón... Jesucristo dijo que es necesaria la mansedumbre, hay que enseñársela a esos... En fin, habrá que discutir todo esto ahora con los ejecutivos de la corporación... ¡qué día!... y después hay que asistir a la recepción en la embajada esa, de ese país tropical y exótico... ¡Paciencia!...”

Nuestro protagonista está desconcertado. Esa es la palabra. Porque si bien está desesperado de estar encerrado en vida al interior de la vida de otro, y vigilado estrechamente por una conciencia de ese otro, rapaz y enferma, por lo que va constatando, siente también estar dentro de un nuevo Tamerlán de las finanzas y de la política, un verdadero “amo, de esos que lo tienen todo”, como deseaba conocer... ¡Y vaya que está siendo obligado a conocerlo, en serio y a fondo! Pero no es lo que quería, ni lo que suponía y esperaba... ¡Desventurado el momento, se dijo para sí nuestro protagonista, en que jugué con las fuerzas arcanas de los discípulos de Lucio Apuleyo!, ¿cómo pude desear esto? Pero ya era tarde para arrepentimientos... Si las cosas se suceden, sigue reflexionando nuestro héroe, como cuando los monigotes de la cofradía del biberón, los títeres de cachiporra y el Atuneo de los Diagogos, tengo aún un largo y desagradable camino por andar en esto de “los amos”, ¡con el agravante que ahora estoy encarcelado al interior de uno de ellos, un paranoico del control social! Sí, tarde para arrepentimientos de nuestro héroe. Porque los acontecimientos siguen sucediéndose en contra de su voluntad...

La limusina se para. Han llegado a alguna parte. El chofer abre la puerta trasera del vehículo y “salen”: el encarcelado, su cárcel viviente y “el otro”, conciencia megalómana de esa cárcel. Se encaminan a lo que parece la puerta de entrada de un monstruo urbano de concreto y plástico. Uno de esos edificios que, como nueva torre de Babel, desaparece en las alturas. “El centro nervioso de nuestra corporación...”, oye reflexionar nuestro protagonista a la conciencia interna de su cárcel humana. En el interior un edificio con todos los adelantos de la tecnología moderna; puertas automáticas, luces y botones de control electrónico de función desconocida, vigilantes cámaras de televisión por doquier, y un hormiguero humano que se mueve frenéticamente y sin cesar. Como si cada hormiga estuviera en trance de hacer algo vital y urgente, de lo que dependiera su vida. ¡Aquello respira actividad y más actividad!, y eficiencia, ¡mucho eficiencia!

Se encaminan a uno de los numerosos elevadores de la planta baja. Uno vigilado estrechamente por dos guardias de uniforme; como “para los elegidos”. Suben vertiginosamente; es ese tipo de elevadores que al arrancar y parar, por las velocidades que alcanzan, producen cierto malestar y vacío en el estómago. ¡Qué curioso!, se dice nuestro héroe, ¡siento el malestar y vacío estomacal como si yo y mi cárcel viviente fuéramos, físicamente, la misma persona!... ¿será que estoy condenado, no sólo a convivir estrechamente con su conciencia interna, sino también a sentir sus reacciones físicas? ¡Así es!, nuestro protagonista se da cuenta al fin de un “pequeño detalle de su vida de prisión” actual, que está destinado a jugarle una mala pasada, más adelante.

El elevador se inmoviliza. Un largo pasillo, y una pequeña puerta al fondo. Muy curiosa, sin cerraduras ni manijas. Su cárcel humana apoya la mano derecha, extendida, en cierta parte de la puerta. Y se abre; como si un dispositivo electrónico comandara la apertura en función del contacto particular de ciertas manos. ¡A qué extremo llega la megalomanía y el complejo de persecución de “los amos”!, se dice nuestro personaje. Pero entran. Una muy amplia y cómoda sala, de conferencias sin duda. Lujosa pero funcionalmente amueblada. Sobre todo en el renglón de comunicaciones; teléfonos por doquier, pantallas

de televisión y otros aparatos de función análoga. ¡Desde ahí debe ser posible comunicarse con medio mundo! En el centro de la sala una sólida y larguísima mesa, de estilo victoriano. En torno a ella, sentados, diez o doce austeros personajes. Secos y en “la tercera edad”, y sobria y elegantemente vestidos. Se ponen de pie; parece esperaban ya al recién llegado. Todos se sientan y, súbitamente, una de las paredes se ilumina como si fuera una pantalla cinematográfica. Sobre ella aparece un intrincado mapa, más bien una red con líneas y puntos, de diferente color y grosor; todo como superpuesto sobre un mapa geográfico. ¡Red inmensa e infinidad de puntos!, un diagrama de la corporación a escala de un país, o varios. Aquel centro de control rebosa, en lo que a comunicación atañe, tecnología de siglos venideros... se ve que “los amos” no dejan nada al azar, ni confían en inseguras técnicas artesanales cuando de *managing* se trata. *Business are business*, y todo debe funcionar como un reloj, precisa y cuidadosamente controlado. Porque una cosa es preconizar y defender ideológicamente “el libre albedrío y el espíritu de libre empresa”, y otra muy distinta manejar el Destino Manifiesto de imperios económicos, piramidalmente contruidos, y en donde toda actividad particular está cuidadosa y detalladamente programada. La eficiencia global de macrororganizaciones de ese tipo depende estrechamente de la eficiencia y fiabilidad local total de todas y cada una de sus partes. Aquella sala de control suscitaba estas reflexiones, si no en nuestro protagonista, sí en los presentes, ejecutivos de la corporación. “Los amos”.

La conversación se entabla entre ellos, en función de lo que visualmente indica la pantalla, el diagrama complejo que resume y da cuenta de la estructura de la corporación.

Durante largas horas en aquella sala sólo se oye hablar de números. Indican volúmenes de producción y sus ritmos, costos en cifras inimaginables y astronómicas, y aun más cuando se mencionan posibles inversiones y ganancias. ¡Pareciera ahí que las cifras de menos de seis ceros hubieran pasado a la historia y fueran insignificantes! Nuestro protagonista, ante la magnitud y enormidad de las cifras y decisiones económicas que ahí parecen tomarse, casi se olvida de su encierro en esa cárcel viviente que es uno de “los amos”. No sale de su asombro... se tratan

allí cantidades que, por su enormidad, dejan para él de tener todo sentido. Pero tiene la sensación de estar, ya no entre ejecutivos de una corporación con poder sin límites, o ante “amos” como los llamaría el guardián de la puerta, sino ante demiurgos que deciden fríamente la suerte del universo social del ser humano. ¡Una sensación embriagante para nuestro protagonista, que le causa vértigo!... el vértigo del poder, de la omnipotencia. Tal pareciera que la megalomanía de la conciencia interna de la cárcel viviente que lo encierra fuera, paulatinamente, inyectándole su propia paranoia.

Pero... algo sucede. Después de todo, esos demiurgos, como la envoltura carnal que lo aprisiona, son sólo simples seres humanos. Incluso con los achaques físicos de todo ser humano. O aún más, porque ahí hay sólo ancianos, fríos y austeros, en el declive físico de la vida. ¡Pensar que de tanta omnipotencia hará, más pronto que tarde, en aquel Olimpo del poder social, tabla rasa la muerte! Tan atormentada reflexión empieza a arraigar en nuestro protagonista. Lo que parece tener su origen, ¡recordemos que nuestro protagonista siente como propios incluso los malestares físicos de su cárcel!, en un extraño malestar y en un dolor sordo que se agudiza por momentos, hasta transformarse en un dolor intenso. La conciencia interna de su cárcel reflexiona: “¡Esta maldita úlcera!... no la soporto... qué dolor...” Alguien se moviliza rápidamente en la sala de conferencias. Traen inmediatamente un vaso de leche, y unas pastillitas de color indefinido. Con ellas el malestar empieza a calmarse paulatinamente. Hasta casi desaparecer, no del todo pero es ahora tolerable el malestar. “Amos” con el cuerpo de barro. ¡Tanto poder, quizás por ello mismo, que pone en tierra un simple dolor físico!... ¿vale la pena tener, así, tanto poder? ¿Dónde está ese “mundo maravilloso de los que lo tienen todo” que imaginara? Reflexiones que empiezan a abrirse camino, lentamente, en nuestro personaje central. “Gozar” y “poder” no parecen sinónimos.

Pero han pasado demasiadas horas en la sala de conferencias, en aquel cerebro de la corporación. Es ya anochecido. La sesión se levanta. Los ejecutivos, “amos”, empiezan a retirarse y desfilar lentamente hacia la puerta de salida. El retorno a la

planta baja por aquel elevador especial. La planta baja y aquel hormigueo humano de “soldados de la eficiencia y del Destino Manifiesto” de la corporación. Otra vez la limusina, que arranca.

¿A dónde irán ahora? Una orden seca al chofer. “A la embajada de...”, escucha escupir a su cárcel viviente. Oye también las reflexiones de la conciencia interna de ésta. “...Maldita la gana que tengo de ir a esa recepción... ¡para rozarme y contaminarme con esos seres exóticos llenos de medallas, de avaricia, corrupción y vulgaridad!... *But business are business*... sí, ante todo los intereses de la corporación... necesitamos esos recursos minerales de ese país de cuarta... La corrupción de esa gente la llevan en la sangre, ¡una nimiedad para la corporación!... parecen monos que se conforman con bananas... y como tales, son exhibicionistas... ampulosos y superficiales, ¡reyezuelos de nada!... En fin, vamos allá...”

La limusina se para frente a las verjas metálicas, abiertas de par en par, del jardín de una elegante mansión. Tiene un extraño escudo ovalado en lo alto; debe ser la embajada. Gente elegantemente vestida se para un instante ante la puerta, entrega un cartoncito a alguien de uniforme y entra; los invitados a la recepción. Esto mismo hacen “ellos”, al descender de la limusina. Entran, suben una escalinata al final del jardín, que da acceso a un salón muy iluminado.

En lo alto de la escalinata esperan, saludando a los invitados, una fila de personajes. Muy estirados; elegantes, pero “excesivamente” vestidos. Sobre todo el primero de la fila, un hombre de tez oscura de edad indefinida, lleno de medallas.

“Míster... ¡qué alegría me da verlo en esta modesta representación de mi país! Sabíamos que no faltaría”, dice el personaje al pie de la escalinata y saluda efusivamente al recién llegado. Y ambos se adentran en el salón iluminado charlando como amigos de muchos años. Un salón lujurosamente amueblado; finísimos muebles *belle époque*, cortinas de terciopelo por doquier, candelabros de innumerables brazos suspendidos sobre sus cabezas. Muchísima gente, “de la elegante”, se desplaza por el salón. Se oyen risas, comentarios que intentan ser agudos, de todo. Camareros van y vienen con infinidad de bandejas, con bocadillos, canapés, y comidas exóticas, y toda clase de bebidas.

Desde champagne hasta raros licores de colores lujuriantes, que el sólo aspecto indica una procedencia tropical y singular. ¡La embajada tira esta noche la casa por la ventana!... parece todo esto una escena balzaquiana del siglo pasado y de algún banquete de la decadente aristocracia de otros tiempos.

La cárcel viviente que encierra a nuestro protagonista come uno o dos bocadillos; el "amo" recuerda que no probó bocado durante las largas horas de discusión en la corporación. Pero será esto toda su cena, ante el temor del retorno de los dolores de la úlcera. De vinos y licores no prueba absolutamente nada, sólo un jugo de fruta. Es lo único que soporta su debilitado estómago.

Pero el personaje lleno de medallas y el "amo" pasan a un pequeño saloncito reservado, muy acogedor, en donde ambos empiezan a charlar. El "amo" habla...

"Señor embajador, me siento orgulloso de asistir a esta celebración de la independencia de su gran país... la corporación, por mi intermedio y voz, le ofrece nuestras más calurosas felicitaciones... ¡nuestra nación y la suya son dos firmes pilares de la democracia, dos entrañables compañeros de combate por la libertad!, en el respeto de la independencia mutua..."

Es el turno ahora del embajador:

"¡Gracias, míster...!, transmita mi agradecimiento, en nombre de mi país, a la corporación... ¡nos ayuda tanto con sus inversiones!, nuestro país florece con la filantrópica, ¿qué menos decir?, ayuda de ustedes... y, a propósito, el excelentísimo jefe del Estado de nuestra nación, nuestro presidente vitalicio desea, por mi conducto, manifestarles que no hay inconveniente en cederles las concesiones mineras que desean... pero desea también recordarles que sus inversiones en nuestro país urgen, ¡el desarrollo y las fuentes de trabajo de nuestro país dependen mucho de eso!... Para no perder tiempo recomienda, ¡hay que evitar esos molestos trámites oficiales!, se envíen las cantidades, a su nombre personal, a ciertos bancos extranjeros que consideramos de absoluta seriedad y respetabilidad..."

El "amo" está de acuerdo, lo acordaron ya esto en la corporación hace pocas horas.

Es el turno ahora de las reflexiones de la conciencia interna del "amo", de la cárcel humana que aprisiona a nuestro perso-

naje central: “¡Corrupción y avaricia grosera!... ¡Vaya con el antropoide ese del presidente vitalicio!... Pero nos conviene... esos minerales son imprescindibles para nuestra industria electrónica... Pero puede haber desórdenes en ese país... Los enemigos de la libertad y la libre empresa parecen ahí multiplicarse como los hongos, ¡la conjura satánica, internacional y totalitaria de siempre!... Habremos de ayudar a reforzar la seguridad nacional ahí...”

Nuestro protagonista está como alelado. En una reunión frívola “diplomática”, entre un demiurgo de la corporación y el grotesco representante de un lejano sátrapa exótico, ambos llenos de esa falsedad que se disfraza de ampulosidad, se decide el destino de un lejano país... ¡El Destino Manifiesto del que tanto ha oído hablar nuestro protagonista! Empieza a sentir cierta repugnancia por lo que le rodea, esté o no, “al interior del amo”.

Pero sobre esta incipiente sensación de repugnancia se impone la embriaguez que da el ejercicio omnipotente del poder. ¡Aunque sea aprisionado en vida en el cuerpo de otro, de un anciano megalómano y decrepito, asistir al ejercicio de tanta omnipotencia hace perder la mesura y la ecuanimidad de un “medio mediano” como él! La mediocridad sumada al inesperado acceso a un poder social casi sin fronteras hacen una mezcla anímica explosiva, cuya resultante es el “mareo de las alturas”, en donde la cordura y la objetividad se pierden por completo. Pero nuestro héroe no deja por ello de ser, como lo bautizaran en el “Atuneo de los Diagogos”, un medianillo... alguien, pues, con deseos insatisfechos, sensuales, muy particulares y concretos. Nuestro protagonista quisiera “gozar individualmente” la vida; más que la omnipotencia, o al menos como consecuencia de ella, quisiera “satisfacciones personales”, de una buena vida que nunca tuvo. En esta vorágine de reflexiones está cuando siente que pierde la conciencia. ¿Qué sucede?, ¡todo gira y se esfuma! Y en los comienzos de su desvanecimiento oye sólo, lejanamente, una voz. ¡Es la del guardián de la puerta! “... Ven, abandona el interior del amo, ven... Tú quieres, no tanto ejercer el poder, sino gozarlo, ¿no es así?... Deseas conocer las maravillosas delicias de la vida feliz de los amos... y de las amas... ¡Qué así sea!...”

Es lo último que oye nuestro personaje central, antes de perder toda conciencia y ser arrastrado hacia desconocidos destinos. “¡El mundo de los que lo tienen todo!”, pero no como se construye o controla, ¡él quiere “gozarlo en lo personal”! Sea... las fuerzas arcanas de los seguidores de Maese Apuleyo se preparan a satisfacerlo. Pronto descubrirá que hay deseos que más vale que no se cumplan.

ASTARTE Y BELIAL

Entre los ángeles precipitados a las profundas honduras de los infiernos, por su rebeldía, destacaban, después de Satanás, Moloch y Belcebú, por su ferocidad, en orden jerárquico y a continuación, Astarte y Belial. Estos últimos demonios, aun cuando el sexo de ángeles y demonios es indefinido, adoptaron diferentes sexos. Astarte el femenino y Belial el masculino. Pero en algo se parecían estrechamente. Poseían una bellísima apariencia y una infinita dulzura de carácter. La belleza de Astarte no tenía parangón, y la enajenante elocuencia de Belial era tierna y conmovedora. Pero bajo esta apariencia ambos escondían sentimientos rastreros y tortuosos, corrupción y vicios inconfesables. ¡Cuántos pueblos del antiguo oriente fueron degradados por tan seductores demonios! Cuentan las leyendas que degradación y corrupción la inventaron ellos, revestida, para mejor perder al ser humano, de ese poder hipnótico que ejerce la dulzura y la belleza. También se dice que Astarte y Belial, reencarnados en diferentes personajes y épocas, reinaron y aún siguen reinando entre algunos humanos. Un reino invisible, porque se ejerce en las conciencias internas, no por ello menos poderoso y despótico. Todo esto ya lo sabían en la antigua y legendaria Tesalia, tierra de magos y hechiceras, y en donde el arte del control de las fuerzas arcanas alcanzara sus máximas cimas. No sólo eso; también sabían, si bien no dominar o controlar seres de tan inmenso poder maligno como Astarte y Belial, predecir sus sucesivas reencarnaciones, avatares. Sabían “dónde y cuándo” encontrarlos, o se encontrarían. Conocimiento peligroso que, seguramente, también asimilaría Lucio Apuleyo. Y sus seguidores, que ahora juegan con nuestro protagonista, y que no parecen tener muchos escrúpulos, por lo que hemos ido

viendo, en lo que a satisfacer terriblemente las ansias y deseos de éste respecta. Claro, con resultados inesperados para nuestro héroe. El guardián de la puerta y el mundo de los amos da prueba de ello. ¡Pero lo que deberá afrontar ahora!... en fin, no adelantemos acontecimientos. El caso es que Astarte y Belial habían reencarnado en un mundo del que no lograba escapar nuestro protagonista. El mundo de "los amos", de "los que lo tienen todo". Pero atendamos a lo que sucede; él mismo, su destino actual, nos llevará a esos dos ilustres personajes del averno, no importa cuál sea la envoltura carnal que ahora aparenten.

¡Quisiera gozar, "en lo personal", de las ventajas de ser amo y pertenecer a su mundo!, y no ser un austero y megalómano constructor o controlador de él. Va recuperándose nuestro protagonista de su desmayo. Todo está aún oscuro y parece girar en espiral, y en torno a él. Vuelve a escuchar la inconfundible voz del guardián de la puerta, repitiendo las últimas frases que le escuchara al perder la conciencia: "... Tú quieres, no tanto ejercer el poder, sino gozarlo, ¿no es así?... Deseas conocer las maravillosas delicias de la vida feliz de los amos... y de las amas... ¡Qué así sea!..." La voz se va haciendo más fuerte y clara. Pero no ve al guardián de la puerta, porque la oscuridad no cesa. Es como si esa voz le llegara y penetrara por todas partes, y muy íntimamente, no obstante estar en la aparente situación de un ciego. Pero, ¿por qué dice el guardián de la puerta "... la vida feliz de los amos... y de las amas"?, ¿por qué esta segunda parte en femenino?, ¿qué se propone con él?, se demanda nuestro protagonista.

No hay tiempo para más reflexiones. La voz del guardián de la puerta continúa.

"... ¡Te hablaré ante todo de un par de personajes, que conocerás íntimamente y te agradarán! ¡Gozarás, como querías, con ellos!... son parte de esa gloriosa vida dorada, a donde ansías llegar..."

¿Íntimamente?, ¿a qué se refiere, y qué tan íntimamente? Pero la voz del guardián de la puerta continúa:

"... Uno de estos personajes, a través del cual descubrirás una nueva vida, es Billy 'le bean'. ¡Un gran hombre en la flor de la vida, así conocido por su hermosísima apariencia y dulzura

y ternura de carácter! Un finísimo aristócrata que, de allende los mares, llega a la tierra prometida de los amos, en donde es recibido con los brazos abiertos. ¡La belleza y la dulzura se granjean siempre la amistad y la solicitud de todos!... Un ser en cuya cuna pareciera hubieran asistido todas las hadas para concederle sus favores...”

Nuestro personaje central empieza a estar enajenado por semejante discurso. ¡Esto sí es lo que él hubiera querido ser! Pero el discurso sigue.

“... Billy ‘le bean’ parece provenir de dos nobles familias, de dos viejos países de ultramar. Por parte paterna de los ‘Legrand’; por parte materna, de los ‘Parasiti’, más tarde fonéticamente transformado en los ‘Parasite’. Billy Legrand Parasite, ¡qué delicioso personaje! Una de las grandes luminarias de la *high society* de los amos. Esa brillante alta sociedad, en donde los amos descansan y se esparcen, en contacto con todo lo bello y agradable que viene del Viejo Mundo, como justa recompensa a su fatigante ejercicio del Destino Manifiesto... ¡pero así como hay astros hay estrellas!, y es justo te diga, te hable de la existencia de una segunda e incomparable criatura... ¡la inseparable y abnegada esposa de uno de los amos!, que ya conociste...”

¡La esposa de ese potente ejecutivo de la corporación, en donde hasta hace unos instantes estuvo encerrado en vida! ¡Vaya! Pero la voz sigue adelante.

“... me refiero a Esther ‘highness’, como comúnmente la conocen todas las amistades que gozan de su incomparable presencia, ¡sí, su alteza, por sus cualidades y belleza!... dulzura, ternura, ¿y qué decir de su belleza?, ¡una nueva Afrodita del Nuevo Mundo del Destino Manifiesto!, ante la cual todo se opaca... descendiente de una de esas emprendedoras familias del Nuevo Mundo, de los amos, en particular de una cuyas mujeres se distinguieron por su capacidad y falta de prejuicios para abrirse camino en la vida, las ‘Lea’... Esther Lea... ¡Billy y Esther!... ¡Legrand Parasite y Lea!, dos luminarias de lo más hermoso que posee la vida, de las que bien hubiera podido descender la raza de los amos... ¿cómo no decir que Billy y Esther eran dilectos amigos?... la luz atrae a la luz... ¡Conocerás esa luz!... íntima, muy íntimamente... como conociste a los amos...”

¡Otra vez eso de “muy íntimamente”!, ¡y dice que “como conociste a los amos”!, reflexiona nuestro héroe. ¿Será que se proponen las fuerzas arcanas, como le advierte el guardián de la puerta, volverlo a encerrar en vida al interior de la vida de otro?... ¡No, esa experiencia no la quisiera repetir! Pero las fuerzas arcanas cuando actúan, ¡y sobre todo las que nacieron en Tesalia!, nada ni nadie las detiene. Nuestro protagonista seguirá, pues, le plazca o no, un destino que él mismo se labró.

Se apaga la voz del guardián de la puerta. Pero la oscuridad que le rodeaba empezaba lentamente a aclararse. Como a través de otra cosa empieza a percibir un techo, unas luces empotradas a él, pero como si el techo y luces fueran una pared. No, no es eso... es que observa todo desde una posición horizontal, echado sobre algo blando; una cama. Mira a los lados. La cama, lujosísima. Y el cuarto también. Parece un cuarto de “suite presidencial”, de esos grandes hoteles fuera de clasificación, amueblado con lujo asiático. Y, ¡sin embargo!, percibe y siente todo esto “a través de algo”, “rodeado por algo”. ¡Dios mío!, se dice, ¡ha vuelto a suceder!... ¡estoy otra vez encerrado en vida al interior de otro ser!; a esto debía referirse el guardián de la puerta con aquello de “muy íntimamente”... ¿Quién será mi contenedor viviente?, quizás ese Billy del que hablaba.

Estas ideas dispersas fueron truncadas por un dolor de cabeza creciente; pareciera que se le iba a partir en dos. Desesperado recuerda que, encerrado en vida en otro ser vivo, está también condenado a sentir todas sus reacciones y contratiempos físicos. ¡Y sin poder hacer nada! Pero el malestar sigue; ahora es el estómago, como con deseos de vomitar. Y sed, sed, mucha sed. Pensar en agua, en un océano de agua se le vuelve una obsesión. En estas, nuestro protagonista oye reflexionar a alguien, muy pero muy cerca de él. ¡Claro!, ahora lo recuerda de su pasada experiencia encerrado en alguien, también es compañero de celda de la conciencia interna de ese alguien. Compañero de celda y su compañero. Pero ese compañero reflexiona:

“... ¡Billy, te propasaste anoche con el champagne y el bourbon!... ¡maldita sea!, ¿ves cómo te duele la cabeza?, ¡y qué decir del estómago!... qué sed, quisiera beberme un lago... ese *happening* tropical del yate de anoche, ¡qué fiesta!... ¡qué gente

tan imbécil!, ricachones recientes para que yo los ordeñe... ¡Ja!.. ¿y ese vejete imbécil, millonario petrolero, que borracho como un tonel se cayó al mar y hubo que pescarlo?, ¡lo único interesante de esa fiesta!... al menos por pescarlo del agua y consolarlo diciéndole que parecía un hermoso y poderoso nuevo Neptuno me regaló, lloriqueando enternecido, aquellas acciones de no sé qué industria, ¡ya me hacía falta *grasa!*, si no, ¿cómo pago este mes la suite?... Claro que el vejete, beodo o no, le gusta 'lo bueno'... aquellos pellizcos y sobadas lo ablandaron... ¡por decir la verdad, a mí también!..."

Nuestro protagonista comienza a aterrorizarse. No tanto al darse cuenta de la "calidad humana" del ser que lo aprisiona, sino... sino... por lo que en tales circunstancias puede depararle el futuro. ¡Como resulta que está destinado "incluso a vivir físicamente a su cárcel"!... ¿qué es lo que le tocará pasar? No quiere ni imaginárselo. Pero las reflexiones internas de la conciencia de su cárcel siguen adelante...

"... En fin, Billy, ¡haz un esfuerzo por levantarte!... tienes un duro día de trabajo... la partida de tenis en el deportivo, con *my honey*, ¡esa vieja horrible!... pero hay que satisfacerla como mandan los cánones... ¡Le prometí unos "masajes renacentistas íntimos" que recuperan la juventud!... y aun me creyó aquello de que es de una receta de los Borgia que llegó a manos de mi ilustre familia... ¡esta gente es imbécil!... pero todo sea por el regalito del auto deportivo... En fin, ya veremos... ¡de todas formas el día tiene sus compensaciones!... Todo el sufrimiento del día queda compensado con la "fiesta de las iniciadas" que esta noche organizaremos en 'The Golden Bug Club'... ¡Ah, Esther, Esther!... tú serás esta noche mi escarabajito, ¡ganaremos escarabajito mío!..."

Nuestro héroe está doblemente espantado. Por lo que entiende. Y por lo que no. *My honey* y sus "masajes renacentistas íntimos" auguraban desconocidas degradaciones. Pero eso de "la fiesta de las iniciadas", con "escarabajos" o algo así... ¿qué significaba? ¡Para que el buen Billy lo considere gloriosa culminación del día! Nuestro protagonista quisiera gritar, quisiera salir de su cárcel, quisiera todo menos estar ahí, en su actual cárcel viviente. ¡No puede! Los acontecimientos siguen su curso.

Billy se levanta penosamente de la cama y, por teléfono, ordena un refrigerio; jugo de tomate, vodka y salsa picante. Que cuando esté listo lo suban y lo depositen en la lujosa mesita de mármol de la suite, mientras se baña. El baño es un enorme cuarto, adornado con placas de mármol, y con una bañera a la que se desciende por una escalerita de tres peldaños. Parecen termas de la decadente Roma imperial de antaño. Luces indirectas, empotradas en el suelo, dan un aspecto exótico y fantasmal. Todo se llena de vapor. Billy ahí descansa hora u hora y media; recuperándose de la francachela pasada. Por fin sale del baño, se coloca una bata de seda, y mirándose un instante ante un enorme espejo de una pequeña antesala del baño, sale al centro de la suite. Este instante fugaz, encerrado en vida en el interno de Billy, sirve a nuestro protagonista para conocer su cárcel; realmente lo que se llama "un buen mozo". Quizás demasiado; un tanto afeminado. Pero aun este toque afeminado sirve para dar la impresión de una innata dulzura y ternura. ¡Lo que engañan las apariencias!, reflexiona en su prisión nuestro héroe, al recordar las reflexiones recientes de la conciencia de Billy.

Ya en la sala central de la suite, sobre la mesita de mármol, está el refrigerio pedido. Billy vierte vodka y salsa picante en el jugo de tomate, y lo mezcla un instante todo. Lo toma de un tirón. Billy, y nuestro protagonista que está condenado con él a compartir todas sus reacciones físicas, siente como un latigazo; un shock. La bebida quema, pero finalmente reconforta.

El malestar de estómago va desapareciendo. El típico remedio, "después de borrachera", de los especialistas en la materia.

Se comienza a vestir lentamente. De punta en blanco, literalmente. Sí, de blanco. Deportivamente. Recoge unas llaves, una raqueta de tenis de un armario tipo *belle époque*, y sale de la suite. Un lujoso pasillo, con alfombras persas y motivos sensuales. El elevador amplísimo, que parece una jaula de oro, con aquel empleado de librea. Sale Billy; parece un sótano y está lleno de coches, todos ellos lujosos "de ocho o más cilindros". Un estacionamiento. Un empleado de uniforme se acerca, son ademanes serviles. Con voz untuosa le dice: "Míster Legrand, ya está listo su coche". Billy le da una desorbitante propina y

se dirige a su auto blanco y con molduras doradas. Muy ancho y aplastado, y con sólo dos plazas; con un motor larguísimo. Uno de esos modelos deportivos, hechos casi a mano, de precio inimaginable. Sube, lo pone en marcha, y arranca ruidosa y prepotentemente. Como queriendo mostrar al mundo, a través de este detalle, su triunfo social.

Una larga media hora por aquella autopista con diez carriles; a toda velocidad. Sesenta o setenta kilómetros desde que saliera. Aparecen unas construcciones blancas, dispersas por un vallecito, que indican un parque deportivo. Una gran reja, el estacionamiento. Desciende y se dirige a un lujoso edificio de una sola planta. Parece una sola mezcla de oficinas y casino. ¡Ahí está *my honey!*, una vieja gordinflona, vestida de blanco y pantaloncillos cortos, parece una ballena pintarrajeada. Desprende un perfume penetrante y está grotescamente maquillada. Los ojuelos le brillan y se le saltan; no sólo por la gordura, sino por la presencia de Billy.

“¡Felices los ojos que te ven, Billy!”

Billy se inclina ante ella exageradamente y, delicadamente, le da un beso en la mano. Nuestro héroe, encerrado en Billy, siente una irrefrenable sensación de asco... pero, ¡ya tendrá tiempo de tenerlo aún más!

Billy habla arrastrando dulce y viscosamente las palabras:

“¡My honey, qué elegante y juvenil está usted!... parece una madona gloriosa de Leonardo... los años caen en usted como rosas hermosas, ¡la embellecen!”

“¿Te parece, Billy?”, pregunta muy emocionada el esperpento aquel.

“¡Claro!... pero lo prometido está prometido... juguemos la partida de tenis... y después, ¡ah!, después el masaje rejuvenecedor... y sus delicias...”

A la vieja no se le ocurre decir nada; sólo le brillan los ojos. Libidinosos. Finalmente dice algo: “Billy... ¡ya encargué el autito deportivo que tanto te gusta!...”

Se juega la partida de tenis. Pareciera una competencia repetida de la liebre y la tortuga, una tortuga gordinflona. La liebre, Billy, parece hacer grandes esfuerzos para vencer, ¡y cómo se emociona la tortuga! Finalmente vence la liebre, pero la tortuga

está satisfecha por la pelea.

“¡My honey!”, dice Billy, “cada día está usted más vigorosa y ágil...”

La pareja se dirige a los vestidores. Nadie dice nada. La vieja va jadeando, como nerviosa, ¡llegó la hora del prometido masaje!

Nuestro héroe, cuyo terror va creciendo por unos momentos, oye en su cárcel a la conciencia de Billy reflexionar: “... ¡Pasemos pronto este trago amargo con este monstruo!... ¡ya verá qué masajes le voy a dar!... En fin, “la fiesta de las iniciadas”, y Esther, me recompensarán después... Esther, ¡escarabajito nocturno!...”

Llegan a unas instalaciones reservadas donde no hay nadie. Todo ha sido previsto. Dentro hay unas mesas de mármol y vapor. Billy se desnuda, y ayuda a desnudarse a la vieja, que está como cortada. ¡Es como despellejar a un marrano de once arrobas! Pero procede delicadamente, ¡es un artista en estos menesteres! Tiende, bocabajo, a la vieja sobre una de las mesas de mármol. Golpecitos suaves aquí, tiernas palmadas allá... empieza el masaje. El ballenato parece gozarlo; de tanto en tanto suelta un grito de gozo. El masaje va *in crescendo*; los golpes son más fuertes por momentos. Algunos salvajemente fuertes. La vieja suelta algún alarido; pero con un no sé qué de satisfacción. El “método renacentista” parece dar resultados. Siguen apretones y pellizcos a mano llena. En todos lados. En todos, y sobre todo en los más delicados... la vieja sólo acierta a decir: “... Billy... Billy...” Y babea. Una escena digna del marqués de Sade.

A estas alturas nuestro protagonista, encerrado en su cárcel viviente, siente asco y repugnancia sin límites. Está como traumatizado. Quisiera morir pero no estar ahí. En otro lado, ¡dónde sea, por Dios!, pero no ahí... no ahí... Pero algo sucede. ¿Será por el asco?, ¿por el irrefrenable deseo de estar en otro lado? ¡quién lo sabe!, pero sucede. Todo empieza a oscurecerse y a girar. Va perdiendo la conciencia. Todo se apaga...

...Y todo vuelve, paulatinamente, a iluminarse. El sol está cerca del horizonte; deben ser entre las seis y siete de la tarde. Frente a él un lujoso edificio, en una amplia avenida, con construcciones similares. Todo silencioso; poco tráfico. Parece una

colonia residencial. El edificio que tiene enfrente tiene un letrero con letras góticas y doradas, 'The Golden Bug Club'. Pero percibe todo como a través de algo, o alguien que le rodea por todas partes, y muy estrechamente. Asustado, reconoce esa sensación; ¡otra vez está, en vida, encerrado al interior de alguien! ¡Por lo menos ya no es Billy!, se dice nuestro personaje central, ¡ya es ganancia! Pero empiezan a llegarle las sensaciones físicas de ese alguien nuevo que lo aprisiona, sensaciones que sabemos comparte en tales casos. No las reconoce... estuvo "dentro" de aquel megalómano ejecutivo de la corporación y de Billy... pero, a pesar de la diferencia de edades y estado físico... eran sensaciones "reconocibles". ¿Por qué ahora no?, ¡es como si estuviera al interior de un animal no humano! No... no es eso, ¡eh, no! La verdad se va cruel y ferozmente abriendo camino para nuestro protagonista. No reconoce esas sensaciones físicas porque no corresponden a su sexo. Son reacciones femeninas, ¡femeninas!... llegar a esta conclusión, cosa de instantes, lo traumatiza. Siente como que ha recibido una descarga eléctrica. Un violento shock psíquico. ¡Las fuerzas arcanas, de Maese Apuleyo y cofradía, han ido demasiado lejos! Queda nuestro protagonista como ido y ensimismado; pero no pierde la conciencia de las cosas... y habrá de "pasar por cosas". ¡A esto también se refería el guardián de la puerta con aquello de "muy íntimamente"!

El ser, esto es, la mujer que lo encierra, avanza lentamente hacia la escalinata y entrada de 'The Golden Bug Club'. Dicen por ahí viejas leyendas que, cuando se es poseído por alguien, el poseído se comporta como un autómata comandado por "el espíritu poseedor interior"... y aquí es a la inversa; el protagonista, traumatizado por los acontecimientos, es el autómata... y es el "poseedor externo que lo encierra" quien controla el destino.

Sube la escalinata y abre la puerta. Alguien se acerca; un hombre de edad mediana sobriamente vestido.

"Madame Esther... mistress Lea... su esposo llamó desde la corporación comunicando que ya envió lo que usted pidió para el acto evangelista de hoy. ¡Le desea mucho éxito porque, según dijo, estos actos ayudan a consolidar los valores morales ciudadanos!... dijo también que lo disculpe, que ya sabía usted que, con tanto trabajo en la corporación, no podría venir..."

“Gracias”, musita Esther.

“Otra cosa, madame Esther, las invitadas especiales al acto ya llegaron. Le esperan a usted en la sala. Son unas veinte jovencitas...”

Esther asiente brevemente con la cabeza. En el interior de su cárcel, y a pesar de su trauma, nuestro protagonista escucha una breve reflexión de la conciencia de Esther. “Esperemos que no fallen los amigos de Billy... ¡todo parece estar listo!... en cuanto termine el acto veremos... Como lo previsto, el cretino de mi esposo no viene y habrá campo libre...” Pero cuando se está al interior de alguien, como nuestro héroe, no sólo se convive con la conciencia de ese alguien, sino también con ese mundo vago y caótico del subconsciente. Una de esas ideas vagas, sin sentido, en forma de aberrante imagen física, llega a nuestro protagonista. Una borrosa escena en donde se ven monstruosos escarabajos, como formados a cachos por seres humanos, corriendo desafortadamente, rodando y tropezando. La escena desaparece. El pánico de nuestro personaje central no tiene límites.

Esther se dirige hacia una puerta, grande y de madera oscura. “Salón de actos”, está escrito arriba. Entra. Un enorme salón, con grandes candelabros en lo alto. Al fondo se ha colocado una mesa alargada, con cuatro o cinco sillas mirando hacia el salón; parece ahí se sentarán conferencistas o maestros de ceremonia. Dos o tres micrófonos sobre la mesa, de los que salen cables a grabadoras sofisticadas de audio que hay en el suelo, al lado de la mesa. Detrás de la mesa un pequeño órgano, con alguien sentado y listo ante él.

A cinco o seis metros, pegados a la pared, y enfocando hacia la mesa, dos cámaras para grabar video, para televisión, cada una en un pared distinta. Detrás de estas cámaras, y a un lado de las grabadoras de audio, cinco o seis técnicos se afanan para que todo esté listo. Las paredes del salón están cubiertas de espejos; a esa manera parisina *belle époque* que al multiplicar las escenas por su reflejo en los espejos, da la impresión de espacios inmensos. Se tiene ahí la misma sensación; como si el salón iluminado se extendiera infinitamente hacia los lados.

Al entrar, Esther mira involuntariamente hacia los lados un instante; hacia los espejos laterales. A pesar de su trauma, esto

permite a nuestro héroe ver la imagen de la mujer en cuyo interior está aprisionado. ¿Cómo describirla? Vestida elegantemente, de seda blanca y hasta los tobillos, con algún adorno encima. Alguna joya. Pero no es eso... es la hembra; la hembra en sí. Una amazona de pelo dorado, muy esbelta, de facciones como una diosa griega. Detalle por detalle quizás no es tan extraordinaria, ¡pero el conjunto!, parece Afrodita renacida. Hay bellezas, paralizantes, que no se pueden describir; ¡se ven y eso es todo! Aun con su shock, tal portento impresiona a nuestro protagonista... siente estar aprisionado al interior de una de esas Venus triunfantes que se pintaran o esculpieran en el Renacimiento. Pero “el hábito no hace al monje”, y esa celestial envoltura carnal escondía interiores morales muy particulares, como nuestro personaje central aprisionado tendría ocasión de comprobar. En el salón, sentados en filas improvisadas con sillas plegadizas de aluminio y tela, se aprietan entre doscientos y trescientos invitados. Por sus atuendos y joyas, todos *high society*. Y en las dos primeras filas, cerca de veinte jovencitas vestidas de largo y azul claro. Parecen como madrinas, o como gente que va a recibir un premio o una distinción, o algo similar. La mayoría de ellas está muy inquieta y nerviosa; hablan entre sí, sueltan alguna risita nerviosa y se sonrojan algunas.

Esther echa una ojeada general a todos los asistentes. Sí, por ahí está Billy, y otros jóvenes elegantes; sin duda sus amigos como acordado. En general, tienen un aire displicente, incluso un algo ligeramente cínico... se ve gente acostumbrada al trato mundano; y a pasársela bien. Cerca de la mesa de conferencias, de pie ante todos los asistentes y conversando animadamente tres personas. Una es una señora de edad, vestida sobriamente, y los otros dos hombres de cuello blanco alzado; en ellos hay algo que indica su profesión; reverendos, pastores protestantes. Esther se acerca rápidamente a ellos, los saluda afablemente, y los cuatro se sientan detrás de la mesa de conferencias, frente a todos los asistentes. Algún acto va a empezar. Los técnicos de micrófonos y cámaras ponen todos sus aparatos en marcha; lo que ahí se diga o pase será grabado. Esther se levanta y empieza a hablar.

“Queridos invitados de ‘The Golden Bug Club’, como todos

los años, nuestra asociación cultural celebra su acto de homenaje a la actividad anual más distinguida de nuestra gran nación en defensa de sus más sagrados valores morales y sociales. . . ”

Aplausos; el acto sigue.

“...En este acto nos acompaña en la presidencia, la secretaria del Movimiento Provida, mistress. . . ilustre exponente de la mayoría moral de nuestro país, que ha dado sus mejores años por las causas nobles; defensa de la estabilidad familiar y su moral cristiana, contra el aborto, ¡en fin!, ustedes ya la conocen. . . También nos acompañan los reverendos. . . ilustres exponentes de la iglesia evangelista, que tanto han hecho por la salvación moral de nuestros conciudadanos, a través de sus famosísimas pláticas dominicales, que los medios de comunicación transmiten nacionalmente. . . ”

Aplausos nutridos. Esther hace una pausa, y después continúa.

“...Toca hoy rendir un homenaje a unas jovencitas, de lo más granado de nuestra sociedad, de lo más distinguido y granado de nuestra sociedad, que durante todo el año han participado en infinidad de labores públicas, festivales, colectas, y tantas otras cosas, en defensa de los valores éticos y morales, cristianos, sobre los que se sustenta nuestra sociedad, ¡pido ante todo un aplauso para ellas! . . . ”

Aplausos cerrados que obligan a las aludidas a levantarse y, sonrojadas, a agradecerse los al público.

“Es justo también mencionar el desinterés de la corporación, ¡el más dinámico exponente de las libertades de este país y de la libre empresa!, que ha tenido a bien colaborar hoy ofreciendo los diplomas y medallas de oro que cada una de nuestras jovencitas, por su abnegada labor del año, recibirá hoy. . . ”

Otra vez aplausos.

“...como ustedes saben, la ceremonia de hoy está siendo grabada en audio y video, para que oportunamente pueda ser conocida en el país, ¡es preciso enseñarles a nuestros compatriotas que la fibra moral y cristiana de nuestra sociedad es más pujante que nunca! . . . ”, y Esther se engarza en un conceptuoso discurso sobre el Destino Manifiesto de la gran nación, sus valores cristiano-occidentales, y mil cosas más en el mismo regis-

tro. La perorata dura unos veinte minutos, al término de los cuales alguien trae una gran caja con pergaminos y medallas; jovencita por jovencita se va acercando a la mesa que preside el acto, y los dos reverendos les van dando un abrazo, pergamino y medalla. Como en una ceremonia de graduación de uno de esos lujosos *colleges*, en donde se forma intelectualmente la élite social. Todo esto en un fondo sonoro y evangelista adecuado; el organista toca algo que suena a música de aleluyas, "algo sagrado" y eclesiástico. ¡Bellísima estampa de la "crema social" de la nación de los amos! ¡Su más sólida fibra moral!

El acto finaliza; ya es tarde. Esther se dirige al público y, en particular, a las jovencitas premiadas, mirando furtivamente a Billy.

"Agradecemos hayan asistido a esta ceremonia, ¡gracias a todos!... y rogamos que nuestras jovencitas premiadas permanezcan en el salón, y también los jóvenes de su edad..."

Nuestro protagonista, encerrado en vida en lo íntimo de Esther, oye las reflexiones de su conciencia. "...¡Claro!, y como aquí en el club no es posible entrar más que con invitación rigurosa, sólo se quedarán Billy y sus acompañantes... ¡esto marcha!..." También le llegan a nuestro héroe, ¡otra vez!, imágenes distorsionadas del subconsciente de Esther. ¡Otra vez aquellas especies de cangrejos humanos en carrera frenética! Le embarga otra vez el pánico, ¿qué sucederá?...

Esther sigue hablando a los invitados que se despiden.

"...hemos querido recompensar a nuestras maravillosas jovencitas, después de esta solemne ceremonia, con un pequeño ágape en el club... ¡la juventud también tiene derecho a divertirse sanamente!..."

Los invitados y todos, menos la citada "juventud dorada" de los amos, se van. Esther se encarga de que, excepto los invitados al "pequeño ágape", salgan del club. Indica a unos empleados del club retiren las sillas del salón de conferencias y traigan, quién sabe de dónde, unas cajas que parecen contener bocadillos, vasos y botellas. Hecho esto, tiene cuidado de que también los empleados hagan mutis. ¡Por fin están "en confianza"!... nuestro héroe, en su cárcel femenina viviente, piensa desesperadamente qué acontecimientos desconocidos se precipitan...

Solos al fin “los cabales”. Alguien, un acompañante de Billy, va al órgano y empieza a tocar una música suave, romántica; para aflojar la tensa atmósfera y desarmar un poco la timidez de las jovencitas. Dos más, acaudillados por Esther, distribuyen vasos y unos bocadillos. Esther está radiante, simpaticuísima, infundiendo confianza a sus más jóvenes compañeras de sexo. La conversación se anima entre todos. Alguien empieza a servir alguna bebida, licores que en un principio rechazan muchas damitas, pero que con el jovial ambiente creado, finalmente aceptan. El alcohol empieza lentamente a hacer su efecto; y cada vez corre más copiosamente. Billy lleva la voz cantante en esto, como todo un consumado barman. El organista improvisado va cambiando la música; es cada vez más estridente, ritmos más vertiginosos; algo así como música rock. Ayuda eso a excitar a los invitados. ¡Todo marcha!

El ambiente y el alcohol, ya a ciertas alturas en cantidades desaforadas, empieza a hacer sus estragos. Sobre todo en las “damitas de sociedad”, poco acostumbradas a estos trances. Risas locas, gritos desaforados y como histéricas, incluso algún llanto intercalado con sucesivas risitas incontroladas... la capa de “civilización de los amos” empieza a deshacerse estrepitosamente. Los compañeros de Billy aprovechan la situación para manosear a las jovencitas, que sólo saben emitir risotadas paranoicas. ¡La están gozando en grande! Billy hace lo propio con Esther... y nuestro héroe, encerrado en vida en aquella coraza carnal femenina manoseada, siente deseos de gritar, infinita repugnancia; le llegan sensaciones que, como hombre, nunca tuvo, que le hielan la sangre. ¡Todo inútil!... ahí deberá aguantar, a pie firme, los acontecimientos.

Esther se desprende de Billy, y entre risotadas feroces de algunos, anuncia: “¡Como estamos en ‘The Golden Bug Club’, juguemos la carrera de los escarabajos dorados!...” Las jovencitas, ya a estas alturas completamente ebrias, aplauden frenéticamente sin saber por qué. Esther explica, riéndose para parecer amigable y tierna, que es una competencia, una carrera, que se juega desnudos, y adornado cada uno con unas cintas doradas... Más risotadas, entre ellas las de Billy. Ante el ejemplo de Esther y de Billy, todos se desnudan con gran algarabía.

Las jovencitas torpemente, por las bebidas ingeridas. Esther distribuye unas cintas doradas, sacadas vaya uno a saber de dónde, y, con su ejemplo, indica cómo colocarlas. Alrededor del cuello, pecho y cintura. Una escena grotesca; seres desnudos tambaleantes, como aprisionados por serpientes de oro. Empieza la explicación de “las reglas del juego”, a cargo de Billy, que habla con una ternura y dulzura dignas de mejor causa. Las mujeres deben colocarse, en línea, en un extremo del salón. A cuatro patas. Sentadas sobre ellas los hombres. Como en el arranque de una carrera en el hipódromo. Alguien dará la señal de arranque y se trata de ver cuál es la pareja ganadora. En aquel ambiente de bacanal nadie objeta eso. Se llama juego de los “escarabajos dorados” porque eso parecen, escarabajos humanos.

El organista improvisa, empieza a tocar una musiqueta “muy de circunstancias”; una especie de música sacra... pero en tono rock. “Muy del país del Destino Manifiesto” de los amos... algo así como evangelismo con liberación de tabúes sexuales, en forma sonora.

Las jovencitas, torpemente, se colocan en “la línea de partida” como les fue indicado. Pero cuando sus jinetes se colocan, muchas se resbalan y ruedan; ¡la acción del alcohol!, que anula los reflejos musculares.

Pero el bueno de Billy ya tenía previsto eso. Con un amigote de bacanal, realiza, con cada jovencita, una curiosa operación. Delicadamente, con una pequeña cucharita, saca un montoncito minúsculo de una especie de polvo blanco de una cajita. Cristales finísimos, el todo casi como la harina sin llegar a serlo. Deliciosamente, con esos tiernos ademanes que distinguen a Billy, y jovencita por jovencita, tapándoles uno de los orificios de la nariz, las obliga con el otro a aspirar el polvo blanco, hasta que llegue a los pulmones. ¡Qué efecto inesperado!... las desfallecientes cabalgaduras femeninas casi se transforman instantáneamente en fogosas y salvajes yeguas. ¡Alguna incluso “arranca” sin más preámbulo, con todo y jinete!, para tropezarse cinco metros después, rodando jinete y cabalgadura en un informe amasijo de brazos y piernas, entre feroces risotadas de los demás. ¡Cocaína!, el efecto de la cocaína...

¡Es el turno de Esther!, que se coloca en “la línea de par-

tida”, y sobre la que se dispone a sentarse Billy que, con la experiencia en estos menesteres, la agarra de todas partes para no caerse... A todo esto, la “música sacra” modernizada del órgano va más y más *in crescendo*. ¿Quién pudiera describir esa escena? Lo profano y lo religioso, en el ambiente de un culto degenerado y licencioso; una mezcla de degradación babilónica y refinamiento renacentista. ¡Así debió haber sido el culto sacerdotal, babilónico, a Astarte! La sólida fibra moral del edén de los amos, y de su Destino Manifiesto, al descubierto y a ras de tierra.

¿Y nuestro héroe?... ¡Ah, nuestro protagonista encerrado en vida en Esther! Decir que siente infinito asco, repugnancia, de sí mismo y de todo... es decir poco. Tanto que ni traumatizado se siente ahora. Siente inmensos deseos de gritar, gritar y gritar y morirse... ¡parece que va a estallar! Grita, grita, todo se nubla y gira, pero sigue gritando. Como si así quisiera, no pudiendo evitar su degradante destino actual, despedazarse a sí mismo.

Grita. Todo oscuro. La voz del guardián de la puerta se oye. “¡Medianillo!...” Sigue gritando...

PIRACMÓN

¡Tesalia, siempre Tesalia! Tierra de argonautas y de cíclopes. El que ahí, además, surgieran magos y hechiceras es natural. Tierra de prodigios, pero también de prodigios terribles. Entre los cíclopes de esa tierra, la leyenda dice hijos de Poseidón y Anfítrite, uno de los más famosos y crueles fue Piracmón. ¿Fue?, ¿o es aún?; ¡quién sabe! Dicen que este coloso a un solo ojo fue muerto por Apolo, ¡pero se dicen tantas cosas que luego no son ciertas! Los hijos de Tesalia no mueren tan fácilmente. Piracmón, como todos los monstruos, tenía un amo, Zeus; al que le remachaba a golpes sus rayos que lo hacían omnipotente. Y, de tanto en tanto, también remachaba a golpes a seres vivientes, indefensos. Por cuenta suya, o por cuenta del amo. Lo que, no obstante todo, no le daba derecho a ser como el amo, o vivir en su edén, en su Olimpo. Reinaba, y hacía monstruosamente de las suyas, más abajo. Sucede que, entre un amo y los de abajo, siempre hay algún monstruo intermedio que remeda y sirve al patrón, y sacude y reprime duro y dale al indefenso, por el mero hecho de serlo. ¡Así era Piracmón!... o, así es aún;

los monstruos no tienen nada de mítico, son muy de nuestros días. Como si a lo largo de la historia de la especie humana diferentes avatares los perpetuaran. Adaptados y bajo la apariencia de los tiempos que corren, pero al fin y al cabo los mismos de antaño y de siempre. Infortunadamente, el ser humano no ha aprendido a erradicarlos; ¡incluso cuántas veces los lleva escondidos dentro de sí mismo! El caso es que, por ahí las leyendas cuentan eso, Piracmón tuvo nutrida descendencia. Y su prole, que heredó todas sus “virtudes”, se esparció y multiplicó por las cuatro esquinas de la Tierra. Bajo diferentes nombres y aspectos; pero esta diáspora de monstruos asentó siempre sus reales, ¡los asienta hoy!, allá donde había grandes y pequeños, en todo lugar en donde alguien se sentía por encima de otro y a sus costillas. Un buen caldo de cultivo para la familia de los Piracmones. En particular, se aposentaron en naciones periféricas, dependientes del edén del Destino Manifiesto de los amos. ¡Una vieja costumbre heredada de las míticas épocas en que, servilmente, Piracmón servía a su amo Zeus! Porque así como en Zalamea, como nos cuenta Calderón, “no hubiera un capitán si no hubiera un labrador”, deberíamos infortunadamente añadir, a escala de nuestro mundo, “que no hubiera un amo si no hubieran, incondicionalmente serviles, sus Piracmones”.

Naturalmente, reflexiones como estas no pasaban, aún, por la mente de nuestro protagonista. Como todo lo que hasta ahora le ha venido sucediendo, son verdades que sólo asimilará por penosa experiencia propia. Así se lo habían propuesto las fuerzas arcanas regidas por los seguidores de Maese Apuleyo, profundamente convencidos, al parecer, de que el ser humano sólo aprende a leñazos. Por lo pronto, nuestro héroe bastante tiene con el terrible trauma que le han producido esas “íntimas” experiencias de ‘The Golden Bug Club’... además, ahí está otra vez la voz imperativa del guardián de la puerta: “¡Medianillo!... ven a la puerta, Medianillo...”

La escena se aclara. Ahí está, otra vez, el gigantesco coloso que guarda la puerta, tremebunda estaca en mano. Y ahí está la puerta de bronce, que da acceso al edén de los amos, para nuestro protagonista ya ahora de triste memoria. Como de costumbre, siempre con la estaca en la derecha, el guardián indica

a lo bajo de la puerta. A la escena esculpida bajorrelieve en esa parte. Allí en donde están representados unos hombrecillos, pidiendo frenéticamente su parte de lo que sale del cuerno de la abundancia, por obra y gracia de la magnanimidad de los amos.

Nuestro protagonista es atravesado por sentimientos contradictorios. ¡Por fin se liberó de esa degradación horrible pasada!, de “los escarabajos”. Pero también siente pánico de encontrarse, otra vez, ante la augusta presencia del guardián. Además, ¿por qué lo vuelven a llamar “Medianillo”?... ya había casi olvidado ese mote desde la época aquella del “Atuneo de los Diagogos”. ¡Él no quisiera ser un “medio mediano”, un “quiero y no puedo”! Después de tantos tragos amargos en el edén de los amos, ¡sólo faltaría eso!, que su recompensa fuera el retorno a su origen de partida, la mediocridad.

Pero el guardián interrumpe este hilo de los pensamientos de nuestro héroe, sigue dirigiéndose a él, y golpea con la estaca la parte mencionada de la puerta. Como queriendo obligarlo a fijar ahí su atención.

“¡Medianillo! ... no eres digno del edén de los amos, no tienes pasta de amo... ¡La cabra tira al monte y tú vuelves a tirar a tu origen mediocre!... ¡Lo que natura no da, los amos no pueden infundirlo!... Pero, a pesar de todo, quieres ‘gozar’, ‘ser algo’, saber la verdad sobre todo esto... y no volver a ser ese frustrado quiero y no puedo que siempre fuiste... Así es que... ¡irás con ellos!...” Y, diciendo esto, el guardián descerraja su buen estacazo sobre la puerta, sobre la parte indicada. Ahí donde están esos frenéticos seres que piden su parte a los amos.

“Sí, ¡con ellos irás!... con ‘los amos a mitad de camino’, fieles vasallos de los amos... son sus goces sensuales y menos refinados los que van a la medida con tu mediana pequeñez... ¡Andando pues!...”

“Pero...”, esta es toda la protesta que pudo articular nuestro héroe.

“¡Andando, digo!”, y dicho esto da el guardián de la puerta tremebundo golpazo sobre la parte en cuestión de la puerta. Clamor ensordecedor; tanto que nuestro protagonista siente que le taladra la cabeza y pierde el sentido. Cae, cae, cae...

... y vuelve a empezar a subir, subir y subir, y recuperar la

conciencia. Todo se aclara y despeja. Bueno, relativamente, porque se siente un calor sofocante; y un sol lujurioso en lo alto, que cae a plomo. Se diría el clima de unos de esos “países exóticos y tropicales”, por emplear el léxico de los amos. Montañas y vegetación soberbia, a colores vivaces y sensuales. Sí, uno de esos países debe ser. Pero, ¿qué es lo que hay ahí?, sobre esa colina. ¡Alguien se tiene que haber vuelto loco!, ¡cosas así no pueden ser!, piensa involuntariamente nuestro héroe.

Su antigua manía bibliográfica, por viejos pergaminos y libracos pescados en librerías de viejo, le permiten reconocer lo sensual y extravagantemente absurdo de lo que tenía delante. En viejas estampas de algún libro perdido, alguna vez había visto dibujos de lo que, se suponen, fueron las siete maravillas del mundo de la Antigüedad. Pero, ¡ahí, en ese ambiente tropical, caramba!, ¡y vaya mezcla arquitectónica! ¿Qué orate megalómano se había atrevido a construir “eso”?

En lo alto de la colina, como de ochenta o noventa metros, un gigante vigilando las montañas. Un nuevo Coloso de Rodas, de concreto y metal dorado, inmenso, con las piernas separadas. Lo suficiente para dejar lugar a una construcción en forma de tumba. ¡Qué idea de hacer una casa como una tumba!... Parecía pretender simular, tan lujosísima residencia adornada estrambóticamente por todos lados, la tumba del rey Mausoleo en Halicarnaso. Y, descendiendo unos doscientos metros por las faldas de la colina, a partir de los pies del coloso, lujuriosos jardines escalonados... claramente un costosísimo y fallido intento de lo que debieron ser los jardines colgantes de Babilonia. ¡Ofendía a la vista y al buen gusto!, cuenta habida, además, de que ese “tres en uno” de construcciones, estaba cruzado por torres de energía eléctrica y otros dispositivos modernos, que hacían terriblemente anacrónico, impropio, todo eso. ¡Alguien que confundió lo grandote con lo grandioso! Un pequeño hecho llamó también la atención de nuestro protagonista; terminados los “jardines colgantes” aún había su buen kilómetro a descender por las faldas de la colina, hasta llegar a un pequeño valle en donde se divisaban carreteras y otras construcciones. Pero en ese kilómetro no existía una sola carretera, camino, o similar, que conectase al valle con “aquello en lo alto”. ¿Cómo se lle-

gaba pues hasta ahí?, ¿quizás en helicóptero?, reflexionó nuestro protagonista, ¡pero así sólo suben pocas personas!... y, aquello, sólo para tenerlo medianamente en funciones, debería necesitar ingentes cantidades de personal, vituallas, material de todo tipo, ¡vaya uno a saber!

¿Cómo subían esos y eso, en caso necesario? Fijando con más cuidado la atención en las laderas de la colina, logró divisar como una especie de delgada cinta, cambiante, viviente, que montaba hacia arriba. ¡Seres humanos!, de uniforme; militares o algo así. ¡Recórcholis!... subían, cargando, infinidad de cosas, a lomo propio. ¡Así era, pues, como se nutría el monstruo arquitectónico de la cima!, a lomo de uniformado. Semejantes a esclavos arrastrando penosamente piedras hacia una lejana y alta pirámide; una escena faraónica en pleno trópico. Quien pudo construir “aquello de lo alto”, claro es que le sobraban recursos para construir una simple carretera de acceso... y no lo hizo. ¿Megalomanía de quien, sintiéndose reyezuelo de un Olimpo tropical, quiso “aislarse de los humanos”?, ¡puede ser! Pero quienes pagaban el pato eran aquellos infelices cargados que escalaban la colina. Pero para que todo aquello fuera posible, quizás no eran los únicos que pagaban el pato.

Pero, como por arte de uno de esos efectos extraños cinematográficos, la escena ante nuestro protagonista se reduce; como un acercamiento paulatino a ciertas partes de la monstruosa construcción sobre la colina. Desaparece primero la colina y los “jardines babilónicos”, escalonados sobre ella a partir de los pies del “Coloso de Rodas”. La escena sigue reduciéndose; ahora no se observa más que la parte alta, la cabeza, de esa construcción del coloso. Siente nuestro héroe un curioso efecto de la disolución; como si se difuminaran las paredes de concreto de esa parte del coloso, y como si él mismo se disolviera fundiéndose en un todo con la escena. Como si algo lo empujara a atravesar, incorporéame, los muros que tenía delante. Por un instante, muy breve, todo se ennegrece. ¡Pasa, atraviesa!... al volver a aclararse la escena se da cuenta, está al interior ya de la construcción, ¡en la cabeza del coloso! Un ambiente tétrico, oscuro, como el del interior de un castillo medieval. En un lado un pequeño elevador, sirve seguramente para descender a cons-

trucciones inferiores. Quizás “a la tumba de Mausoleo” que antes había observado. Frente al elevador, sobre un muro, cuatro puertas; de madera sólida y vetusta, y de hierro. Como puertas de mazmorras. En lo alto, unas letras pintadas fosforescentemente; como ciertos anuncios comerciales. Algo grotesco en ese ambiente oscuro y terrible. Dicen: “Nidos de los pichones”, parece la broma de un sádico, ¿qué “pichones” y qué “nidos” puede haber ahí?

Súbitamente siente que es alguien de carne y hueso. Se palpa a sí mismo, se mira. ¡Las fuerzas arcanas lo han transformado en alguien de uniforme! Acostumbrado como ya está a raras y desagradables experiencias de transformación propia, prefiere no hacer nada, no decir nada. Estar sólo a la expectativa. Observa; ahí con él hay dos personas más. Dos militares por su atuendo; de facciones bestiales. Si realmente fuera cierto que el que “la cara es el espejo del alma”, aquellos, sí, serían bestias, y feroces. Las facciones, los gestos, los ademanes parecen indicarlo. Bestias que actúan teatralmente. Salvajes superficiales y pomposos, ampulosos.

Uno de ellos, el que parece de mayor graduación por las medallas que lleva estrambóticamente esparcidas por la pechera, se dirige a su acompañante, a todas luces militar de menor rango:

Militar importante: ¡Capitán!... Vamos a ver al “pichón traidor” a ver si ya ha “cantado”. [Y suelta feroz risotada.]

Militar menos importante: ¡Sí, patroncito!, está en esa celda del medio. [Y dice esto con aire servil, viscoso, malévolo.]

[Se dirige el militar importante a nuestro protagonista.]

Militar importante: ¡Teniente Medina!, acompañenos para la “calentada” al pichón, por si es necesario...

¡Medina!; lo llaman Medina. Una deformación fonética de “mediano” o “Medianillo”; reflexiona nuestro héroe. Una forma implícita de indicarle su origen. Pero pasa nuestro protagonista a una de las celdas indicadas, un “nido de pichón”, con los dos militares. A la luz de dos candelabros empotrados en la pared, la escena que encuentra en la celda es dantesca. Una vieja y sólida

mesa, alargada. En uno de sus extremos, atornillada a la mesa y a la altura de su superficie, una especie de palangana con un líquido nauseabundo. Por su olor, agua sucia u orines, o algo así. Sobre la mesa un individuo desnudo, tendido boca abajo, con toda la cabeza sumergida en la palangana. Inerte; parece muerto. En el otro extremo de la mesa, un enorme individuo, de mirada hosca, y desnudo del torso. Sudoroso; parece que “ha trabajado” ahí de firme. En una de las manos una especie de porra, flexible; un saquito de arena.

Si nuestro protagonista hubiera sido un “especialista en la materia”, de esos que tanto abundan en los países periféricos bajo el control de los amos, hubiera reconocido de inmediato el dispositivo. ¡La “falanga”!, pero adaptada localmente de acuerdo a la “inventiva” de ciertos países “tropicales y exóticos”. Griegos degenerados, de uniforme y contemporáneos nuestros, actualizaron alguna vez la “falanga”, tortura heredada a los turcos. Sobre las plantas de los pies desnudos de un infeliz, atado boca abajo sobre una mesa, se golpea con sacos de arena. Estos tiene la “virtud” de destrozar los pies internamente con dolores atroces, sin dejar huella exterior visible. ¡Hay que ser cuidadosos en estos menesteres!, ¡hay verdaderos artistas en la materia! En el caso presente, la variante adicional era lo de la palangana con aquel asqueroso líquido. Se sumerge periódicamente al “pichón” en la palangana hasta que casi se sofoca; hasta que “canta”.

Pero ahí, por lo visto, el tratamiento había ido más allá de las fuerzas del infeliz; su estado inerte y su cabeza caída e inmóvil en el líquido así lo indicaban.

[El militar importante observa la escena y al torturador. Con acento violento lo interpela.]

Militar importante: ¡Sargento!, ¿qué demonios pasa aquí?

El sargento: *[Con aire compungido.]* ¡Patroncito!... ¡“Se me peló el pichón”!, ¡ni aguantó nada!... y estaba yo “muy delicado” con él como usted me indicó... ¡ya no hacen a los “pichones” como antes!

Militar menos importante: Sí, capitán... Indicó dónde escondió los millones que le clavoteo a “Su Excelencia”...

Militar importante: [Soltando una risotada feroz.] ¡Bien hecho!... ¡Ja, ja!... Ese cerdo creía que se puede sustraer impunemente dinero de las ganancias de "Su Excelencia". ¡Así terminan los traidores a "Su Excelencia"... pensar que fue uno de sus mejores ayudantes. ¡Cómo estropea la avaricia! [Y sigue, otra vez, con sus risotadas.]

Militar menos importante: ¿Qué hacemos con el cuerpo, patroncito?

Militar importante: ¡Ummm...! ¡Está fácil!... que tiren esa carroña por algún cerro, sin identificación ni nada... ¡ni su madre lo va a reconocer!... En cuanto a lo de "la lana", que el teniente Medina aquí presente haga un informe a la prensa, diciendo que no ha sido posible recuperar el monto del robo de la nómina de los empleados del ministerio y que hay pocas esperanzas de ello... ¡Órdenes son órdenes, y órdenes de "Su Excelencia"!... Ya saben, cuando se recupera dinero robado pasa, "de oficio", a su caja particular... son sus ganancias y para sus "gastos de representación"... al rato algo nos toca de aguinaldo a todos... [Y dice esto con ojos de codicia.]

¡Él tiene que hacer semejante informe! Siente horror de la situación, y asco de sí mismo... porque sabe que tendrá que hacer ese informe, si quiere conservar la pelleja. Nunca se distinguió por su valor personal. Y aun cuando todo lo que sucede a nuestro protagonista, reflexiona, es obra de fuerzas arcanas y todo pudiera cambiar al instante siguiente... aquello es tan real que bien pudieran ahí terminar sus desventuras. Hará pues el informe. ¿Cómo? ...quizás ese capitán que está ahí le ayudará. Los acontecimientos continúan.

[El militar importante sigue hablando.]

Militar importante: Bueno, lo del informe puede esperar, Medina... por lo pronto acompañeme usted abajo, a la recepción en honor del embajador de los amos... en cuanto a usted, capitán, encárguese del cuerpo del finado, y sobre todo, de "la lana" recuperada, ¡hay que entregársela de inmediato a "Su Excelencia"!... Y tú, mi sargento de oro, ¡te voy a recomendar para un ascenso por méritos de combate, ja, ja, ja...!

[Dicho esto, hace un gesto a Medina, nuestro siempre Medianillo, y se dirige, saliendo de la celda, al elevador que los conducirá a las construcciones de abajo. A la recepción en honor del embajador de los amos.]

El descenso en el elevador. Una caminata, y abajo, por pasillos iluminados artificialmente. ¡Aquello parece el laberinto de un bunker seriamente protegido! Por fin termina el paseo y se encuentran ante una inmensa sala. Espejos y candelabros, candelabros y espejos por doquier. Diríase un injerto del salón de los espejos del Palacio de Versalles, con decoraciones locales, que hacen todo eso “muy folclóricamente tropical”. Lleno a reventar. Si se tirara una piedra a lo alto seguro caía, o en una “dama” ostentosa y grotescamente adornada, ¡joyas por todas partes!, o en el uniforme de un militar; la composición mayoritaria de la concurrencia. Hay también algunos hombres de civil, que se mueven por todo el salón como hormigas. Con grabadoras portátiles y cámaras de foto fija y de televisión. Periodistas. Camareros de tres tipos, con bandejas, se desplazan por todo el salón, muy solícitos y atentos a los invitados. Unos como disfrazados de “dios Baco”, en color vino, distribuyen toda bebida imaginable. Otros, mujeres, como “ovejitas”, a cargo de la distribución de carnes asadas de lo más variado. Finalmente otros, en estilo de “paje renacentista”, distribuyen entremeses ligeros, *antipasti*; para todo gusto y manía. Tanta ostentación se antoja grotesca.

En un ángulo se distingue una pequeña aglomeración; como un círculo de militares literalmente bañados en medallas, ¡ahí debe estar la “crema militar” de la recepción!, rodeando a alguien, con el que departen muy amigablemente.

Hacia ahí se dirige, seguido siempre por nuestro personaje central, nuestro héroe Medianillo y ahora Medina, el militar importante de antes; el de la experiencia de “los nidos de los pichones”.

Al verlo, alguien del grupo al que se dirige, va hacia él. Otro “militar importante”. Entablan conversación, con Medina a respetuosa distancia.

Militar importante: [Dirigiéndose al que va a su encuentro, desde el

grupo.] ¿Ya llegó “Su Excelencia”?... Le tengo una buena noticia...

El otro militar importante: ¡Eh, no!... En tanto llega, estamos entreteniéndolo al embajador... sabes, al patrón, “Su Excelencia”, le están haciendo la cura... está con “el fontanero”, ¡yo creo que le va a sacar el médico ese, de las cañerías respiratorias, como medio kilo de cocaína!, ¡es que anoche, ya ni la chinga, se recetó tres “pericazos de coca” de esos de los suyos!... pero, ¡es un roble el hombre!... al rato ya está aquí... ¡Un verdadero líder!...

Militar importante: ¡Je, je...! [*Con risita sardónica.*] ¡No hay otro como el patrón!... ¡por más que le saquen de las cañerías algo le va a quedar!... Seguro que le brilla más el ojo... ¡Je, je...! [*El otro también se ríe.*]

[*En esto se oye un estruendoso aplauso, cada vez más intenso. “Alguien” ha entrado al salón. “Su Excelencia”. Un hombre rechoncho, como de sesenta años. Con uniforme lleno de entorchados dorados, cuya tela no se ve por la profusión de medallas. Con un parche en la cara; sí, sólo tiene un ojo. Pero le brilla muy maliciosamente, y lo gira para todos lados. La prensa lo rodea presta y servilmente. Algo declara.*]

Su Excelencia: ... Quisiera decir a nuestra prensa libre, de cuya presencia hoy me siento muy honrado, que este pequeño ágape que hoy ofrezco en esta su casa, mi residencia, es un simbólico y merecido homenaje que, a nombre de nuestra patria, dedico al embajador de ese gran país del norte que tanto ha hecho, y hace, por la libertad. ¡Su Destino Manifiesto, una vocación de paladín y adalid de la democracia!, y también defensor de la nuestra...

[*Interrumpe un periodista.*]

Periodista: [*Acercándole una grabadora portátil, con tono de curiosidad.*] Se dice que la nación del embajador ha hecho un regalo, a nuestra patria, de incalculable valor social para nuestro pueblo...

Su Excelencia: Sí, un ultramoderno stand electrónico de tiro para nuestras fuerzas armadas, ¡un artículo de primera necesidad en este conflictivo y pecador mundo nuestro!... nuestros defensores de la patria y las instituciones necesitan una excelente

capacitación técnica para defendernos de la demagogia de la subversión y de tantos enemigos, externos e internos, envidiosos de lo pujante de nuestra democracia representativa y siempre en acecho... Y, ante tanta magnanimidad de ese eterno y gran país amigo nuestro, hemos creído conveniente cederles las concesiones mineras... ¡dos cosas se logran así!... afianzar a un insustituible amigo, y crear nuevas fuentes de trabajo para nuestro pueblo...

[A cierta distancia, el militar importante del "nido de los pichones", al que acompaña nuestro Medianillo hoy Medina, comenta algo, en voz baja y con sorna, con su otro colega de medallas.]

Militar importante: ¡Je, je!... Bien dice el patrón, "Su Excelencia"... se logran dos cosas... sí, pero las que valen son la protección del país de los amos a nuestro régimen y...

El otro militar importante: ... y su buena "laniza", ¡sabrosa tajada que a todos nos tocó aquí por ceder las concesiones mineras!... ¡para esto de los negocitos el patrón es un mero chingón!, ¡un águila, por más que le falte un ojo!... Je, je... ¡pero que no nos oigan!...

Nuestro protagonista está como alelado. El salvajismo del "nido del pichón"... esa extravagante y ostentosamente ofensiva recepción, querida por un nuevo sátrapa de tierra caliente y reprimida... la venta de todo un país, ¡entrega vale decir!, a "los amos"... ¿Qué decir, pensar ante esto? ¿Y a estos llamaba el guardián de la puerta "los amos a mitad de camino"? ¡Qué horror!... del "edén de los amos" a esto, nuestro protagonista ha venido pasando de la repugnancia al horror... ¡Vaya con la "vida y goces de los que lo tienen todo" que tanto deseaba conocer! Empieza a creer que, aun en las alturas, hay cosas bastante peores que la mediocridad. Pero este lento pensamiento que le surge es interrumpido por una voz a sus espaldas. Es "Su Excelencia", por lo visto lo conoce...

["Su Excelencia", dirigiéndose a nuestro Medina. El patrón terminó ya la conferencia de prensa, y las obligaciones protocolarias, y está

ahora emborrachándose a sus anchas con sus enmedallados amigotes y serviles compañeros.]

Su Excelencia: ¡Medina, véngase p'acá con los meros chingones!... ¡no sea culero, véngase p'acá a echarse un trago de hombre, con su mero padre!...

[Risotadas salvajes de los incondicionales del patrón. Nuestro héroe se acerca temeroso, ¡lo toman por uno de ellos! Le dan fuertes palmadas en la espalda y le obligan a beber como un cosaco; hasta que las cosas empiezan a girar a su alrededor. Pero no pierde la conciencia, ¡las fuerzas arcanas de los seguidores de Maese Apuleyo han hecho un buen trabajo!... el cuerpo de Medina que ahora ocupa es, para eso de los tragos, a prueba de bala. Como los del patrón y acólitos. Así duran algunas horas las cosas, en una "recepción diplomática" que se hunde en bacanal. "Su Excelencia" tiene una ocurrencia...]

Su Excelencia: *[Se dirige a sus acólitos y a Medina.]* ¡Pinches cabrones!... ¡Vénganse para mi despacho particular!... Ahora mero organizamos una pachanga privada entre puros machos, con unas putitas que voy a mandar traer, unos "pericazos de coca", y sus chingonas emociones fuertes, ¡ya verán, mis apóstoles!... Je, je...

Todos celebran la idea. Tambaleándose van con el patrón a su despacho. Nuestro héroe también. En el camino, antes de abandonar el salón, el patrón indica algo en voz baja a un oficial, que se moviliza rápidamente con destino desconocido. Algo que deberá estar listo antes de que la trinca enmedallada y borracha, con "Su Excelencia" al frente, lleguen a su despacho. Caminata alcohólica y alucinante por un vericuetto de pasillos lujosos. Se baja una escalinata; hay una puerta. Entran. Una estancia lujosísima; parece la estancia privada de un sultán otomano de antaño... parece todo menos un "despacho oficial" de un gobernante; más bien un antro lujurioso listo para las "eventualidades y ocurrencias" del patrón. Sobre una mesa de mármol negro hay esparcido el contenido de un saco grande de lona; dinero, parte en el saco y parte aún dentro de él. A un lado, de

pie, un militar. ¡El capitán, el militar menos importante del “nido del pichón”, reconoce nuestro protagonista! Tal parece que el botín recuperado del robo de los empleados del ministerio, uno de cuyos autores tuvo el fin trágico que ya conocemos, está regado sobre la mesa. En un extremo de la estancia, con poses libidinosas, un tanto ridículas, y echadas sobre unos enormes cojines de seda, hay seis mujerzuelas. Las “putitas” pedidas por “Su Excelencia”. Exageradamente pintadas y, en lo que a físico toca, demasiado exuberantes. ¡“Su Excelencia” jamás se distinguió por la delicadeza de su gusto en esto de “carne femenina”!; el gusto de un barbaján. Todas ellas están en paños menores, “listas para la faena”.

[*El patrón, echando rápida ojeada a todo, comienza a vociferar.*]

Su Excelencia: ¡Ora sí, mis apóstoles...!, ¡éntrenle macizo a la pachanga!... Je, je... ¿Saben qué?... ¡les voy a dar chance de “armarse” de algo de lana para sus gastos!... vénganse para la mesa todos... Mis apóstoles y las “niñas”... ¡Usted también!, Medina, no le saque, no sea culero, que lo veo muy apagadón... ¡como que no goza con los cuates!...

[*Se acercan los aludidos, Medina a pesar suyo... el alcohol ingerido no ha sido suficiente para vencer cierta repugnancia por todo lo que le sucede desde hace unas horas. “Su Excelencia” continúa...]*

Su Excelencia: ¿Saben qué?, ¡con ojos cerrados y cinco segundos... “lo que saque la manita”! ¡Sólo “lo que saque la manita”! [*Risotada espantosa del patrón.*] ¡A ver cuánta lana cachan a ojos cerrados!... Ja, ja...

Todos se lanzan desaforados sobre la mesa. Un amasijo de “manitas”, de “niñas y enmedallados”, que manotea frenéticamente sobre la mesa de mármol. Tratan de agarrar, como pueden, la mayor cantidad de dinero posible. “Su Excelencia” parece gozar intensamente la escena; un energúmeno que sólo está satisfecho si ve que la degradación de otros es mayor aun que la suya. Pero Medina no participa; no logra “identificarse” con esa pesadilla. “Su Excelencia” lo nota con disgusto, y su ojito, inyectado en

sangre, le brilla malévolamente. ¡Mala señal!... los sátrapas no pueden tolerar “veleidades de honradez” y escrúpulos, no importa cuáles, porque presienten peligro. El patrón, excitado por largas horas de alcohol explota; una de las periódicas explosiones agresivas que a veces tiene, y que suelen costarle la vida a alguien. Increpa violentamente a Medina.

Su Excelencia: ¡Qué se me hace, pinche Medina de mierda, que usted no me es fiel!... ¡Se me hace que lo voy a mandar en chinga a una “calentada” p’allá arriba, al “nido de los pichones”!... ¡Algo oculta!...

A nuestro protagonista, nuestro personaje central de tanta desventura a cargo de las fuerzas arcanas de los seguidores de Maese Apuleyo, se le comienza a helar la sangre. Se queda sin habla, rígido. ¡“El nido de los pichones”! ¡qué horror!... el pánico empieza a embargarlo; con esos pensamientos la cabeza parece le va a estallar. Su vista se oscurece. Todo gira, gira, siente caer, ¡ya conoce la experiencia!... ¿A dónde irá ahora? ¡No importa a dónde!, se dice antes de perder conciencia. Todo es mejor que el destino que ahí le esperaría, en ese mundo, como llamara el guardián de la puerta, de “los amos a mitad de camino”. Todo finalmente se apaga, y pierde el sentido...

CATARSIS Y CONTRICIÓN

[Los efectos de la tragedia suscitan] piedad y temor,
y produce(n) con ello una catarsis de estas emociones.

Poética, Aristóteles

La oscuridad se va despejando, lentamente. Comienza a recobrar la conciencia. Tantas y tan desagradables desventuras ha tenido que, resignado, espera el próximo mundo de locura en el que estará inmerso. Por su mente, aun en brumas, empiezan a desfilar escenas, que quisiera olvidar, del guardián de la puerta... del edén de los amos... de ese engendro de satrapía exótica en donde en los últimos instantes creyó perder la vida... ¡También de Billy y Esther, esos terribles y modernos Belial y Astarte donde la degradación moral alcanzara límites inusitados!... ¡tantas cosas desfilan por su mente! Pensar en esto le produce mayores

mareos que su doloroso y actual despertar a la conciencia. No obstante todo, la escena se aclara.

Empieza a distinguir libros viejos, y pergaminos antiguos de esos que antaño adquiriría en mercados de viejo. ¡En esos lugares adquirió “el libro” origen de todos sus tormentos de últimas fechas! Reconoce esas paredes, ese cuarto, la mesa que tiene delante... ¡ha vuelto “a cero”, al origen, a su hogar de siempre desde donde todo arrancara! ¡Nunca pensó pudiera, después del terrible tránsito onírico por la tierra de “los amos”! Ahí está “el libro”, ese de páginas en blanco que “dice la verdad y concede, sobre ella, deseos”, delante de sí, en su mesa, abierto. Se frota los ojos, se palpa; quiere estar seguro que “ha vuelto”, y ha salido de sus pesadillas. Sí, es todo real, ha vuelto. Observa el libro, ¡esa creación arcana terrible de seguidores de Lucio Apuleyo, como indicara su prólogo! Ahí está la hoja donde irreflexivamente pidiera por escrito saber la verdad, y gozarla, sobre el mundo de los que lo tienen todo. ¡Ese “segundo momento vital”, concedido por los seguidores de Maese Apuleyo, que lo llevara con “los amos”!

Pero ahí hay algo más... Sí, ahí, al pie de la hoja del libro abierto, abajo de lo escrito de su puño y letra. Eso que está ahí no lo escribió él; parece impreso, antiquísimamente, por los confeccionadores del libro. Con letras antiguas. Parece una respuesta resumida de lo que, insensatamente, quisiera saber sobre “los que lo tienen todo”.

“Prepotencia, corrupción y degradación, egoísmo y violencia.”

No puede resumirse en menos palabras, piensa, en cinco palabras, todo lo que acaba de vivir. ¿“Vivir”? ¿fue real?... ¡pudo haber eso estado escrito siempre sin que él se apercibiera al escribir por su propia iniciativa! ¿Cuál será la verdad?, ¿quién lo sabe?... Ahora, a diferencia de lo que reflexionara al salir del “primer momento vital” concedido por el libro, cuando vivió como un “Medianillo”, en la tierra de los mediocres, ya no está seguro de nada. Todo pudo pasar; o nada. Recuerda con esto a “la cofradía del biberón”, los “títeres de cachiporra”, el “Atunero de los Diagogos”... universo de medianos, mediocres. Recuerda esto también con disgusto, ¡un universo de marionetas,

extravagante, pero demasiado representativo del mundo al que perteneciera toda su vida!, querer salir de él le lleva a recuerdos peores y más recientes. Las ideas giran en su cabeza sin cesar. Como una espiral que, lentamente, se cierra sobre él, y quisiera volverlo loco.

Sobreponiéndose a todo esto, abandonando todo intento de comprensión sobre la veracidad o irrealidad de lo sucedido, ¡hay cosas que lo trascienden!, se levanta, fatigado, de su silla. Está en un estado anímico extraño, raro, inestable. Como cercano a una crisis que pudiera invertir, cambiar su personalidad. Se dirige a su dormitorio; se desploma en su cama. El sueño lo embarga; tormentoso y cruzado por mil pesadillas. Pero, a pesar de todo, atormentado o no, entra en sopor profundo. Duerme, duerme profundamente... como si hubiera necesitado dormir toda una vida.

Dicen que el sueño es reparador. ¡A veces!, y a veces sólo por corto tiempo. Algo así le sucede a nuestro personaje central. El despertar, ¡varias horas debe haber dormido!, es acompañado por un sol rutilante que se filtra por la ventana del dormitorio. Como si la vida hubiera cambiado, y todo respirara optimismo. La luz del día parece barrer terribles sombras oníricas pasadas. Se siente mejor. Se viste, decide dar un paseo; ¡es preciso olvidar experiencias pasadas!, olvidar “el libro” de triste memoria..

Sale a la calle. Pasea lentamente, respirando rítmica y profundamente, como quien quisiera recapturar una energía vital perdida.

Sin embargo, ¡qué extraña impresión!... los eventuales paseantes que a su paso encuentra “tienen un algo raro”. Indefinido. ¡Pero si son como siempre!, se dice; pero sigue encontrándoles algo inusitado. Se parecen... se parecen... ¡a monigotes, a títeres de cachiporra!, otros más le parecen injerto de atún y ser humano. Al interior de algún raudo y lujoso coche que pasa cree reconocer a Billy ‘le bean’, a Esther también... ¿qué sucede? ¡Pero si no hay nada de eso!, se dice al instante siguiente; son personas corrientes. Para, instantes después, volver a ver “a esos”, mediócratas amos, amos y mediócratas. En cada transeúnte, en cuanto ser humano se cruzaba. Los personajes anclados en su conciencia interna, y en su subconsciente, se escapaban de

su encierro, ¡se proyectaban en el exterior!... en todos los que encontraba a su paso. Se invertía la relación entre “realidad e ideas”; sus ideas, ¡pesadillas!, creaban una realidad desagradable. ¡El camino de la locura!... su “yo interno” invadía el “yo y mundo externos”; lo que le rodeaba se distorsionaba. Las experiencias oníricas, traumatizantes, provocadas por “el libro” y seguidores de Maese Apuleyo, habían ido demasiado lejos. A media distancia divisa un guardia, que lo mira fijamente, al parecer, extrañado del estado en que se encuentra, ¡cree ver en él al guardián de la puerta! No soportó más. Comenzó a gritar y gritar y correr. Corrió sin tino, desenfrenadamente, hacia su casa... ¡por fin en ella! Solo, ¡al menos así nadie notaría su locura!; una reacción típica de un introvertido como él. Empezó a tranquilizarse, ya entre sus libracos viejos y pergaminos. Jadeaba, pero se tranquilizaba. Pero no se atrevió a mirar sobre la mesa; “ahí estaba eso”, el libro origen de todo...

Paulatinamente fue comprendiendo, ¡a la fuerza ahorcan y la experiencia del paseo lo mostraba!, que huir no serviría de nada. De quien no podría huir nunca es de sí mismo, que hubiera sido lo importante. Y si no podía huir... deberá enfrentarse a sí mismo; a ese terrible yo interior que las últimas experiencias le habían creado. Lo afrontaría... aun al precio de la locura, porque, después de todo, ya empezaba a estarlo. Nada tenía que perder.

Se sentó ante su mesa, frente al libro. Con un supremo y doloroso esfuerzo empezó a reflexionar, a recordar todo, TODO... por insufrible que fuera. ¡Qué todo su yo interno y subconsciente salieran a la luz!, que se mostraran sin careta.

Lentamente, ideas y recuerdos fueron organizándose. Y desfilando ante sus ojos, como ante una pantalla cinematográfica. “Mediocracia”... el mundo de los mediocres, de los quiero y no puedo. Monigotes, títeres, atunes, incluso él mismo cuando encarnó el atún Medianillo. Dolorosas imágenes y situaciones. No evitó ninguna. ¡Mediocridad, sinónimo de frustración, de ausencia de alternativas!; sí, eso era aquello. ¡Pensar que ese fue largos años mi mundo, mis valores e ideales!, reflexionó. Lo que es peor, se dijo, por querer salir de él, “a lo alto”, fui a dar a ese engendro de universo de los amos. El guardián de la puerta,

el vejete de la corporación que domina el mundo, esos terribles y corruptos Astarte y Belial con máscara de ángel... ¡y qué decir del sátrapa tuerto de las medallas, ante quien casi pierdo la vida! Un mundo de prepotentes, egoístas, crueles y violentos; y de profundamente corruptos y seres degradados. ¡El libro tenía razón!, reconoció; eso son y nada más.

Varias veces, con un esfuerzo sobrehumano, repitió la operación de introspectiva. ¡Mil veces salieron a la luz más imágenes y las analizó de ángulos diferentes! Siempre el mismo resultado: frustración... prepotencia... egoísmo... ¡Siempre la misma conclusión! ¡Qué horror!, y él había querido saber la verdad y "gozar eso"... ¿por qué? Sintió piedad y temor de sí mismo; por haber querido y pasado por aquello; piedad por lo que pasó, temor por haberlo deseado.

¿Por qué todo aquello? ¡Porque imbécilmente, en mi frivolidad, yo lo quise!, se dice. ¿Pero, por qué lo quise?, se repite insistentemente. Bueno... ¡yo quería vivir, gozar, ser!, dejar esa vida limitada, sin perspectivas, de siempre. El hijo de "La generala", el niño educado en la rigidez y autorrepresión, en la estrechez física y mental, "había querido ser"... pero eso, se dijo, por eso.

Sí, pero, ¿por qué?, ¿por qué?, la pregunta le sigue martillando. Eso es un efecto, "el querer vivir como los que lo tienen todo", no una causa. ¿Por qué? Otra vez los lacerantes recuerdos del pasado lo acosan, desfilan ante sí. Ni los evita, trata de enfrentarlos.

El porqué va surgiendo lentamente. Porque, por educación, por su medio social en el que siempre vivió, ¡por lo que sea!, siempre pensó que comodidades, poder "ser de los grandes" de este mundo, es sinónimo de felicidad. Tanto cuando no confesamente, larguísimos años, fue un mediocre, introvertido y aislado, como cuando tentó a la suerte con "el libro"... Sí, eso es, "tener" y "felicidad"... dos palabras que confundió. ¡Qué van a ser iguales!... se lo han probado fehacientemente, vale decir terriblemente, las fuerzas arcanas que lo manejaron; los seguidores de Maese Apuleyo... Quiso saber "la verdad", y "tener", "como los que lo tienen todo"... y tuvo todo, sí, como ellos; pero en frustración, corrupción, degradación y violencia. Repugnante. Esas reflexiones se vuelven, en él, cada vez más

lacerantes, casi físicamente insoportables. Pero de lo lacerante e insoportable, de reconocer “el mal de origen” de sus desventuras, pasa a su rechazo... al arrepentimiento.

Hay veces que, toda una vida durando, la conciencia de un individuo no cambia; pero hay también ocasiones que acontecimientos especiales, ¡y vaya que Maese Apuleyo y seguidores se los recetaron abundantemente!, cambian en un periodo breve la personalidad íntima. Este va siendo el caso ya de nuestro protagonista... una débil luz, una idea incipiente, se va abriendo camino en su mente: el destino del hombre, sus buenos propósitos, su generosidad y felicidad, es un camino que no se cruza con la pequeñez del egoísmo mediocre; mucho menos con la monstruosidad moral de “los amos”. Aun si “lo tienen todo”. ¡En el fondo no tienen nada!; sólo una inmensa soledad atenuada por su deformación moral y vicios.

¡La verdad está en otro sitio!, se dice nuestro personaje central. En aquellos a los que el sufrimiento ha purificado, hecho mejores... los de abajo. Los humillados y ofendidos; los siempre de abajo y pisoteados; pero sobre cuyo sudor se sustenta este mundo. ¡Quisiera conocerlos, identificarse con ellos, reír y llorar con ellos!... pero, ¿cómo? Sí... ¡el libro!... un pensamiento peligroso, le da miedo pero no lo aparta. ¡El libro, claro! ¿No ofrecieron dos “momentos vitales” más sus autores?, ¿por qué no aprovechar uno de ellos, y saber eso?

Largas horas estuvo sentado y frente al libro abierto sobre su mesa, sin decidirse. Al fin lo hizo. Con calma, escogiendo al azar una página en blanco del libro, y pluma en ristre, se decidió a escribir...

“Quisiera saber la verdad sobre los de abajo, sobre los siempre humillados y ofendidos, sobre cuyo sudor y...”

¡No pudo seguir adelante! ¡Otra vez las fuerzas arcanas en acción de los seguidores de Maese Apuleyo! Todo comenzó a girar repentinamente, incluso brutalmente, mientras perdía la conciencia. Camino del destino por él deseado...

TERCER MOMENTO VITAL: HUMILLADOS Y OFENDIDOS

Becket: A los veinte años, antes de haber perdido sus dientes y adquirido esa edad indefinible del pueblo, quizás fue bello. Quizás tuvo una noche de amor, un minuto en el que también él fue rey, olvidando su miedo. Después, su vida de pobre ha vuelto...

Becket o El honor de Dios, Jean Anouilh

Empieza a volver en sí. Un nuevo despertar a la conciencia. *Uno spagnolo!, ancora Papa spagnolo!, il secondo!...* Miles de voces; gritos. ¿Qué es eso?; se pregunta en este nuevo despertar. Las voces se escuchan con cierta lejanía, pero claramente. *Ancora un Borgia!* Otra vez las voces; a veces más fuertes y a veces se apagan. Como si, a distancia, una multitud enardecida desfilara, celebrando o quizás lamentando, un suceso histórico. *Papa Alessandro, il secondo Borgia!... Alessandro VI!* La vista se aclara. A distancia, quizás doscientos metros, percibe una multitud agitada, con antorchas. Siempre tuvo buena vista. Parecen vestidos como en las estampas de algunos de esos libracos viejos que coleccionaba, que constituyen, en su casa, su "templo de las letras". Como vestidos de época, del siglo XV o XVI. Como los de esas estampas renacentistas italianas. Lo que oye y percibe se integra, se concatena en su mente. Empieza a explicárselo. Italia... Roma... Renacimiento... ha sido nombrado Papa un Borgia, Alejandro VI. ¡La época en que, supuestamente, los seguidores de Lucio Apuleyo escribieran esa introducción del libro de sus desventuras!, ¡Escribe en mí y lo sabrás! ¡También el mismo lugar! Estas ideas van haciéndose más claras en la mente de nuestro protagonista.

Así es, ¡tiene razón! El ambiente es inconfundible. Si hubiera estado más versado en historia sabría exactamente qué pasa. Roma, 1492, año del Señor. Rodrigo Borgia ha sido elegido Papa; el segundo Papa Borgia después de Calixto III, elegido Papa en 1455 y quien sólo durara tres años en el solio pontificio.

El pueblo romano, según la costumbre de la época, celebra el hecho y se desencadena por las calles. La elección de un pontífice afecta sus vidas, y "toman multitudinariamente nota"

del hecho. ¡Y qué hecho!... Papa no italiano. Y Borgia. La familia originalmente española de los Borja, entronizada en Italia como *Borggia*, confisca, por segunda vez, el Vaticano. Es también costumbre de la época que el pueblo asalte el palacio de aquel que es nombrado Papa, como un "regalo" a los feligreses romanos, y puesto que éste ocupará recintos y palacios vaticanos. De ahí también tanta algarabía.

¡Borggia, Borggia, Borggia...! La multitud sigue gritando. Pero las voces parecen apagarse. Se alejan. Recorrerán Roma, pero se alejan de nuestro protagonista. El silencio empieza a establecerse. Le permite esto tranquilizarse después de las primeras impresiones. Recorre con la vista el lugar donde se encuentra. ¡Qué extraño!, ruinas a derecha e izquierda. Sí, romanas, pero de otra época, otra Roma antaño parece estuvo allí. Columnas semiderruidas, capiteles y losas partidas en tierra... ¡restos de una Roma imperial de épocas remotas! Empieza a reconocer el porqué de eso, ¡tanto leyó sobre ello en sus libracos de viejo! El "foro romano", restos imperiales de épocas idas, que perduran a través del tiempo; Roma cambia, el foro siempre queda. Aun en nuestros días. Un lugar de cita adecuado para todas las épocas. La que encarna nuestro protagonista; la de casi cinco siglos antes de la Roma renacentista; la que el mismo foro indica con dos milenios de antigüedad. Como si ahí el tiempo se juntara y, por eso mismo, no contara. Además, ¡la época Borgia!, como sugiriendo época de magia y de misterio. Un sitio de reunión, al margen del tiempo y, de alguna manera implícita, apto para lo sobrenatural. Para la acción de las fuerzas arcanas. Estas ideas desfilan, inconscientemente, por la mente de nuestro protagonista. Recuerda así, otra vez, "su libro", en el que en cierto sentido incomprensible para él está inmerso, puesto que está "ahí, y entonces". Empieza a parecerle el espacio y tiempo ideal, si es que éstos existen, para los magos seguidores de Lucio Apuleyo, de Maese Apuleyo.

Pero, ¿qué es eso? Algo se mueve al fondo, entre las ruinas del foro. Siluetas, siluetas humanas. Tres sombras que crecen, que van tomando forma humana. Se acercan a nuestro protagonista. Tres hombres de edad mediana, de edad indefinible. Con largas túnicas, de colores oscuros. Sobriedad y elegancia, y una

ausencia de referencia a la época en sus vestimentas, como si ahí, en esas circunstancias, quisieran señalar que trascienden a todas las épocas. Parecieran seres desprendidos de las vanidades mundanas. Hay, además, en su porte y gestos, algo extraño y contradictorio. Sencillez, pero augusta; la arrogancia del que es sencillo porque quiere serlo, sin por ello perder una majestad indefinible. De alguna forma parece tratarse de hombres de mentalidad superior, que no son juguete de las veleidades y pasiones del mundo. ¡Y esto en el foro, en plena época Borgia! Un detalle muy relevante llama también la atención de nuestro personaje central. La tez, el color de la piel, de los tres seres es diversa. ¡Parecen recordar a los “Reyes magos”!, o a magos o hechiceros a secas. Uno es de tez oscura, negro; otro más la tiene cobriza; el último es blanco. ¿Quiénes otros, hechiceros de conocimiento infinito e inmenso poder sobre las fuerzas arcanas, y seguidores de Maese Apuleyo, pudieran ser?

“Sí... estás en lo cierto en lo que imaginas. Somos tres de los alumnos, de los seguidores de Lucio Apuleyo”, dice uno de ellos. La impresión de nuestro protagonista es tremenda; ¡por fin le es dado conocerlos directamente!

“Sí... estás ante nosotros directamente, porque la catarsis y contrición que sufriste te hace a ello merecedor...” ¡Dios mío, cuál no debe ser su poder!, le leen también el pensamiento. Pero el seguidor de Maese Apuleyo, se trata del de tez oscura, sigue hablando...

“El deseo inicial, egoísta y frívolo, de ser, de tener, de gozar desenfrenadamente como ‘los de arriba’, ¡como ‘los amos’!, y al margen de las desventuras y sufrimientos de los demás, ha muerto en ti... ¡Tú mismo viviste en tus avatares la corrupción, degradación y crueldad que sustentan a ese supuesto ‘edén de los amos’!... Hoy comprendes, ¡no importa en qué tiempo o espacio estés!, que hay humillados y ofendidos, que tienen una vida importante y sobre cuyo sudor y sufrimiento se sustentan muchas egoístas y ‘doradas’ felicidades de los potentados... ¡Y quieres conocer eso!... digno pensamiento que, al honrarte, te ha hecho merecedor de tratar directamente con nosotros... ¡Conocerás todo eso que deseas!...”

Está emocionado. No sabe qué decir. ¡No le han dado “nada

material" ni "goces sensuales" como antaño ansiara!, pero por primera vez en su vida se siente un hombre, lo tratan como un hombre, con generosidad e ideales no egoístas. El auténtico camino de la felicidad que vale la pena. Sin embargo, ¿le mostrarán la verdad de los humillados y ofendidos, provocando, como en otras ocasiones, su avatar, su transformación en otro ser, o su encierro interno en otro más, como en las terribles experiencias de "los amos Billy y Esther"?

"No... no temas", sigue diciendo el seguidor de Maese Apuleyo, para quien los pensamientos más callados y escondidos de nuestro protagonista son como un libro abierto, "no habrá más transformaciones, serás tú mismo, observarás privilegiadamente todo tú mismo sin cambiar, ¡tienes ya la suficiente alteza de miras para que así sea!... y, sucesivamente, cada uno de nosotros te acompañará en alguno de esos diversos mundos de los humillados y ofendidos; te guiaremos..."

¡Como Virgilio guiara a Dante en los infiernos!, esta idea le pasa velozmente por la mente...

"Así es, como Virgilio guiara a Dante como piensas. ¡Pero no podrás ver todos los mundos de los humillados y ofendidos!... porque, por cada edén de los amos, hay un universo de mundos de los de abajo... Te guiaremos, pues, en algunos de los más relevantes. ¡Para saber qué es vivir en la humillación y la ofensa no hace falta más!... Yo, de tez oscura, te guiaré en algunos mundos de los de tez oscura; mi compañero de tez cobriza en algunos de tez cobriza; mi compañero de tez blanca, en algunos de tez blanca..."

Está impresionado. ¿A qué terribles y elementales verdades se enfrentará? Después de todo, se dice, ya sin la frívola enajenación y superficialidad de la mediocracia –se dice– y desaparecido ese cascarón dorado, pero cruel y corrupto de "los amos", la verdad surgirá al estado puro...

"¡Estás en un error!... pero ya entenderás por qué digo esto", dice el seguidor de tez oscura de Maese Apuleyo, "sin mascaradas, y como un parto doloroso de la humillación y el sufrimiento, ciertamente surge el parto doloroso de la verdad, a ras de tierra... pero la verdad, como todo en la vida, es contradictoria y multiforme. Todo tiene una causa que lucha contra

sus efectos, con resultados inesperados... ¡no esperes encontrar sentimientos, ideas, verdades, 'elementales, únicas y al estado puro'!... Tal cosa no ha existido nunca... ¡ni aun las fuerzas arcanas que controlamos serían capaces de crearlas!... Pero, basta de charla, partamos..."

¿Partir?, ¿cómo?, ¿por dónde? ¡Pero si están en época Borgia y en el foro romano!, y los mundos desconocidos que le han sido mencionados están bien lejanos de ahí en el espacio y el tiempo...

"... ¿Por dónde, cómo?, ¡no te preocupes!... las fuerzas arcanas nos abrirán el camino del espacio y del tiempo. Tú, acompáñame y sígueme..." dice el personaje de tez oscura, acompañando a la vez con el gesto y la acción y empezando a andar.

Lo sigue. A sus espaldas se oyen las palabras de los otros dos seguidores de Maese Apuleyo. "¡Hasta la vista!... nos encontrarás en algún punto del laberinto del espacio y del tiempo..." Sus voces se apagan. El foro, Roma, todo se empieza a difuminar y a oscurecer. Sólo, caminando, queda su guía. "Ven..." Le sigue. Parece que caminan entre nubes, hacia un destino ignoto...

LA IGNOTA Y OSCURA DESCENDENCIA DE CANAAN

Avanzan. Parecen flotar entre aquellos vapores nebulosos, de tenue claridad, que se extienden por doquier; pero avanzan. ¿Hacia dónde? El seguidor de Maese Apuleyo, el de la tez oscura que le precede y sirve de guía, responde instantáneamente a este pensamiento suyo. "¿A dónde?... a dónde y hacia qué tiempos debieras preguntarte porque, en realidad, en la vida, siempre que se va hacia algún lado transcurrimos simultáneamente en el tiempo... la única diferencia aquí, en este laberinto del espacio y del tiempo en que estamos, es que podremos transcurrir a voluntad, ¡Lucio Apuleyo nos enseñó a hacerlo!, en diferentes direcciones, no sólo en el espacio sino también en el tiempo..." ¿Implica esto moverse, del presente al pasado y de ahí al futuro y así?, piensa involuntariamente. "Sí...", responde el seguidor de Maese Apuleyo, "aun si es dudoso tenga sentido hablar de pasados, presentes y futuros, de antes y después, porque te será dado observar mundos de humillados y ofendidos, en un mismo

lugar en diversas épocas, y en una misma época diversos en diversos lugares... Mundos cuyo sufrimiento trasciende lugares y tiempos..." Nuestro protagonista no dice nada a esto, ni aun mentalmente. Sólo espera los acontecimientos, sin dejar de andar, en aquel mundo fantasmagórico, tras el seguidor de Maese Apuleyo.

Tras algunos instantes, sin perder el paso, su guía vuelve a hablarle.

"Nos encontraste, a mí y a algunos de mis compañeros, en la Roma de los Borgia. En 1492, año del Señor, por decir algo, si es que el tiempo tiene sentido... ¡Pero es una buena fecha para comenzar nuestro viaje en este laberinto!... después de todo, en esta misma época, precisamente Alejandro VI, Papa Borgia, exactamente un 4 de mayo de 1493, en su famosa bula *Inter caetera*, repartirá despreocupadamente, y sin pensar en la suerte de humillados y ofendidos, ¡cuándo los amos de los edenes se han preocupado de la suerte de estos!, nuevos y viejos mundos a someter a los intereses de los potentes de la Tierra... las entonces llamadas Indias Orientales y la ruta que a ellas llevaba, la costa del continente ignoto y de los seres de tez oscura como la mía, a una nación latina del Viejo Continente... y el Nuevo Mundo a otra... ¡Rapiña de nuevos, viejos e ignotos mundos, en nombre de la evangelización!... ¿Sabes que justificaron esto, en los edenes de los amos del Viejo Continente, hasta con la Biblia en la mano?, ¡cuándo no han servido las religiones para someter, a amos de diferentes épocas, cuerpos y conciencias de ese universo infinito de humillados y ofendidos!..."

¿La Biblia?, ¿y por qué la Biblia?, piensa.

"... porque en ella se nos enseña que maldición de Noé fue el condenar, a la descendencia de su nieto Canaan, a ser humillada y ofendida, servidora para siempre del resto del género humano... y, ¡claro!, como tan tierno y conmovedor texto sacro dice que la descendencia de Canaan pobló el continente ignoto de los seres de tez oscura..."

... Resulta, pensó para su coleteo, que el sometimiento, vasallaje y esclavitud de los seres de tez oscura, ¡hasta como decreto divino inapelable lo han presentado los amos de los edenes de todas las épocas!...

“Así es...”, continúa y completa el seguidor de Maese Apuleyo, “y en ese desdichado continente ignoto, todos han entrado a saco... latinos o no latinos de los edenes de los amos del Viejo Continente... ‘cristianos piadosos’... y también, ¡no menos brutalmente!, los que, con el alfanje en una mano y el Corán en otra, mientras alababan a Alá, sometían a los más terribles atropellos a los seres de la tez oscura... Pero, ¡no hablemos más!, mira...”

El seguidor de Lucio Apuleyo hace un gesto con la mano derecha. Fuerzas arcanas, incomprensibles para nuestro protagonista, se desencadenan. Se siente que actúan, porque, súbitamente, el ambiente nebuloso circundante empieza a despejarse rápidamente. Como por obra de una voluntad incontenible. En pocos instantes todo ha cambiado.

Un oasis en medio del desierto. En sus orillas, tiendas de alguna tribu nómada; árabes. No muchas. Parece una pequeña expedición. Todo bajo un sol, de media tarde, calcinante.

Nuestro protagonista siente sofocarse. Es claro que está allí, de cuerpo presente, en medio del oasis. Y, a su lado, imperturbable, el seguidor de Maese Apuleyo. Gente tapada para protegerse del terrible sol, a la manera beduina, circula incesantemente. Entre ellos, y al lado de ellos. Pero no los ven, como si no existieran. Para esa gente, nuestros dos viajeros del laberinto del tiempo, parecieran fantasmas invisibles. Este pensamiento pasa fugazmente por su mente. “Así es”, le responde su guía, “vivirás todo esto, ¡y más cosas que han de seguir!, sin poder intervenir en ellas, como un observador privilegiado, impotente ante los acontecimientos que ante tu vista se desarrollarán... pero, mira...”

Bajo una palmera, dos grupos de seres. En tierra, sobre la arena, diez o doce jóvenes de tez oscura. Bien conformados, robustos, en la flor de la juventud y la vida. En la edad en que todo se tiene por delante, y se está lleno de ilusiones y deseos de vivir. Pero no hay alegría en sus rostros. Están encadenados. De mala manera y cruelmente; los grilletes y las ataduras se les clavan, dolorosamente, en la carne. Están, literalmente, aterrorizados. Algunos sollozan. Otros, con la cabeza baja, parecieran recordar otras tierras; quizás su aldea, su familia, su hogar. Frente a ellos, con gesto cruel y disciplinado, de pie, tres seres con haik,

el típico atuendo que protege la cabeza de las quemaduras solares, de las tribus del desierto. “Los amos” de ese instante y lugar. Dos de ellos tienen extraños hierros en las manos, y miran ferozmente a los aprisionados. El otro parece un jefe. Habla...

“¡Sólo Alá es grande!, y en su bondad ha querido, en esta nuestra última expedición al sur, proporcionarnos esta magnífica mercancía. ¡Pero hemos de ‘prepararla’ antes de llevarla a los mercados! Estos cerdos, infieles oscuros, no han de contaminar nuestra raza, no han de reproducirse. ¡A la tarea...!” No acaba de decir esto cuando, los otros dos, con una rapidez y habilidad horribles que sólo da una larga práctica, se lanzan como tigres sobre uno de los jóvenes oscuros encadenados. Y aplican, se ve que con mucha fuerza y vigor, sus extraños hierros en las partes genitales del infortunado. Se oye un alarido espantoso, capaz de ablandar a una piedra. Pero no a aquellos torturadores, que responden con risotadas feroces. Y, al cabo de unos instantes, exhiben en el aire, alardeando de ello, una masa carnosa y sanguinolenta en los extremos de los hierros. “¡Alá es grande!, un infiel que ya no podrá contaminar nuestra raza”, dice uno de los torturadores, con una sonrisa horrible y sacudiendo violentamente en alto la presa que tiene atenazada con uno de los hierros. Ya no hay alaridos; el mutilado yace desmayado. En tanto, sus compañeros, ante la mutilación que les espera, permanecen sin articular palabra. Como en estado de trance, mirando a sus captores con ojos desorbitados...

Esta es la breve, ¡pero qué escena!, vivida por nuestro protagonista. Ante lo que ha sucedido, primero quedó paralizado. La crueldad que ha desfilado ante sus ojos inicialmente lo dejó estático, con la sangre helada en las venas. Después hubiera querido gritar, lanzarse sobre esas bestias feroces martirizadas de carne oscura. Pero no puede; le es dado observar, vivir lo observado como si fuera parte de ello; pero no intervenir. La amargura que le ha producido esa experiencia trata de paliarla pensando que son cosas de un pasado insólito y que no debe volver, que no volverá.

“¿Insólitas y cosas de un pasado que no volvió?”, le responde su guía, “...has visto un instante y un lugar del martirio del continente ignoto; pudo haber sido el siglo XIV, quizás XV, ¡qué

importa!, tantas veces sucedió que contar el tiempo deja de tener importancia... ”

Sí, piensa para sí al oír a su guía, pero quizás lo sucedido es obra sólo de feroces hijos del desierto, quizás no todos, ¡aun siendo “amos de edenes”!, llegaron a ese límite de bestialidad.

“¿Eso crees?... ¿ya no recuerdas las experiencias de tus pasadas reencarnaciones?, ¿has olvidado el fondo de Piracmón, en el que te introdujera el guardián de la puerta?... Deberás aún aprender bastante... ”

Y, diciendo esto, con un rápido gesto de manos del seguidor de Maese Apuleyo, la escena desértica se esfuma. Oasis, bárbaros torturadores, martirizados, todo desaparece.

Han vuelto, él y el guía, al nebuloso, etéreo e indefinido laberinto del espacio y del tiempo. Su guía le habla: “Verás ahora, en una época contemporánea a la anterior, el idílico comportamiento de cristianísimos amos de edenes del Viejo Continente... ¡lo que ellos llamaban labor civilizadora!...”

No acaba de decir esto cuando la escena empieza a cambiar. Ya no hay nubes ni vapores difusos. Ahora todo se distingue recortada y nítidamente. Y ha vuelto el calor sofocante. Pero ya no hay desierto, están en una selva; a las orillas de un río. Y, a lo lejos, se le desembocan en un mar, o en un océano. A esa distancia, cerca de la desembocadura, dos barcos anclados, siglo XV o XVI, piensa nuestro protagonista, de esos que antaño sirvieran para descubrir el Nuevo Mundo. O bien, en busca de las riquezas imaginadas de las Indias Orientales, para girar el continente ignoto. “Estás en lo cierto”, le responde su guía, “pero observa...”

Gente blanca y barbada. Con atuendos de la época, que indican la doble calidad de marinos y militares. Algo, en sus gestos y ademanes, indica aves marinas de rapiña. Son unos treinta. Es evidente que han descendido de los dos barcos anclados a lo lejos. Encabezados por quien, por sus vestiduras y ademanes, parece su jefe; conversan, a las orillas del río, con tres habitantes del lugar. Tres hombres de tez oscura, semidesnudos, porque el ambiente y el calor del lugar no permite otra cosa. No debe ser ni la primera expedición de los seres barbados, ni su primer contacto local con los hombres de tez oscura, porque parecen

conversar mutuamente, de manera fluida y sin intérpretes.

El jefe de los barbados, indicando un pesado arcón de madera que está a sus pies, seguramente transportado desde el barco, habla a los habitantes oscuros del lugar. Con un tono dulzón y pegajoso, excesivo, que no logra disimular cierto desprecio y codicia.

“...Mi cristianísimo señor, ¡un rey muy poderoso que vive muy lejos de aquí!, quiere saludar a vuestro rey, enviándole estos regalos; unos tesoros de incalculable valor...”

Uno de los habitantes oscuros responde; se le nota sorpresa y alegría. “Os llevaremos a él... es un día de camino, internándose en la selva...”

Uno de nuestros dos observadores de la escena, el seguidor de Maese Apuleyo, le dice a nuestro protagonista: “...aceleremos el tiempo...” Y, haciendo un imperceptible gesto de la mano, la escena desaparece. Todo en instantes se nubla, para, casi inmediatamente, volverse a aclarar.

Otra vez la selva y el calor sofocante. En ella, un amplio claro, casi circular, como de medio kilómetro de diámetro. Cabañas, de madera y palma, distribuidas por doquier, al interior de una empalizada, de troncos de árboles, que rodea y protege todo aquello. Casi en el centro de aquella especie de ciudad, primitiva y local, aparecen otra vez los anteriores personajes. Los marinos blancos y barbados. El arca de madera, transportada desde los barcos, al pie del jefe de estos últimos. Se está dirigiendo, hablándole, a un personaje de tez oscura muy particular. Alguien que está sentado sobre un estrado de madera, caprichosamente labrado y pintado. Está con el torso desnudo, con una especie de capucha hecha de hojas de palmera sobre la cabeza, y adornada con una cola de caballo, que le cae sobre la espalda, sujeta con ciertos adornos que parecen de plata. En el brazo izquierdo porta un brazalete de marfil. Sin duda es el rey, el jefe de los habitantes oscuros de aquel lugar, del poblado. El jefe de los blancos barbados, al parecer, está tratando de convencerlo de algo.

“...¡Poderoso señor oscuro de estas tierras maravillosas!... acepta estos tesoros que te envía mi rey lejano, mi cristianísimo señor...” y, acompañando el gesto a la palabra, abre el arcón de

madera y toma unas telas. Parecen paños damasquinos. Se los ofrece al potentado local. Éste, entre sorprendido y satisfecho, los toma y se los coloca, sin más, enrollados en torno a la cintura.

El jefe barbado, observando irónicamente la escena, sigue hablando.

“... Mi rey y señor, al enviarte estos portentosos obsequios, desea de tu magnificencia algunos pequeños favores a cambio... que tus súbditos proporcionen agua dulce, frutas, y otras provisiones del lugar, a todos los barcos que, de nuestro rey y señor, lleguen a las costas de tu país, para poder seguir su ruta... También, ¡oh, poderoso señor oscuro!, que permitas que más gente de nuestros barcos venga a ti, aquí, para enseñarte a ti y a tu pueblo oficios y artes maravillosas y la verdadera fe, la de Nuestro Señor Jesucristo...”

El oscuro potentado local acepta. Pero la escena parece desaparecer; vuelve el ambiente nebuloso del laberinto del espacio y del tiempo, ante la acción de las fuerzas arcanas que controla el seguidor de Maese Apuleyo. Éste se dirige a nuestro protagonista, quien un poco sorprendido por lo que acaba de ver, esperaba un contacto más violento, entre blancos y barbudos marineros y oscuros habitantes locales.

“¿Te sorprende este pacífico contacto entre estas diversas razas, verdad?... ¡Los barbudos marineros, avanzada de amos de edenes del Viejo Continente, parecen haber iniciado una cristianísima y civilizadora labor!... No obstante, dejemos correr los acontecimientos... aceleremos, otra vez, un poquito más el tiempo...” No acaba de decir esto, cuando todo vuelve a aclararse y ser nítido. Se está en el mismo lugar, mismo poblado local, y ante el mismo oscuro potentado.

Pero algo ha cambiado. El jefe blanco y barbudo ya no encabeza una pequeña comitiva de marinos. Ya no hay más regalos, ni arcones de lejanas tierras con telas damasquinas. Ahora son más de doscientos marinos. Todos ellos, ante la curiosidad de los habitantes oscuros del lugar, armados de tizones, hachas extrañas, y arcabuces. ¡Mal presagio!

El oscuro potentado local, con curiosidad, se dirige al jefe barbado de aquel numeroso grupo armado hasta los dientes.

“... ¿Esos instrumentos extraños de metal sirven para, como

decías, enseñarnos artes y oficios maravillosos, y la verdadera fe?...”

El jefe barbado le responde con feroz risotada. “¡Eh, sí!... Y verás ahora para qué sirven...”, y volviéndose a su grupo armado, más que hablar, les grita y ordena como un latigazo: “¡A ellos, muchachos!... ¡duro con esta salvaje e inmunda gente!...”

Nuestro protagonista, privilegiado e impotente observador de la escena, no da crédito a lo que empieza a suceder. ¡Una escena dantesca! Masacre cruel y feroz de aquella gente oscura, inerme. Sus débiles escudos, de piel y madera, son incapaces de protegerlos. No sirven para nada contra civilizados instrumentos de aquellos embajadores de amos del viejo mundo.

Los feroces marineros comienzan a asesinar a diestra y siniestra. Los arcabuzazos hacen estragos. Todo el pueblo arde. Mujeres y niños no son respetados. Un niño pequeñito, casi gateando y llorando, busca a su madre. Clama y aumentan sus sollozos cuando cree verla, una mujer joven, arrastrada por dos sucios y barbudos marineros hacia un lugar apartado; hacia quién sabe qué degradante destino. El niño sigue llorando. Con gesto feroz, un civilizador del Viejo Continente lo ensarta, con una rapidez horrible, con su tizona. Como si fuera una salchicha. ¡Una escena que se repetirá varias horas! La verdadera fe, la cristianísima civilización de los amos de edenes del Viejo Continente, ha llegado al ignoto continente de la gente oscura. La excelsa civilización grecolatina hace su aparición en el continente ignoto. ¡Están civilizando! A imagen y semejanza de como también lo harán, grecolatinos o no, otros amos de edenes del mismo Viejo Continente. ¡Y es que civilizar es ardua tarea!

Pero, volvamos a la escena local. A pesar de su espanto e indignación, nuestro protagonista, a quien, limitado a observar, una rabia creciente y frustrada lo embarga, se da cuenta de que, a pesar de todo, la masacre de oscuros tiene cierto método. Cierta lógica y fin. Los barbudos marineros destruyen todo y todos; excepto a algunos. Jóvenes oscuros, en la flor de la edad, son encadenados como fardos. Pero se les respeta la vida; otro va a ser su destino. Quizás peor que el que ahora están sufriendo sus compañeros de poblado. La muerte no siempre es el peor destino.

¡Esclavos!, piensa de pronto nuestro anonadado observador y protagonista. “Sí...”, le responde su guía, “... esclavos... esclavos para el Viejo Continente y para el Nuevo Mundo... ¡Marfil oscuro!, como dirán los amos de los edenes, saqueadores del continente ignoto... el continente mártir...”

Terrible sangría del continente ignoto...

“Terrible sangría, sí”, continúa el seguidor de Maese Apuleyo, “entre principios del siglo XV y fines del XIX, con su apogeo en el siglo XVIII, ¡quién pudiera contar el marfil oscuro, esclavos oscuros, enviados al Nuevo Mundo!... Las buenas conciencias de los amos dijeron que quizás diez millones... ¡qué va!... porque por cada cuatro que llegaban al Nuevo Mundo uno al menos moría en la travesía en mar... y por cada esclavo capturado en el continente ignoto, como acabas de ver, se masacraban *in situ*, cuatro o cinco más, mujeres, niños, ancianos...” No acaba de decir esto cuando, el seguidor de Maese Apuleyo, con un gesto, hace desaparecer de la vista de nuestro protagonista aquellos terribles acontecimientos. Están otra vez en esa región etérea, impalpable e infinita del laberinto del espacio y del tiempo.

Nuestro protagonista está como paralizado. Tanta crueldad le ha producido una especie de shock. Sólo logra articular un pensamiento suelto, incoherente, desarticulado. ¿Por qué... por qué esto... por qué...?, como esos discos rayados que, una y otra vez, repiten el mismo sonsonete.

“¿Por qué esto, dices?”, repite en voz alta su guía, “¡por las riquezas del Nuevo Mundo!... azúcar, ron, tabaco, algodón...”

No entiendo, logra articular, escuchando a su guía, nuestro protagonista.

“... Los amos de los edenes del Viejo Continente pensaron encontrar riquezas sin medida, oro y metales y piedras preciosas, y marfil, en las Indias Orientales... pero pronto descubrieron que ni ahí había tantas como creían ni eran tan fáciles de saquear como esperaban... Las verdaderas riquezas las encontraron en el Nuevo Mundo... azúcar, ron, tabaco, algodón... ¡Muy apreciadas en los edenes de amos del Viejo Continente!... pero había que trabajarlas, en climas terriblemente calurosos e inhóspitos... de ahí la sangría humana, esclavos, marfil oscuro del continente

ignoto al Nuevo Mundo... un flujo humano a través de todo un océano... Por cierto que te conviene observar un ejemplo, ¡de tantos!, de una de esas travesías...”

Oír esto deja, finalmente, impávido a nuestro protagonista. Sabe que, impotente, deberá observar, y vivir como si casi lo sufriera él, quién sabe qué terribles acontecimientos. Pero, se dice, después de lo que ya ha visto, ¡qué más pudiera pasar!

Su guía esta vez no responde; sólo sonríe como quien ha escuchado una ingenuidad. Y se limita a hacer uno de sus gestos, que clarifican toda la escena, que la precisan.

Alta mar; un inmenso océano. Otra vez calor espantoso. Nuestro protagonista se da cuenta que, él y su guía están sobre la cubierta de un barco. Por su tamaño, dispositivo y aparejos, como de mediados del siglo XIX. Son, como siempre, observadores vivientes, impalpables e inobservables. Marineros se mueven de un lado a otro, en distintas labores. De tez blanca, malolientes y sudorosos. Pero, ¡cosa curiosa!, el mal olor, enfermante, parece provenir de debajo de la cubierta.

Nuestro protagonista, ante una indicación de su guía, mira hacia abajo. Sobre el piso de la cubierta se ven, diseminadas, diversas escotillas. Y, a su lado, en cada escotilla, un tipo de aspecto feroz látigo en mano, de muchas correas. Como controlando un cargamento de animales salvajes y peligrosos. Es posible observar a través de las escotillas, porque son rejas adaptadas para observar y controlar lo que yace bajo ellas. ¡Qué espanto!, las escotillas encierran celdas increíblemente estrechas y bajas. A duras penas, y sólo acurrucado y abrazando sus piernas, estaría ahí un ser humano... y, por lo contrario, ahí yacen encerrados, por celda, docenas de ellos. De tez oscura, semidesnudos, hombres y mujeres. En espacio tan reducido se hacinaban como podían; sentados en las piernas respectivas y sin poder acostarse. Se les veía macilentos, debilitados por muchos días de travesía. Y el hedor desprendido por las celdas, un espantoso tufo que ascendía por las escotillas, era insoportable. Seguramente, ahí adentro, había varios oscuros enfermos. Era evidente que sin salir a cubierta, ahí se les lanzaba la comida; y ahí debían hacer sus necesidades. Tal cual, fieras encerradas en las jaulas de un zoológico primitivo.

Sobre cubierta, a un lado del puente principal, dos hombres conversan, parecen oficiales; uno de mayor edad y jerarquía.

“...Capitán, hay que cuidar un poco más las condiciones de vida en las celdas, y la alimentación del cargamento de esclavos... partimos con seiscientos y, en diecisiete días de navegación, han muerto y hemos tenido que tirar al mar más de sesenta... ¡No puede ser!... Es una gran pérdida de oro...”

“Sí, oficial, hay que ver eso...”, dice el más viejo, “pero no lo podemos evitar en un viaje tan largo... ¡Considere, oficial, que hemos tenido que buscar rutas complicadas, que eviten a los barcos de guerra cazanegreros!...”

¿Barcos de guerra cazanegreros?, piensa nuestro atribulado protagonista.

“Sí”, le responde su guía, “... debes saber que, en los edenes de los amos del Viejo Continente, a mediados del siglo XIX, la mala conciencia de algunos quisieron lavársela prohibiendo formalmente el tráfico de esclavos... ¡Era el siglo de las luces del Viejo Continente!... de ahí que se persiguiera, en el mar y sólo en el mar, a los traficantes de esclavos porque, tan sensible y delicada gente del Viejo Continente, no quería excederse en su humanitarismo... La esclavitud seguía permitida; una vez llegado el cargamento oscuro a tierra firme, en el Nuevo Mundo, los gestos humanitarios no tenían por qué socavar la jugosa economía del Nuevo Mundo, inmenso almacén de riquezas del Viejo Continente... Pero, ¡mira!...”

Algo sucede en el barco. Todos los marineros se agitan. Los oficiales y el capitán también. Alguien grita, en alguna parte muy alta del barco. Es un vigía que, catalejo en mano, parece agitadamente indicar algo en el horizonte, que él solo ha visto. Y sigue gritando.

“¡Capitán, capitán!, barco de guerra en el horizonte... parece dirigirse a nosotros...”

El capitán empieza a dar órdenes, perentorias y brutales.

“¡Alejémonos a toda velocidad, hay que ganar tiempo antes de que llegue!... ¡Y todo el cargamento al mar!, ¡qué no encuentren pruebas!...”

Estas palabras desencadenan una frenética, valdría decir trágica, actividad. Se abren las escotillas de las celdas. A latigazos

y golpes, con toda presteza, se hacen salir, de diez en diez, a los seres macilentos de tez oscura. Se les encadena con gruesas cadenas y, antes de que éstos puedan darse cuenta de lo que sucede, se les arroja por la borda al mar. Como ristra de chorizos, que se hundan rápidamente. Al observar la escena, alaridos y gritos de terror surgen de todas las celdas. Pero todo en vano. A empujones y golpes se hace subir a cubierta a la carga, y es, entre gritos indescriptibles de las víctimas, lanzada al mar. En poco tiempo las celdas están vacías. Y toda la carga, la madera de ébano, se ha hundido para siempre, en el mar... Jóvenes robustos y bellas doncellas de antaño, felices habitantes del continente ignoto, son ya alimento de la fauna marina, oceánica. ¡El proceso civilizador sigue adelante!

Nuestro protagonista, si es que esa suya sensación interna puede describirse, tiene, literalmente, la sangre helada. ¡Y pensar, se dice, que yo creía que no podría ya observar crueldades mayores! Reniega de su impotencia a la que le ha sometido su guía, el seguidor de Maese Apuleyo. Hubiera querido lanzarse sobre aquellas bestias humanas, y aniquilarlas. No puede. La impotencia le hace, paulatinamente, nacer dentro de sí un gran odio y rencor. Empieza a comprender que los descendientes de todas las épocas de la gente oscura y martirizada, hayan profesado o profesen un odio y rencor, ¡muchas veces irracional pero tan comprensible!, contra todo lo blanco... ¡Quién puede reaccionar de otra manera, tras siglos de humillación y masacre bestial como la que ha observado! La generosidad de alma, y la tolerancia, no pueden ser virtudes de quien sólo ha recibido golpes, humillación y torturas.

En estas reflexiones está nuestro protagonista, cuando se da cuenta que todo ha desaparecido. Ya no hay nada; sólo su guía y, otra vez, la vaporosa e impalpable atmósfera del laberinto del espacio y del tiempo. Tal parece que el seguidor de Maese Apuleyo ha preferido, esta vez, no perturbar sus pensamientos; y dejar que maduren. Pero, al fin le habla.

“... ¡Hemos dejado el océano y sus cargamentos trágicos!... Volvamos al continente ignoto... iremos, otra vez, acelerando el tiempo, a épocas más cercanas a tu propio presente. Principios del siglo XX...”

Más cercanos a mi época, dice... ¡Ojalá sea para bien!, y el salvajismo haya disminuido en ese adolorido continente ignoto...

"Sí y no", le responde su guía, "los tiempos cambian y, con ellos, las formas de opresión social... pero, en el fondo, ni sus contenidos ni sus objetivos... en casi cuatro siglos de saqueo y martirio del continente ignoto, sólo la vestidura de la supuesta labor civilizadora ha cambiado... de la masacre directa y la trata de esclavos al protectorado, y de ahí al coloniaje... pero, en todo esto, al margen de la actividad predatoria de amos de diversas camadas y edenes, hay algo más sutil que ahora deberás observar... el resultado, en la conciencia interna del siempre oprimido aborigen del continente ignoto, de siglos de pillaje y vesania..."

No te entiendo...

"Ya me entenderás... ¡Más de lo que quisieras!", continúa su guía, "sígueme y observa".

El seguidor de Maese Apuleyo sigue hacia adelante, a un destino desconocido en ese vaporoso laberinto del espacio y del tiempo en donde se encuentran. Y él detrás. Así, cierto tiempo. ¿Poco o mucho?, ¿quién podría medirlo en aquellos lares y fantasmagóricas latitudes! Sólo las fuerzas arcanas saben el dónde, cuándo y por qué de aquel laberinto. Y su guía que, delante de él y precediéndolo, anda incansablemente. Como si andar en el espacio, moverse, acelerara el tiempo; y, efectivamente, le acercara a los inicios del siglo XX.

Súbitamente, su guía se detiene. Extiende, como queriéndole indicar algo, el brazo derecho. Una nueva escena empieza a aparecer instantáneamente. Clara, muy recortada. Están, una vez más, en alguna parte del continente ignoto.

Bajo el sol, observan desde lo alto. A vista de águila, como si estuvieran suspendidos en el aire. A sus pies, una ciudad construida caprichosamente. En ciertas partes se mezclan estilos arquitectónicos contradictorios; desde el grecolatino típico del occidente del Viejo Continente, hasta el islámico y con más de un minarete. Sin contar, en la mayor parte de la ciudad, construcciones miserables, inmersas en calles de tierra y encharcadas, lodosas, que ni aun ese nombre merecen. En efecto, hay, al parecer, y separadas por un riachuelo que más que geográfica parece una frontera de estatus social, dos ciudades. A un lado, y no muy

grande, la elegante y blanca. Al otro lado del río, un gran caos de humildes casas, ¿puede llamárselas así?, diseminadas por todos lados. De sórdidos y sucios colores.

Pero, como por una especie de fenómeno de acercamiento telescópico, la escena observada se reduce continuamente. Primero, empiezan ya por no verse más las construcciones del lado elegante del río. Y ahí se ve circular, por calles limpias y empedradas, gente blanca. Pulcra e, incluso, a veces elegantemente vestida, con gran profusión de uniformes militares. Después, termina por no verse más que una enorme construcción, entre jardines. Por el tipo de humanos que por ahí circulan, adolescentes y jóvenes con libros bajo el brazo, se diría un centro académico; una universidad colonial regentada por los amos blancos coloniales. Una entrada principal, amplísima, da acceso a la gran construcción. En lo alto de ella, un escrito en piedra. Al parecer, el lema de aquel centro de estudios. *“La connaissance et l'étude vous fera libres”*. ¡Bella frase!... si fuera cierta; si fuera cierto que los conocimientos y el estudio, al margen del estatus social, proporcionarían la libertad. Como una ráfaga, este pensamiento pasa por la mente de nuestro protagonista.

Pero la escena sigue cambiando, reduciéndose y precisando. Nuestro protagonista tiene la impresión, ¡una experiencia que ya viviera en el pasado cuando, juguete de las fuerzas arcanas, accediera al país del feroz Piracmón!, que atraviesa muros y paredes. Una extraña sensación que, súbitamente, desaparece. Están ahora –su guía y seguidor de Maese Apuleyo está a su lado– al interior de lo que, sin duda, es una amplia sala de conferencias. Llena hasta los topes; unas trescientas o cuatrocientas personas, sentadas, se encuentran ahí. ¡La crema blanca y colonial de la ciudad! Augustas matronas con sus hijas, pomposamente ataviadas. Jovenzuelos elegantes, con gesto displicente y flemático. También sacerdotes. Y militares, en uniforme, se diría de gala; muchos militares. Y alguno que otro civil, de edad, que en su rostro llevan la marca inconfundible del funcionario colonial.

En el extremo de la sala, un estrado y una mesa. Un conferenciante habla. Un hombre de barba, a la Landru, con gruesos anteojos. Vestido un tanto descuidadamente. Tiene una pipa en

la mano derecha, a la que da largas fumadas. Todo ayuda a hacer de él, su estampa es inconfundible, algo así como un intelectual de altos vuelos; o, mejor dicho, un sesudo profesor de élite, de esos que provienen del Viejo Continente.

El conferenciante habla.

“...mes chers amis, j’étais en train de vous dire que la vérité scientifique n’est pas agreable, mais elle est la vérité, voila!... quiero decir con esto, dilecto y culto auditorio, que, como dice un refrán, la verdad no peca pero sí incomoda... ¡y hemos de aceptarla, de buen o mal agrado, cuando está avalada por la ciencia!...”

Nuestro protagonista, observador de un evento cultural que no esperaba, está sorprendido; ¡creía menos sensibles, culturalmente, a los amos coloniales! Su guía le responde: “Ten paciencia, ¡ya verás en qué consiste ese interés cultural!... Atiende a lo que sucede...”

El profesor, el conferenciante, sigue su charla...

“...y, desgraciadamente, la ciencia, que no se casa con nadie y es imparcial y socialmente neutra, es categórica al respecto... hay serias, ¡probadas!, limitaciones fisiológicas, biológicas, ¡yo diría que hasta ontológicas!, en los seres oscuros y aborígenes de este ignoto continente... la investigación, interdisciplinaria ha probado, ¡no quisiera decirlo pero así es!, que los oscuros son impermeables a la ética, perezosos, taimados y ladrones, viven de cualquier cosa y sólo conocen la fuerza, ¡sociales congénitos!... en su infantilismo tienen escasa, ¡o ninguna!, emotividad, son crédulos y sugestionables al extremo, de una tenaz terquedad... con una fatal facilidad para los accidentes, y sin el espíritu curioso del niño occidental... no perciben el conjunto, sólo detalles, y excluyen toda síntesis... ¡eso los hace puntillosos, aferrados a nimios objetos!, ¿cómo diría?, insensibles a la idea y rebeldes a los conceptos... no es así de extrañar que tengan feroces reacciones globales ante insignificancias, ¡por ellas hasta se matan cruelmente entre sí!... Pudiera argüirse que esto es debido, fatal e irremediablemente, a que los aborígenes de este continente ignoto no tienen historia, ni cultura, ni nunca las tuvieron... ¡así es, pero no es debido a esto sólo!... Al margen de esa desgracia social, hay secas y escuetas razones fisiológicas, biológicas, adicionales... Nuestras investigaciones al respecto

proporcionan resultados inapelables; sufre esta gente de un primitivismo psíquico e intelectual por deficiencia arquitectónica, congénita, de su corteza cerebral... no utilizan, ¡porque biológicamente no pueden!, los lóbulos cerebrales frontales, gran sede de los procesos cognoscitivos del ser humano... en cierto sentido, siendo algo más que animales no son humanos a parte entera, son subhumanos... Antes de seguir, ¿alguien desea hacer una pregunta?...”

Una mano surge del auditorio; la de un gordo y sonrojado oficial colonial.

“¿Qué hacer entonces para civilizarlos?, para inculcarles los valores cristianos occidentales... ¡porque tenemos aquí una ardua tarea!...”

Risas en el público. Pero el conferenciante responde:

“Estas gentes oscuras, por sus limitaciones fisiológicas, biológicas, e incluso ontológicas, son algo así como fuerzas ciegas y primitivas de la naturaleza... y a la naturaleza no se la convence, se la somete, se la domestica, ¡incluso en beneficio suyo!...”

Rumor entre todo el auditorio; se ve que la respuesta ha dado satisfacción a tan dilecta y sensible concurrencia.

Nuestro protagonista, ante aquel aval grotesco de la represión colonial en nombre de una seudocultura y seudociencia a modo de los intereses de aquellos amos, y con el recuerdo de sus recientes observaciones, al lado de su guía y seguidor de Maese Apuleyo, sobre el contenido, a ras de tierra, de los valores civilizados de aquella gente accionando en el continente ignoto, no cabe en sí de indignación. ¡Quisiera increpar a todos!, insultarlos, ponerlos en su lugar.

“Ten calma”, le aconseja su guía, “no has visto todo... mezclémonos con el pueblo, en la ciudad... ¡la experiencia directa te dirá más que mil discursos vacíos de esta gente!... Ven...”

La escena se difumina, desaparece. Otra vez la claridad y nitidez. Otra escena. Él, nuestro protagonista, y su guía, están en un mercado; en el zoco del lugar tiendas al aire libre, bancos de madera, en donde gente oscura vocifera y ofrece de todo. Un pulular incesante de gente; desde andrajosa y oscura hasta oficiales coloniales, con un porte y una soberbia que no les cabe en el pecho. También alguna blancuzca y elegante damita colonial,

que quiere tener emociones fuertes en aquel sucio y exótico ambiente. La damita, con curiosidad, dulcemente emocionada por la intensa experiencia "oriental" que vive, charla con un aborigen. Un muchachuelo oscuro que la escucha moviendo la cabeza de un lado a otro, y con los ojos bajos, clavados en tierra. La damita parece estarle ofreciendo una fuerte cantidad de dinero por una chuchería artesanal que el muchachuelo aferra con las manos. Y, ante su sorpresa, ¡porque vaya que necesitaría ese muchacho ese dinero para sobrevivir!, se niega a aceptarlo. Pero algo repentinamente sucede. Por el ambiente vocinglero, y las mil distracciones que ofrece el zoco, la damita se descuida; vuelve la cara hacia otro lado. Sólo un instante. Pero suficiente para que, como un rayo, el muchachuelo oscuro le arranque el dinero de la mano y eche a correr entre los mil vericuetos del lugar. Ha robado lo que le regalaban... Nuestro protagonista, observador privilegiado de lo sucedido, está sorprendido. No alcanza a comprender aquello. La damita grita; está asustada y sobrecogida, ¡casi sufre un desmayo tan delicado ser! Aparece solícito un elegante oficial colonial. La consuela y le habla dulcemente; con fina y excesiva cortesía.

"Cálmese usted, señorita, ¡aquí estoy para protegerla!... ¡qué quiere usted esperar de esta gente oscura!, no debiera usted venir sola a estos lugares... ¡esta gente oscura de este continente ignoto no tiene arreglo!, un continente de despreciables oscuros, fanáticos y supersticiosos, aún hace poco antropófagos... sin nosotros volverían al salvajismo, al encanallamiento, a la animalización... ¡Oscuros!... Niñas tan maravillosas y delicadas como usted no debieran aventurarse en estos andurriales... ", y, diciendo esto, besa delicadamente la mano derecha de la damita, que se sonroja. ¡Qué oficial tan apuesto y caballeroso, y tierno! Parece ser el comienzo de un romance entre la crema blanca colonial...

... Pero, nuestro protagonista no atiende a semejantes galanteos. Piensa en el comportamiento extraño del muchachuelo oscuro. ¿Por qué robó lo que le regalaban, poniendo así, innecesariamente, su libertad, y quizás su vida en peligro, si lo atrapan? Su guía comenta y responde a este pensamiento suyo.

"¿No te lo explicas?... Sigamos al muchachuelo oscuro y ve-

rás...” No acaba de decir esto cuando, una vez más, la escena presente se difumina, disuelve y cambia. Otra escena se perfila y define.

Otra vez la ciudad, al lado del riachuelo que la atraviesa. Pero es el lado de los oscuros; sórdido y sucio. Del otro lado, resplandeciente e iluminada, porque es de noche, la ciudadela linda de los amos. Alguien, sentado en el borde del río, con los puños apretados, la observa. Es el muchachuelo oscuro. Visto de cerca, tiene menos edad de la que parecía. La vida miserable y los sinsabores hacen madurar a la gente más pronto de lo esperado. No despega la vista, fijos los ojos, de la ciudadela de los amos. Su mirada es indefinible, pero algo hay en ella mezcla de libidinosa rabia y codicia. Se adivina que pasan por su mente pensamientos conflictivos y contradictorios; también brutales y deseos reprimidos.

¿En qué pensará?, se pregunta nuestro protagonista, ¡quisiera saberlo!

“¿Quisieras saberlo?”, le pregunta su guía, “¡nada más fácil!... si bien, como sabes, en el mundo de los humillados y ofendidos, no teníamos previsto esto para ti...” Pero el seguidor de Maese Apuleyo lo dice con un no sé qué de alguien que bien previsto tenía lo que niega, pero como quien quiere que sea su compañero actual el que, por sí mismo, decida así de su suerte.

¡Sí, quisiera conocer sus pensamientos!, insiste nuestro protagonista.

“¡Qué así sea!”, dice su guía, “volverás a pasar, como cuando viviste en el edén de los amos que cuidaba el guardián de la puerta, por la experiencia de estar encerrado en vida, al interior de un ser humano, oyendo y conviviendo con la conciencia interna de éste... ¡pero recuerda, nada podrás hacer!, sólo sentir, pasivamente, los pensamientos y sensaciones de la cárcel humana y viviente que te encierre... en este caso, ese muchacho oscuro cuyos pensamientos deseas conocer...”

No acaba nuestro protagonista de oír estas palabras, cuando se siente desmayar, hundirse en un abismo infinito. No por mucho tiempo. Al serenarse todo, se da cuenta que, algo o alguien, le impide movimientos y libre albedrío. Como si una coraza, corpórea y exterior, lo aprisionara por todos lados. Ha suce-

dido. Está al interior del muchacho oscuro. Las sensaciones que le llegan son violentas; no sabría definir las, pero son emociones internas agresivas, mal reprimidas, a veces opuestas entre sí. Una gran agitación reina al interior de su cárcel viviente. Él, encerrado ahí, también las siente llegar, irse, fluctuar y volver, como dolores vivientes que quitan toda paz y sosiego internos. Tremendos deseos sexuales, codicia, miedo infinito, odios exacerbados, ¡un caleidoscopio terrible de un infinito mal psíquico interno!

Por la mente del muchacho pasan, y por tanto ante nuestro protagonista, como en una pantalla de cine, escenas sueltas de su niñez y adolescencia. Su orfandad, ante la trágica muerte de sus padres, torturados por oficiales coloniales, por haber osado protestar contra la “ley civilizadora” e intentado organizar a algunos compañeros. Y sus abuelos, y los abuelos de éstos, corrieron análoga suerte. Hambre, un hambre ancestral; se ha sostenido con lo poco que logra robar, al precio de su pellejo, en zocos y otros sitios, en donde el blanco es un dios hostil. Le ha faltado toda la vida todo ese mundo dorado de luces que hay allá, al otro lado del río, y que, asentado en su propia tierra, siempre le fue negado a golpes y latigazos. Codicia todo lo de allá, de más allá del río. Pero no sólo con afán de posesión, de gozar riquezas y comodidades que nunca tuvo. Sobre todo, como una especie de deseo de venganza; quisiera poseer todo aquello para destruirlo, para vengarse. Para, aniquilándolos, mostrar a aquellos amos blancos que se sueñan omnipotentes, que él es un hombre, alguien también importante. Quisiera destruirlos, y con ellos su dorada civilización, para afirmarse como hombre. Destruir para ser, y ser para destruir a todos aquellos que siempre le negaron toda condición humana. Estos últimos pensamientos lo llevan a recordar el incidente del zoco, en el que, a aquella dama blanca joven, le arrebatará el dinero que quería regalarle. Un gran odio lo embarga al pensar en ella. ¡Nunca aceptará dádivas de esos verdugos!; ¡antes morir! ¡Hay que arrancárselas!, afirmarse así como hombre oscuro. Su odio aumenta. Quisiera haber tenido el poder de destruir esa muñeca blanca, humillarla. La codicia y hubiera querido humillarla poseyéndola. ¡Mientras más brutalmente mejor!, como ellos lo hicie-

ron con su raza, con sus madres y hermanas oscuras. Quisiera poseerla, a la damisela y ama, violenta y agresivamente. Atravesarla y partirla en dos; hacerla gozar y sufrir, ¡sobre todo sufrir mucho!, hasta romperle el espinazo. Deshacerla y volverla un guiñapo. Sangre por sangre, y ofensa por las mil ofensas recibidas por su pueblo oscuro de parte de aquellos cerdos.

Lentamente, el muchacho oscuro se va calmando. ¡Un pequeño remanso de paz interna en esa continua tormenta que aprisiona a su conciencia! Nuestro protagonista, encerrado en su cárcel viviente, en el muchachuelo, está literalmente anonadado por las sensaciones y pensamientos quemantes que le han venido llegando. Aun así, no pierde su presencia de ánimo y, como una exhalación, le llega a la mente, propio suyo, un pensamiento que es patrimonio del refranero de todos los pueblos: “quien siembra vientos, cosecha tempestades”. Y los amos blancos de los edenés “civilizados” del Viejo Continente han sembrado demasiado vientos en el martirizado continente ignoto... ¡las tempestades, cuestión de tiempo, serán espantosas!

No obstante, nuestro protagonista, no puede seguir dedicado a sus propios pensamientos, porque, en oleadas, vuelven a llegarle otras sensaciones atormentadas, e ideas tortuosas, del muchachuelo. El muchachuelo oscuro recuerda que, al filo de la medianoche, y ya debe estar cercana la hora, tiene reunión, en su barrio, con su cofradía. Pero, ¿cómo llegar ahora hasta allá?, ¡tan lejos y tan oscuro que está todo! Claro, los zombis, ¡los zombis! Los muertos vivientes que siempre acechan en la noche. Presencias fantasmagóricas, nocturnas, que salen de la tierra; y para atenazar a los oscuros, como él. Él, el muchachuelo oscuro, ¡hasta hace unos instantes capaz internamente de destruir todo el mundo de los amos blancos!, está aterrorizado. Supersticiones seculares hacen presa de él. Haciendo acopio de todo su valor, el muchachuelo echa a andar hacia su cita, al lejano lugar en donde se reunirá con su cofradía. Tendrá que atravesar toda la destaralada y peligrosa ciudad aborigen.

Nuestro protagonista, en su cárcel viva, está otra vez desconcertado por las mil sensaciones, y pensamientos, que la conciencia interna de su carcelero externo, el muchachuelo oscuro, le comunica. Sensaciones que se acrecientan, que se le clavan como

agujas, a medida que éste camina hacia su nocturna cita. En oleadas, le llegan sensaciones de terror, el muchachuelo siente, en cada sombra oscura y recodo que encuentra a su paso, a un ser sobrenatural acechándolo. Listo para saltar sobre él. Pero, ¡qué extraño!, estas sensaciones que lo sumergen en un tenebroso mundo onírico, en donde los viejos mitos de su pueblo parecen despertar, empiezan a mezclarse con una sensación de satisfacción y orgullo. Sí, orgullo; orgullo personal, porque los impalpables seres de la noche lo consideran digna presa. ¡Un hombre que vale la pena atrapar, y tratar como tal!, aun persiguiéndolo... y no como le sucede a los odiados amos blancos de más allá del río, que ni aun un animal lo consideran. Los seres míticos, ¡quién lo diría!, que oníricamente lo aterrorizan, por ello mismo lo afirman como ser humano. Los mitos ancestrales sirven así de refugio para recuperar una humanidad que el coloniaje le ha negado...

Por fin termina la nocturna caminata. Se ha llegado a las afueras de la ciudad; a un claro encercado por algunos árboles. Hay ahí una veintena de personas, todos aborígenes oscuros, hombres y mujeres, apenas iluminados por un par de fogatas. Y, entre las fogatas, una especie de estatua, rústica y de madera. Un ídolo o algo así.

El muchachuelo oscuro, a imagen y semejanza de lo que empiezan a hacer sus cofrades, inicia, ¿inicia?, más bien se desencadena en una danza. Pareciera la práctica de un exorcismo que sólo funcionara practicándolo; sólo en actividad intensa, y entrando en trance en él.

Las sensaciones que llegan a nuestro protagonista, valiera decir emociones violentas, encerrado al interior del muchachuelo oscuro, no sólo son agresivas... son también liberadoras. Con la danza, a cada momento más frenética, se desencadenan internamente en el muchachuelo mil represiones escondidas. Se libera en el baile, en las contorsiones, en cada movimiento. Como si, así, el huidizo y aparentemente sumiso ser que es ante el amo colonial, explotara. La danza lo libera de mil humillaciones y represiones coloniales... ¡Y pensar, se dice para su coleteo nuestro protagonista, que los amos blancos de los edenes sólo vieron "manifestaciones folclóricas" en todo esto!

Pero algo empieza a sucederle a nuestro protagonista. Como si todo girara y oscureciera en virtud misma del frenético baile. Parece perder la conciencia. Todo se apaga...

...Está otra vez en el vaporoso laberinto del espacio y del tiempo. Y a su lado su guía, el seguidor de tez oscura de Maese Apuleyo. Ha abandonado el interior del muchachuelo oscuro.

“¿Qué piensas ahora de tu experiencia sufrida?”, le dice su guía.

No sabe qué decir, ¡tantas, y en tan poco tiempo, han sido las sensaciones conflictivas que le han sido comunicadas! Material para reflexionar toda una vida. En todo caso, piensa, una cosa es clara... el sufrimiento ancestral, y continuo, de los oscuros habitantes del continente ignoto, ha creado en ellos extraños sentimientos. Disímbolos, contradictorios, desorbitados. Incluso deformantes y torturadores de toda realidad... una forma de defensa y de afirmación, por extraño que parezca, de la personalidad humana que tan largamente les ha sido negada. Una forma de liberarse, en tanto no lleguen otras tempestades que cubran en llamas todo el continente ignoto...

“¡Llegó, como sabes, esa liberación del continente ignoto, en tu época y en pleno siglo XX!...”, le comenta su guía, “pero con todas las secuelas y lacras debidas al doloroso proceso histórico que le dio luz, y algunos de cuyos incidentes has observado conmigo... muchas cosas, en tu época, son aún deleznable en este mártir e ignoto continente... El presente paga siempre un precio al pasado, y aquí, como te consta, el pasado ha sido terrible...”

Nuestro protagonista, escuchando y reflexionando sobre las palabras de su guía, está ensimismado, ido. Mil complejas ideas atraviesan su mente, relativas a los mundos de los humillados y ofendidos. Piensa en el futuro, en los descendientes de los oscuros habitantes del continente ignoto.

“...¡Loable pensamiento!”, complementa su guía, “pero... no tienes aún elementos de juicio para imaginar ese futuro... desconoces el destino, ¡y te conviene conocerlo!, de la gente oscura, cuando arrancada violentamente a su continente de origen, debió adaptarse a otras tierras y latitudes”.

¿Al Nuevo Mundo?, ¿en mi época?

“Sí”, termina su guía, “en el Nuevo Mundo y en tu época...”

más mundos de humillados y ofendidos... Ven, sígueme... los verás..."

Y acompañando la palabra y el gesto, comienza a andar en el etéreo laberinto del espacio y del tiempo.

Y él detrás. Una larga caminata hacia otro extraño destino.

LOS OSCUROS PIES DE BAAL-SAFÓN

Largo tiempo parece han estado andando, él y su guía. Aún así, no se vislumbran indicios de que aquel mundo, vaporoso y extraño, termine. El oscuro seguidor de Maese Apuleyo, su guía, sin dejar de andar y precederlo, empieza a narrarle una increíble historia.

"¡Tesalia, tierra maravillosa y misteriosa!... Como sabes, ahí aprendió nuestro Maese, Lucio Apuleyo, a dominar y controlar a las fuerzas arcanas, conocimientos que nos legó... ¡pero muchos más misterios, y saberes insólitos, encierra Tesalia!... has de saber que ahí está la montaña de montañas, la llave arcana entre la tierra y el cielo, el Olimpo... ¡la sede antigua de los dioses griegos!... y también sede del mayor almacén de secretos divinos, sobrenaturales, de todo el mundo antiguo, terreno celeste... Ahí era posible saberlo todo..."

¿Por qué me dirá esto?, ¿a qué conocimientos sobrenaturales querrá referirse?, rápidamente atraviesa esta idea por su mente.

"Te digo esto porque algo de ese conocimiento del Olimpo llegó a Lucio Apuleyo y, así, a nosotros... la historia, en particular, de un insólito Baal..."

¿Un Baal?, creo recordar que era el sobrenombre de una divinidad suprema, antiquísima, de los pueblos semitas...

"...no de una divinidad, sino de varias... En sí mismo Baal era sinónimo de Amo y Señor... eran, más que protectores de ellas, amos divinos de ciudades-Estado, los humanos siendo sólo sus habitantes mortales, sus administradores y esclavos... pero, entre estos potentados divinos, yo me refiero a un terrible Baal, a Baal-Safón..."

¿Baal-Safón?, ¿por qué terrible?

"...¡Baal-Safón!, aquél que reside sobre la montaña de los dioses, al extremo septentrional; así lo denominaban los antiguos semitas... ¡El Señor del Norte, el de los pies oscuros!... Como

todos los baales, un terrible ser que se alimentaba de incesantes sacrificios humanos, humanos abrasados en los pechos y hornos llameantes de estas divinidades... pero el furor y terrible carácter de Baal-Safón superaba a todos, ¡a causa de sus oscuros pies!”

¿Sus oscuros pies?

“Sí... tan poderoso y sobrenatural señor dependía, ¡como el más humilde de los mortales!, de sus pies para sostenerse... la más humilde y sufrida parte de su cuerpo, aquella que lo sustentaba era oscura, ¡y no lo podía soportar!... pensar que lo humilde y oscuro fuera el sustento de su divinidad lo enfurecía... su eterna cólera era terrible e infinita...”

Pero después de todo es una leyenda...

“¡Eh, no!... Por eso es una insólita historia... su despotismo y crueldad siguen reinando en el mundo, en tu época, en tu presente... en Tesalia se supo antaño que esto sucedería, y que, Baal-Safón, el Señor del Norte, establecería un imperio... precisamente en el norte del Nuevo Mundo... monstruos como él, como Belial, como Astarte, ¡cómo tantos!, siempre reinarán en tanto haya bastardos intereses... ¡Ya estuviste allí, en ese edén de los amos!...”

¡Santo cielo!... el edén que cuidaba el guardián de la puerta; la sede de gente de poder y soberbia, y corrompida... repugnante... ¡no quiero volverlos a ver!...

“...A ellos no los volverás a ver. A quien verás será a los humildes y sufridos pies oscuros de Baal-Safón, que él mismo se martirizaba... a los humildes y ofendidos de tez oscura, descendientes de aquellos que recientemente viste en el continente ignoto... Contemplarás todo esto en tu presente...”

Aquí termina la charla, la insólita historia contada por el seguidor de Maese Apuleyo. La caminata en el etéreo laberinto del espacio y del tiempo sigue adelante. Y nuestro protagonista tras su guía. Pensando en la suerte y destino de la gente oscura.

Entre las nubes perdidas, en aquel ambiente que más parece un elástico camino donde tiempo y espacio pierden su significado, un sonido tenue empieza a llegar; una música, débil, pero cadenciosa, sensual, extraña... algo que despierta ciertos, no todos, sentidos. Hasta ahora, salir del laberinto del espacio y del tiempo llevaba a escenas y paisajes nítidos, recortados. ¡No era

ahora el caso!, las sensaciones que a nuestro protagonista ascendían no eran solamente sensuales, sino pegajosas, y a la vez invisibles. Algo, música lenta y penetrante en los graves, sin agudos, que parecía implicar una sorda manera de pensar, de concebir la vida, ¡una vida espiritual hecha música, que quisiera representar el sentir de todo un pueblo!, sin querer ser vista. Ceguera, ceguera intensa... pero sentir auditivo, se diría que táctil. Algo oído y palpante, ¡en función de ello se vibraba!, sin ser visto. Sin que los ojos fueran necesarios. Una sensación que anestesia, desarticulante, que no deja “pensar racionalmente” y que hace aflorar el subconsciente. Todo esto parece apoderarse de nuestro protagonista. ¿Qué pasa?...

“Estamos llegando”, dice su guía, sin que ninguna escena se aclare, o se perfile. Frases cadenciosas, sordas y embriagantes, se hacen oír. *Soft as velvet... soft as silk... on the heart...* Suavidad, ternura, sentimientos cantados que salen del corazón...

“El soul, hecho música, de los habitantes oscuros del nuevo continente”, comenta el seguidor de Maese Apuleyo.

No entiendo...

Su guía no contesta; sigue adelante y abriéndole el camino. Aquella música y canto embriagadores se hace cada vez más notar. Entre brumas, ciertas siluetas empiezan a diferenciarse, algo, siempre en una suave penumbra. Comienza a recortarse y distinguirse; siempre dentro de esa espiral sonora que, nuestro protagonista, más que sentir que lo atenaza, lo desarma. Enajena y tranquiliza, tranquiliza enajenándolo.

Pero su guía vuelve a hablar.

“El soul es un ideal de oscuridad, de la gente de piel oscura, y de humanidad... afirma las cualidades del pueblo oscuro sobre el resto, sus explotadores directos e indirectos, de los habitantes de este edén de los amos del norte, de este imperio contemporáneo tuyo, de Baal-Safón... el soul no sólo describe, implica y establece un juicio de valor sobre dos mundos; el suyo, el de la gente oscura, y, en contra y sobre, el de los otros, el resto. ¡Todas las formas de cultura se encuentran en el soul!, ¡el soul es una ideología, el alma de la gente oscura!... se expresa de mil maneras de vivir, y en especial en su música; música espiritual, blues, danzas, ritmos diversos... multifacética forma de expre-

sar un pueblo su sentir, su historia, ilusiones y frustraciones, su individualidad, ¡todo!...”

Pero entre la penumbra de la escena que va precisándose, las siluetas van tomando cuerpo. Una treintena de hombres oscuros, sentados en el suelo, de cemento. Algunos más en viejas y destartadas sillas. En una sala que parece ser un viejo taller, o un almacén abandonado. En un extremo del mismo, ante un piano antiguo, un hombre de cierta edad que, en su humildad, viste como un dandy. *The count Joe*, dice alguien de los sentados, el conde Joe, un sobrenombre sin duda. El conde Joe toca y canta, ahí, para su gente.

De manera cadenciosa, viviendo, se diría, lentamente lo que toca. Y de igual manera canta; sin agudos, voz pastosa y grave, que se arrastra y embriaga. Toca y canta oscilando suavemente, con un sentir táctil de su música. Y con los ojos cerrados, como si soñara. Igual sucede son su auditorio. Se contonean lentamente, moviendo acompasadamente cuerpo y brazos, y dedos de la mano. Casi todos con los ojos cerrados. Se diría que ejecutante y auditorio viven, comunitariamente, una transcendental experiencia religiosa. Eso es lo que parece; una extraña y musical experiencia religiosa, en la que el conde Joe es un sacerdote que comunica mil escondidas e íntimas vivencias. El alma de todo un pueblo. Ayudan a reforzar este ambiente hasta los detalles triviales, nimios, como la débil luz que malamente ilumina el lugar.

La letra de lo que se canta también impresiona, emociona y enternece, valdría decir, a nuestro protagonista. Habla del amor de la gente oscura, de su atormentada historia, de pasados esclavistas no tan lejanos, ¡de tantas cosas! Expresa una mezcla de alegría y sufrimiento, de una gran sensibilidad de gente que, aun en la adversidad, quiere afirmarse, frente a todo y todos, como seres humanos. Sufrimiento, ternura, alegría, orgullo de raza oprimida... ¡en música y canto!, ¡el soul! Un grito conmovedor que sale de lo más profundo de un pueblo. Si la sensibilidad atormentada pudiera tomar forma corporal, sería en aquella gente. Sería esa gente. Esa.

Finalmente, esa comunión durante la que cierto tiempo, musical y casi religiosamente han convivido algunos hombres os-

curos empieza a disolverse. El conde Joe calla. Debe ser tarde, muy tarde. Hora de volver a casa.

El guía de nuestro protagonista, el seguidor de Maese Apuleyo, le señala a un joven oscuro, uno de tantos de los que volverán a casa. "Sigámosle... Has visto, ¡oído y sentido mejor dicho!, la expresión sorda y espiritual de la sensibilidad de este pueblo oscuro del norte del Nuevo Mundo; de una ternura que, he observado, te conmovía y embriagaba... ¡Verás ahora la otra cara de la moneda!, la vida es contradictoria y complicada... Sigamos a ese joven..."

No dice nada; sigue a su guía, y ambos al joven elegido.

El joven sale a una calle oscura y estrecha. Realmente sí debe ser muy tarde. Hace frío. Se tapa como puede, y mete, con un estremecimiento, las manos en los bolsillos de un pantalón estrecho y raído que lleva. En su andar, a veces vacilante, como si temiera algo, y a veces violento, se nota cierto nerviosismo. Una frase, involuntaria, se le escapa en voz alta. "...¿Qué dirá mamá Clare?... ¡A estas horas!..." Aprieta el paso. Súbitamente se detiene, fija la vista hacia un recodo del fondo de la calle que recorre, y mira también, nervioso y alocado, hacia atrás y hacia los lados. Como buscando instintivamente una vía de escape.

Al fondo de la calle, en un recodo que hace una esquina, se dibujan como siluetas vivientes. Como sombras chinescas que se mueven lentamente y acechan. Son varias. Súbitamente, de esas siluetas sale un grito de guerra, agresivo: "¡Es Billy, el cerdo ese de la pandilla enemiga del este del barrio!... ¡Nos la debe, a por él!" Palabras que desatan una cacería loca. Las sombras chinescas se han movilizado ahora con una rapidez de vértigo. Son seis o siete jóvenes, también de piel oscura como el denominado Billy, que van a por él. Unos llevan palos, los más cadenas que agitan en el aire. Algunos piedras. Billy empieza a correr desesperado hacia atrás. Pero sus perseguidores van, lentamente, acercándose. Alguna piedra silva a su lado. Algo lo golpea cerca de la oreja; sangra, su camisa se humedece. Pero no cesa de correr con todo lo que da. No siente el cansancio, la desesperación lo elimina. Corre, corre y comienza, por fin, a dejar atrás a sus perseguidores. Hasta que en el recodo de una calle estrecha los pierde. Está maltrecho, sangrando, y ahora sí siente el cansancio.

Pero se escapó. Mira hacia los lados, como intentando reconocer dónde está. Duda unos instantes, pero al fin echa andar. Diez minutos o así debe haber estado caminando. Por fin llega frente a lo que parece una casa desvencijada, vieja y destartada, con una puerta gruesa de madera a la que da acceso una sucia escalinata, dos o tres escalones, que en sus tiempos debió ser de losas blancas. A tientas parece colocar una llave, y entra.

Los acontecimientos que se desarrollaron delante de nuestro protagonista, y con el seguidor de Maese Apuleyo, privilegiado observador, despiertan su profunda curiosidad. ¡Del tierno y penetrante, sordamente penetrante soul, a esta cacería nocturna entre pandillas de una misma raza y pueblo!, ¿qué sentido tiene esto? Su guía le responde lacónicamente, "... entremos tras Billy, en la casa de Billy, con mamá Clare..." y, con ese poder maravilloso e inexplicable que dan las fuerzas arcanas, que controla el guía y que tantas y tantas cosas le han permitido ver y vivir, salvando distancias y ritmos temporales, siente que la vieja casa de Billy se disuelve, se vuelve incorpórea; entran, penetrando sus muros y paredes, como si éstos fueran simples fluidos vaporosos. Están ya dentro y, en un cuartucho de mala muerte, dos personas. Billy y mamá Clare.

Dos camastros pegados a una pared. En el medio una mesa de madera tan maltrecha que pareciera se sostiene de milagro. A un lado, en el suelo, ropa, muchísima ropa; camisas, calcetines, de todo. Y, sobre la mesa, mamá Clare planchando; esto es, hasta que ve a Billy. Mamá Clare, una mujer de piel oscura, de edad indefinida, gorda. Ajada, más que por la edad, por el trabajo y el sufrimiento. Interpela violentamente a Billy.

"¡Mira qué fachas!, ¡y a qué horas, y sangrando con la ropa casi destruida!... ¡Otra vez, seguramente, una pelea entre esas pandillas a las que perteneces!... ¿Por qué fue ahora el problema?, ¿otra vez por drogas, por alcohol?... ¡Eres igual que era ese cerdo alcohólico que fue tu padre!... Y, mientras, yo aquí, muriéndome trabajando horas y horas para que un animal como tú pueda comer... ¡Un vago!..."

"...Mamá Clare... lo que pasó es que...", logra apenas responder.

"¡Calla!... ¿Por qué no eres como tu hermana?, una mujer

honesto y trabajadora... ¡Eres una lacra!...

Billy, al oír esto último, súbitamente explota. Como si destapa un ancestral rencor de raza. Algo que duele y que lleva muy hondo.

“¡Mi hermana, la señorita sería y trabajadora!... ¡Qué asco!”, y escupe al suelo. Pero continúa, “... mi hermanita santa, ¡quiere imitar a las señoritas blancas, ser como ellas, y se avergüenza de nosotros!... de su gente, de su raza, ¡y para lo que le pagan por humillarse así!... trabaja dos veces más que una blanca y le pagan la mitad... ¡Y aún así cree que ya la estiman de los suyos!, ¡imbécil!...”

“¡Al menos trabaja, se sostiene a sí misma, y no es ni drogadicta ni alcohólica como tú, y como lo fue tu padre!”, explota mamá Clare.

“Sí, ¡claro!... ¡la honorable jovencita sigue las normas de las blancas!... ¿sirve para algo hacerlo?... ¿qué podemos llegar a ser nosotros los de piel oscura?... ¡Hasta los siete años creemos ser como todos!, después descubrimos que no, que los caminos están cerrados... que sólo podemos vivir traficando con drogas, robando, con el juego, ¡y aún en eso son los mafiosos blancos los jefes!... ¡Claro, alguno triunfa!, ¡uno de un millón es músico, o boxeador de fama!, si es que antes no lo han destruido a golpes... ¿Qué fue mi padre?, ¡dices que un alcohólico!... ¿no fue a la escuela muchos años, y estudió, y nunca tuvo trabajo?...” Y, repentinamente, como avergonzado de sí mismo, y perdiendo todo control de sus propios nervios, Billy empieza a sollozar, amargamente. No cesa entonces de repetir, “...lo que pasa es que tú no me quieres, mamá Clare... tú no me quieres...” Lloro desconsoladamente; un alma atormentada y conflictiva, de reacciones impredecibles.

Mamá Clare, esa matrona humilde, aparentemente tan violenta, se enternece. Se acerca a él y lo acaricia.

“...Cálmate, Billy, cálmate... ¡Mira, te voy a hacer algo de comer, mientras te lavas!, después dormirás tranquilo”. Billy se calma; en sus ojos se nota un gran cariño y admiración por mamá Clare; lo es todo para él. Él será como será, pero mamá Clare es lo máximo para él. Pareciera como si, en aquella pequeña célula familiar de la humilde gente oscura, la mujer, la madre, lo fuera

todo; como en un matriarcado.

Finalmente ambos se abrazan. Billy se lava, come, y se acuesta en uno de los camastros del cuartucho. La noche sigue su curso. . .

“¿Qué piensas de lo que has visto?”, pregunta el seguidor de Maese Apuleyo, su guía, a nuestro protagonista. “¿Qué piensas de Billy y mamá Clare?”

Está pensativo, también emocionado por la escena pasada; pero algo contesta, “... No sé... muchas ideas pasan por mi mente... creo, no obstante todo, que las almas conflictivas de esta gente reflejan una humillación, una marginación, unas ofensas de décadas, de siglos... en mucho se parecen a las gentes oscuras de otras épocas, que ya me mostraras en el continente ignoto...”

Su guía no le responde enseguida; parece preferir que nuestro protagonista se ensimisme, madure y reflexione sus experiencias y pensamientos. Al fin habla.

“Algo más tienes que observar aquí... dejemos que venga el día... veamos algo más de la vida de Billy...” Como por encanto, parece que la noche se ha deslizado en unos instantes. Billy ya está vestido; algo de desayunar, amorosamente, le ha dado mamá Clare. Sale a la calle; hay sol. Por su altura, deben ser entre las diez y las once de la mañana.

Una calle sinuosa, amplia pero sucia. Con construcciones humildes a ambos lados. Tiendas también, y también al aire libre, en donde parecen ofrecerse mil baratijas y cosas. Billy se para un momento, observa. Se diría que en los ojos brilla cariño, afecto por esa calle. Su calle, su región, su hábitat, su coto donde vive y sufre. Diríase, por su aspecto, que aquella calle no es una calle cualquiera; es su calle.

Pulula toda clase de gente humilde; pero por su aspecto y vestimenta se diría todos lumpen. No parece que ahí se pueda, aun si se quiere, ser otra cosa. Todos, absolutamente todos, gente oscura; de piel oscura.

Silvando una pegajosa tonada, algo que recuerda lo que le oyera tocar la noche anterior al conde Joe, echa a andar por la calle.

Se encuentra con otros jóvenes de su tipo. Charlan, ríen. La calle es para ello, no un camino para transitar e ir de un lado a

otro, sino el centro vital de reunión y vida. La calle es el hogar ahí, la casa, la verdadera casa.

Un fugaz pensamiento cruza la mente de nuestro protagonista observador de aquella insólita gente y calle: “¡Un ghetto, un ghetto!...”

“Sí”, responde el seguidor de Maese Apuleyo, “un ghetto... una colonia interna del edén de los amos del norte del Nuevo Mundo... ¡porque has de saber que en los edenés, en las ciudades imperiales de los amos, hay también colonias internas; los oscuros pies de Baal-Safón!... pero sigue observando...” Y su guía le indica un extremo lejano de la calle.

Algo sucede en ese extremo de la calle. Mucho escándalo. Ruido de bocinas, sirenas y altavoces. En lo alto, el ruido de un helicóptero que pasa rosante. Y mucha gente de uniforme, bastón en mano. Otros con unos rifles extraños. Parecen policías. El “orden institucional” parece haber llegado. Parecen buscar a alguien; a más de uno, por el despliegue de fuerzas. Una razzia por sorpresa. Con brutalidad inaudita golpean, arrastran gente; la insultan.

“¡Todos, cerdos oscuros, contra la pared!... ¡rápido!...”, gritan los altavoces.

Carreras locas por toda la calle. Unos con éxito, otros sin esa suerte, tratan de escapar a esa brutalidad. Los que lo logran, ya calmados y a distancia, miran con un rencor y odio indescriptibles a los recién llegados. ¿Policías?, ¡no!, eso parecen por su uniforme... pero, en realidad, lo que allí actúa es una armada colonial de ocupación.

Nuestro protagonista observa alucinado los acontecimientos. Una escena que difícilmente olvidará.

Su guía le habla. “¿Te parece brutal todo esto?... ¡no es de hoy, en el norte de este Nuevo Mundo!... es ancestral la brutalidad contra la gente oscura... En el siglo XVIII aquí decían los amos que los oscuros son esclavos, y los esclavos, oscuros, y por tanto seres degradados y despreciables, y en consecuencia actuaban contra ellos... en el siglo XIX decidieron que los oscuros sólo llevaban tres quintos de hombre libre... y, en este siglo, ¡ya ves!...”

Pero, logra articular nuestro protagonista, ¿fue siempre esta

la suerte de la gente oscura, aun en mi época, en todo el Nuevo Mundo?

“... ¡lo verás!...”, dice su guía, “... juzgarás por ti mismo...”

No acaba aún de terminar esta frase cuando, a un gesto de este seguidor de Maese Apuleyo, todo empieza a desaparecer y difuminarse. Otra vez están en los etéreos e incorpóreos vericuetos del laberinto del espacio y del tiempo.

Su guía, sin dejar de andar en aquel fantasmagórico e increíble laberinto, vuelve a hablarle.

“¿Recuerdas el país del feroz Piracmón?”

Sí, ¡lo recordaba! Aquella satrapía tropical, de feroces amos emedallados y de uniforme, sirvientes serviles de los amos del edén norteño, de los verdaderos amos. ¡Claro que recordaba a aquellos amos de segunda, corrompidos y feroces!

“...Hacia allá vamos... verás la vida y destino de su gente oscura...”

Ahora el guía calla y anda. Y, tras él, nuestro protagonista. Imaginando ya, por lo que ya ha visto, cuál puede ser la suerte de esa gente, humillada y ofendida. ¡Hay tantos humillados y ofendidos, diversos, pero se parece tanto su sufrimiento!

OBATALÁ, EL DE LOS CIEN NOMBRES Y MIL CULTOS

“Sabes”, dice el guía, “entre los grandes señores y potentes divinidades que hay y ha habido, y cuyo control sobre las fuerzas arcanas, sobre lo sobrenatural, que alcanza niveles inconmensurables, está Obatalá... un orixá...”

¿Obatalá?, ¿un orixá?, ¿qué es un orixá?

“¿Recuerdas tus experiencias en el continente ignoto?... ¿recuerdas aquellas terribles travesías oceánicas que, destruyendo gente oscura de ese martirizado continente, llevaban esclavos al Nuevo Mundo?”

¡Quisiera no recordarlas!, dice nuestro protagonista, en tanto que por su mente pasan, rápida y dolorosamente, escenas bestiales, sobrecogedoras.

“...pues esos esclavos solían ser ferozmente atrapados en una costa muy particular, oceánica, del continente ignoto... ¡El nombre lo dice todo!, la costa de los esclavos... Allí nacieron, antes del arribo de las bestias blancas de los edenes de los amos,

entre la gente oscura, los orixás... los dioses de aquel martirizado pueblo... ”

Y Obatalá es un orixá, un dios tutelar de la gente oscura de la costa de los esclavos del continente ignoto...

“... ¡No solamente eso!... Obatalá es, fue y es, el mayor y más importante de los orixás... una atormentada y potente divinidad oscura, que no ha dejado nunca de intentar proteger a su pueblo, a través de océanos y a través del tiempo, en el continente ignoto y en el Nuevo Mundo, a través de la esclavitud, y aún después de ella... ¡En tanto su pueblo sufra, y la esclavitud tome, abierta o indirecta e impalpablemente mil formas diferentes, siempre lo hará!... ”, concluye su guía.

Por las dolorosas escenas que he venido observando desde que estás a mi lado, ¡oh, seguidor de Maese Apuleyo!, no parece que Obatalá haya tenido mucho éxito en sus intentos de proteger a su pueblo...

“¡Porque no tiene una tarea fácil!, a pesar de que, como el mayor de los orixás, simboliza las energías productivas de la naturaleza... Ten en cuenta que los amos de los edenes tienen a su lado legiones de malignas divinidades protectoras, como Astarte, Belial, Baales como Baal-Safón, el feroz titán Piracmón, ¡tantos!... todos ellos llenos de brutalidad, crueldad, corrupción e intereses creados, todo lo cual transmiten a sus adoradores, esos seculares e inhumanos represores de la gente de piel oscura, y de otros humillados y ofendidos que en el futuro conocerás”.

Sí, es cierto... ¿pero, cómo puede así Obatalá lograr algo?

“... Una divinidad tiene siempre mil recursos para ello, sobre todo cuando encarna el sufrimiento de pueblos y asume su defensa... Obatalá, en particular, lucha adoptando cien nombres, y mil cultos... porque de mil maneras diversas la gente oscura le rinde homenaje y culto, y de mil maneras se hace llamar... Obatalá, Orixalá, Oxala, ¡incluso hasta como Jesucristo oscuro es adorado en el nuevo continente!...”

¡Como Jesucristo oscuro en el nuevo continente!, ¿quizás porque, a la manera de éste, afronta sobre sí mismo los dolores y martirios de su gente, de su pueblo?, piensa nuestro protagonista.

“No, no por eso... si pudiera, más quisiera Obatalá encarnar

al Ángel Rebelde, a la soberbia ineludible de la rebeldía social, encabezando a su pueblo contra la opresión, ¡no es adicto Obatalá a la mansedumbre y a poner la otra mejilla!...”

¿Entonces?

“...porque, durante el pasado esclavista, los amos en turno de los edenes, para mejor someter los cuerpos oscuros sin resistencia alguna, pretendían destruir hasta sus raíces, los mitos y valores culturales de estos humillados y ofendidos... y, para tan bellaca tarea, emplearon, ¡forzaron a la gente oscura a ello!, el culto cristiano, porque sus representantes institucionales, la Iglesia de los amos, podía así más fácilmente predicar el irremediable y fatal destino manifiesto de sojuzgamiento de los oscuros...”

Razón de más para que Obatalá no quisiera nunca asumir el papel de un Jesucristo oscuro...

“¡Por lo contrario!”, dice el guía, “¡fue la razón de peso para hacerlo!... pues era la única forma, por intermedio del aspecto externo de otra divinidad, permitida y propiciada por los amos, como podía Obatalá acceder y consolar a su gente... Cultos, en lo exterior y superficial, rendidos por la gente oscura a una divinidad que no era la suya, y, en lo que realmente se siente y por eso importa, sólo dirigidos a Obatalá...”

Queda meditando nuestro protagonista en lo que ha oído. Piensa que, ¡cuántas veces!, humillados y ofendidos de diverso tipo y origen, en su religión y en sus mitos, con mil subterfugios diferentes, han conservado su personalidad, su orgullo de raza, de pueblo. ¡El único refugio, de tipo ideológico, que les quedaba!, transformando así mitos y religiones en un baluarte, el último, de defensa de su propia humanidad.

Su guía no contesta. Sigue su andar, y él detrás, en ese incomprensible laberinto del espacio y del tiempo, que tantas experiencias y observaciones le está permitiendo. El laberinto del espacio y del tiempo se le asemeja a un omnipotente microscopio social, por cuyo intermedio le es concedido acceder a mil vidas y mundos diferentes. Está ahí, con su guía, aprendiendo cosas que cien generaciones, en cien años, no lograrían.

Pero, un débil y lejano murmullo empieza a llegarle. Aumenta lentamente su intensidad. Y música, mezclada con ese

ruido sordo e inconfundible de una multitud. Parece una música frenética, pero con un ritmo extraño. Le recuerda, no sabe en qué, extrañas danzas que viera en el continente ignoto. Empieza a perfilarse una escena. Y siente calor, mucho calor; pegajoso.

La escena se precisa, se detalla por instantes. Bajo un sol tropical, construcciones modernísimas, edificios altísimos, a las orillas de una inmensa playa. Frente a un mar azul y maravillosamente transparente cerca de la playa. Una playa anchísima, de arena fina casi blanca. Con el sol a plomo que cae se antoja es arena calcinante.

El ritmo frenético de la música se vuelve alucinante. Centenares y centenares, quizás miles, de gente oscura. A la distancia parece una marea que oscila, cuyos átomos se movieran acompasadamente. Pero la escena se acerca, se achica; nuestro protagonista puede ya observar detalles precisos.

Danzantes; danzantes vestidos casi de mil colores; sobre todo muy fuertes y chillones. Parece que, más que bailar ellos como un todo, cada parte de su cuerpo tuviera un frenético y autónomo movimiento. Los brazos, las manos, la cabeza, las piernas, las rodillas, todo pareciera, en cada uno de estos seres, moverse luchando entre sí. El resultado es una danza indescriptible pero bella, muy bella y embriagadora. Al extremo, eso parece, de provocar un insólito estado de enajenación en cada danzante; bailan como si la vida les fuera en ello, en trance. Como poseídos internamente por fuerzas extrañas. Eso es, poseídos que danzan, sin parar, sin descanso. Se tiene la impresión de asistir a una ceremonia mística. Un misticismo extrovertido, que se expresa con cada centímetro cuadrado de piel oscura. Pero no todos aguantan el ritmo; algunos se desmayan...

“Eso es debido”, le comenta su guía, “a que llevan muchas horas bailando incesantemente... más de un día...”

También hay ahí músicos, extraña y lujuriosamente vestidos. Con colores llamativos; y también danzan. Pero su danza sólo es el acompañamiento de los movimientos que hacen, rítmicos, al tocar extraños instrumentos, instrumentos de percusión, y cualquier tipo de instrumento. Agitan vainas vegetales secas que algo llevan dentro; como granos maduros o piedras. Como maracas. Un sonido extraño y penetrante. Con ello acompañan el

tocar sordo de instrumentos de percusión; tambores extraños y rudimentarios de diverso tipo.

Algunos cantan, con voz grave y acompasada, cadenciosa. Un cantar repetitivo y sordo que, incesantemente, repite: “¡Jesucristo oscuro de las aguas!...”, mientras que los más, al mismo ritmo, contestan: “¡Obatalá!... ¡Obatalá!... ¡Obatalá!...”

“Una fiesta religiosa”, le indica su guía, “para propiciar la bondad de las aguas que, bajo el aspecto del culto al Jesucristo oscuro, rinde profundo homenaje a Obatalá...”

En la playa, a las orillas del mar, alguien, rica y vistosamente ataviado, parece en trance, pero en un trance extraño. Canta sordamente, mirando hacia el mar, como poniendo la vida en ello. Parece una extraña misa porque detrás de este personaje, y sobre un altar hecho de palmas y ramas, parece haber una estatuilla, un ídolo o un santo, o algo así. Parece un Cristo, pero oscuro, vestido curiosamente con telas de color chillón. Con ofrendas extrañas como anillos de plomo, y otras cosas más. Pareciera que esos adornos son algo más que decorativos, como si tuvieran un significado místico propio.

¡Parece un fetiche!, piensa, viendo todo esto nuestro protagonista.

Su guía mueve lenta y negativamente la cabeza: “...No... no es un fetiche... fetiche es el culto sobrenatural a las cosas, como si en sí mismas las cosas adquirieran vida e importancia propia... ¡Eso han dicho los amos de los edenes de todas las épocas y que han sojuzgado a esta gente!, ¡que eran pueblos salvajes y primitivos, que adoraban a las cosas inanimadas en sí, a fetiches!...”

¿Entonces?

“...Entonces sucede que son símbolos vía los cuales se comunican, a pesar de cierta apariencia cristiana de la imagen adorada, con Obatalá... ¡no debiera sorprenderte!, porque también los cristianísimos amos de muchos edenes, que se llaman civilizados, adoran, ante su imagen, a Jesucristo, y no al material con el que la imagen esté hecha... una religión llama fetiches y magia a otra cuando ha triunfado socialmente y se ha institucionalizado oficialmente... esto es, cuando han triunfado los intereses de quienes la practican...”

Nuestro protagonista, oyendo esto, parece soñar. Piensa en lo que socialmente significa Obatalá para esta gente, y en lo que significa su festividad; seguramente una ocasión, muy esperada, para liberar mil energías, mil deseos contenidos, mil frustraciones que, al menos una vez de tanto en tanto, rompe el ritmo diario y continuado de vidas humildes, llenas de privaciones y carencias, sin satisfacciones y alegrías; como no sea el tener que luchar para sobrevivir cotidianamente...

“Así es”, confirma su guía, “... y verás, ahora, en qué consiste ese luchar cotidiano de esta gente oscura, para sobrevivir...”

La alucinante escena de la playa se diluye, desaparece. Todos los ruidos se apagan. Otra vez el laberinto del espacio y del tiempo. No por mucho tiempo. Parece que sólo transcurrieron instantes para nuestro protagonista. La escena se aclara una vez más. Casi la misma escena de antes. La gran ciudad tropical, a las orillas de un mar azul bellísimo; y un sol que cae a plomo. Pero, esta vez, la atención ya no se centra en la playa; ni tampoco multitudes inmensas o desencadenadas en alguna celebración o festividad religiosa, extraña. La escena empequeñece, parece orientarse a una parte distinta de la ciudad. Alejada de la costa, en las afueras, en la periferia de la gran urbe. Ahí donde esa periferia empieza a confundirse con montañas que encierran todo. Una frontera urbana de conformación bien distinta a lo que nuestro protagonista viera a las orillas del mar o del océano. ¡Dónde quedaron aquellos edificios y construcciones lujuriosas, modernísimas, que parecían arquitectónicamente anunciar siglos futuros! Lo que ahora aparece es un amasijo de viviendas, ¡de alguna manera hay que llamarlas!, que respiran hambre y marginación. Marginación de todo tipo. Una “solución urbana” de quien, a excepción estricta de sus dos manos vacías, no tiene absolutamente nada para construirse un techo bajo el que, más que vivir, derrumbarse. Distribuidas caóticamente, formando algo que malamente pudieran llamarse calles, calles de tierra y de fango, viviendas literalmente construidas “como se pueda y con lo que se pueda”. De maderas viejas en donde su uso original es ya inidentificable, de láminas viejas, de cartón prensado, ¡de todo! Y, aquí y allá, algo que quisiera simular una puerta, o una ventana, o quién sabe qué cosa. Y aún así, parecen “residencias”

al lado de otros más singulares antros de vida. Porque cerca y en las faldas de la montaña que rodea aquello se distinguen cuevas. Cuevas literalmente cavadas en la ladera; como si el mundo hubiera retrocedido milenios. Y todo esto sumergido en un indistinguible, pero insoportable para nuestro protagonista, hedor que pareciera desprender la tierra. El que se desprende de un muladar. Una región olvidada de eso que llaman "civilización", con la que, en simbiosis absurda, convive la gran urbe.

¡Zonas marginadas!, piensa nuestro protagonista, recordando ya haber visto, en las fantásticas experiencias que viene viviendo, cosas así...

"Sí", le dice su guía, "¡zonas marginadas!... barriadas de humillados y ofendidos, favelas, barrios de latas, colonias marginales, ciudades perdidas, ghettos... ¡tantos nombres tienen como mundos de humillados y ofendidos hay a lo largo y ancho del mundo!, y, como queriendo anunciar así sus progenitores, siempre a las orillas y extremos de los lujuriosos edenes urbanos de los amos... pero, observa ahí..." Y, diciendo esto, el seguidor de Maese Apuleyo acompaña el gesto a la palabra indicando algo. Una de las indescriptibles viviendas.

Delante de lo que pretende ser su entrada, varios seres de piel oscura. Cinco. Una mujer que, por ciertos de sus rasgos y acciones debe aún ser joven. Pero avejentada. Tres niños de corta edad, quizás entre cinco y ocho años. Semidesnudos; si acaso una camisita y algo que parece un pantalón cortado en la rodilla, y descalzos. Uno de ellos, el más pequeñito, está echado sobre un improvisado lecho de palmas. Suda, y se estremece con escalofríos, a pesar del calor calcinante. Visiblemente está enfermo. La mujer, echando de vez en cuando una mirada furtiva al niño enfermo, se afana ante un fuego, intentando calentar unas latas, que sirven de "mil usos", de cazuelas y todo; la "vajilla" de estos habitantes, a vida subhumana, de la barriada marginada de la gran urbe. El quinto personaje es un hombre joven, vestido escuetamente, como los niños. Está cabizbajo, con aire compungido. Pareciera, en su preocupación, esperar algo o alguien. La mujer parece lamentarse...

"¡Obatalá nos está abandonando!... en todo el día, hasta ahora que has llegado con el agua, no he podido preparar alimento

para los niños, ni aun para el enfermito... ¡Cuánto has tardado hoy!...

El hombre contesta apenado: "Sabes que tengo que subir a por ella muy lejos arriba en la montaña... también pasé a ver al viejo para que venga a ver al niño, ahora vendrá... Además, hay unas construcciones nuevas que están haciendo cerca, y a veces en eso dan trabajo algunos días... Fui a ver, ¡sin suerte!, había tanta gente pidiendo el trabajo, y sólo agarraron a unos veinte..."

Pero, alguien viene. Un anciano enjuto, oscuro, vestido como toda aquella pobre gente casi con nada. Lleva un pequeño morral, como una bolsa colgada del hombro; de ahí parecen salir algunas hierbas y raíces.

Ve al niño enfermo en tierra, y, sin decir más, arrodillado, lo examina atentamente con la vista. "¡Los malos espíritus lo dominan!", exclama, e indica a continuación se hiervan unas raíces que saca del morral. Lo que prestamente se dispone a hacer la mujer.

¡Un curandero!, piensa nuestro protagonista.

El curandero empieza el tratamiento. De rodillas ante el niño, parece entrar en trance. Invoca nombres incomprensibles y hace, sobre el cuerpo del enfermo, ademanes extraños. De expulsión de demonios del cuerpo se trata sin duda. En esto, la mujer acerca una lata ya con las hierbas hervidas que pedía el curandero. Éste, reclinado sobre la cabeza del niño, obliga a beber al niño el extraño líquido de la lata. Y vuelve a su trance, a los ademanes que parecieran querer controlar fuerzas sobrenaturales...

Nuestro protagonista está como hipnotizado viendo aquello. ¡Magia y medicina primitiva!, el único servicio médico, se dice, que pueden permitirse aquellos humillados y ofendidos. ¡El país de Piracmón ofrece contrastes notables!, piensa recordando la escena multitudinaria de la playa en honor a Obatalá, y frente a edificios modernísimos que parecen adelantarse en el futuro.

"...Contradicciones notables", responde su guía y seguidor de Maese Apuleyo, "¡y aun así, si vieras!... Hay quienes creen, a sueldo de Piracmón, el feroz sátrapa de esta tierra, y sirviendo sus intereses, que es la nación perfecta... y así lo gritan a los cuatro vientos..."

Oír esto, para nuestro protagonista, y recordar lo que ya empezaba a ser una experiencia lejana, “el Atuneo de los Diagogos”, es todo uno. A la mente se le vienen aquellos mediocres, “intelectuales”, de su época en que fuera Medianillo como ellos, que vendían su “libre albedrío” al mejor postor, con tal de llevar una egoísta vida muelle. . .

“Sí”, completa su guía, “¡diagogos de Piracmón!... pero te conviene verlos en acción”. Y, con un gesto, el seguidor de Maese Apuleyo, hace desaparecer la escena para que, casi instantáneamente, se perfile otra.

Otra vez la gran urbe; la playa y las lujuriosas construcciones a las orillas del mar. La escena se restringe, se enfoca hacia una altísima construcción moderna; a un piso intermedio, de grandes y amplios ventanales, en particular. Parece que ventanas y muros se disuelven, y se encuentran, nuestro protagonista y su guía, en un enorme salón. Una sala de conferencias, cubierta de raso y terciopelo, y con lujosos candelabros colgantes. Con aire acondicionado. La escena marina que se ve por los amplios ventanales es magnífica. Realmente un lugar agradable.

El público está elegantemente vestido. Pero en ellos se observa, en los integrantes del público, cierto estudiado descuido en el atuendo, y una sutil pedantería en los gestos. Incluso displicencia; frivolidad se diría.

Al fondo de la sala, sobre un estrado y ante una mesa, alguien, de la misma especie que el público, habla. Sobre él, en lo alto de una pared, un lujoso escrito en letras doradas en bajo-relieve, “Círculo literario...”, que termina en un nombre propio. Seguramente el de algún prócer de la patria, y genio de las letras.

El conferencista habla.

“¡Sí, mi dilecto auditorio!... nuestra nación es una democracia étnica, en esto tal vez la más avanzada del mundo, ¡un ejemplo para todos!, en donde se da, sin discriminaciones raciales, una intensa fusión de razas y culturas, ¡somos ya una mestiza raza cósmica! Fusión original y maravillosa entre la raza de los oscuros que algún día vinieron del continente ignoto, y los

amerindios y vigorosos habitantes originales de este nuevo continente, todos ellos mezclados en un excelso caleidoscopio enmarcado por culturas del Viejo Continente, que nos dieron luces y civilización. ¡Un producto original de cultura y de expresión racial!, milagro de la evolución, que ha producido en nosotros una señoría y gracia innata... ¡gracia inigualable que nuestro pueblo tiene hasta en su folclore, en sus deportes!..."

El conferenciante es interrumpido por nutridos aplausos. Se oyen aquí y allá comentarios elogiosos. "¡Tiene un gran verbo!, un hombre muy culto. ¡Qué gran penetración tiene!" Y así por el estilo. Una reunión de mutuo elogio, de mutuo bombo...

Repugnancia. Asco. Deseos de vomitar allí, y sobre aquella gente. Sentimientos crecientes que embargan a nuestro protagonista. No los puede soportar. El hedor físico que desprende el cinturón marginal de la gran urbe de gente oscura le parece un excelso perfume al lado del hedor intelectual, asqueroso, que desprende esa reunión de diletantes atildados de la cultura.

Pero, no obstante, una palabra le ha llamado la atención allí; "amerindios". ¡Sin duda serán más humillados y ofendidos!, pero, ¿quiénes serán, en concreto? En estas reflexiones está cuando, súbitamente, se da cuenta de que ya no hay escena; ni sala de conferencias, ni diálogos frívolos, ni nada. Todo ha desaparecido. Otra vez el etéreo laberinto del espacio y del tiempo. E, infaliblemente, su guía al lado. El seguidor de Maese Apuleyo de tez oscura. Esta vez, ya no camina; se detiene frente a él. Le habla pero, por primera vez, parece difuminarse lentamente mientras habla. Con una voz que también se apaga lentamente, y se va volviendo inaudible.

"...Mundos de humillados y ofendidos hay tantos como granos de arena del mar, y sobre la gente oscura, sólo unos cuantos granos te he mostrado... ¡Quién pudiera, aun con mil vidas, verlos todos!... pero, aquí termina mi cometido contigo... espero que las experiencias que te he mostrado en algo hayan servido no obstante todo... Adiós... Adiós..." La voz termina, finalmente, de apagarse. Y la figura desaparece. Ya no está, no hay nada. Sólo ese ambiente incorpóreo, nebuloso e insólito, del laberinto del espacio y del tiempo. Y él solo, muy solo. Terriblemente solo.

Antes de que pueda reaccionar, algo sucede. Una voz se oye; primero débil, después muy claramente. Y, en aquel mundo fantasmagórico de las fuerzas arcanas, puente y conexión entre mil mundos y épocas, una silueta empieza a perfilarse. De algo; no, más bien de alguien. A medida que la silueta se recorta y precisa la reconoce. ¡La vio en el foro romano, el día de la coronación papal de un Borgia!... es... ¡el seguidor de Maese Apuleyo, pero esta vez el de tez cobriza! Tal parece que será su segundo guía, en el universo de mundos de humillados y ofendidos.

“Tienes razón... yo seré tu segundo guía...”, le responde el cobrizo seguidor de Maese Apuleyo. “En este mismo país del feroz Piracmón, te ha llamado la atención la palabra amerindio... ¡esconde esta palabra otros mil mundos de humillados y ofendidos!... imposibles de ver todos, mientras existan amos de edenes su número será incontable... pero algunos he de mostrarte, y en este mismo país... ¡Sígueme!...”

El nuevo guía ahora calla, y, como hiciera el anterior, comienza a andar. Y nuestro protagonista, ignorando su destino, detrás...

PARÁBOLA DEL JARDÍN CRUEL DE HIPÓLITA

Largo rato continúa la caminata. Nada parece cambiar en el incorpóreo laberinto del espacio y del tiempo. Tal pareciera, por su pertinaz silencio y andar mayestático, que el nuevo guía, y seguidor de Maese Apuleyo, el de la tez cobriza, fuera una esfinge. Algo, sutilmente, empieza a transformarse en el ambiente. Como penetrando las brumas fantasmales que rodean a nuestro protagonista, ciertas vibraciones tenues le llegan. Le despiertan leves sensaciones. De calor; también auditivas. Sí, el silencio no es total. Oye murmullos, algo gutural, como de muchas voces. Pero no, no son voces de garganta humana alguna, sino de algo; de algo, no de alguien. El sonido, fluctuante, caótico, se precisa. Deja de ser casi imperceptible. Como agua que corriera. Sí, eso es, mucha agua fluyendo sin cesar. El calor va en aumento.

¿Dónde estaré?, ¿a dónde me acercaré?, piensa nuestro protagonista.

“...A un nuevo avatar del jardín cruel de Hipólita... una sufrida tierra del país del feroz Piracmón...”, dice el guía, rompiendo, por fin, su hermetismo.

“En el fondo milenario de la historia”, continúa, “allí donde se cruzaban mil civilizaciones y pueblos, del viejo mundo, del continente ignoto, y del oriente, surgió, como sabes, el imperio asirio... y en su fundación, la lucha por su control se llevó sin contemplaciones ni control, ¡pueblos asirios enteros, vueltas facciones en contra, chocaban sin cuartel, buscando el poder de su nación y, por esa vía, del mundo a su alcance!...”

¿Qué tiene que ver todo esto con el Nuevo Mundo, con el país de Piracmón? ¿Qué relación guarda con los amerindios que quiere hacerme conocer?, ¿a dónde quiere llegar?

El guía, impertérrito, continúa.

“...y sucedió que una de las facciones en lucha, ¡todo un pueblo!, viendo perdida la partida y en peligro de exterminio a manos de rivales vencedores, tuvo que emigrar y hacia el norte lo hizo... hacia la Sarmacia asiática más allá del Cáucaso, estableciéndose en las orillas orientales del Mar Negro... ¡Sólo que no fue gratuita ni sin riesgos la aventura!; en su hostilidad, los pueblos vecinos masacraron totalmente a los varones... de aquel pueblo asirio, errante y exiliado, sólo mujeres quedaban...”

¿Y cómo pudieron ellas sobrevivir?, si es que lo hicieron.

“...estructurando un Estado a imagen y semejanza suya, una sociedad femenina en donde la mujer no sólo gobernaba sino, para no volver más a depender riesgosamente de varones, incluso guerreaba. ¡Un pueblo muy belicoso, según cuentan esas historias que en brumas se confunden con leyendas!... una belicosidad obligada por la supervivencia...”

¡Las amazonas!

“Sí, las amazonas. Y conocimiento de ellas tuvo Grecia, y en particular Tesalia, ¡Tesalia maravillosa donde se guardaron los conocimientos más ocultos!... algunos de los cuales ahí llegaron a nuestro Lucio Apuleyo y así también a nosotros sus seguidores... ¡pero sigo!, has de saber, cuenta la leyenda, ¡pero en el Nuevo Mundo se hizo carne e historia!, que Hipólita...”

¿La legendaria reina amazona vencida por Heracles?

“Sí... Hipólita creó un jardín, ¡el venero de las delicias y la bondad, le llamaba!, un jardín maravilloso en donde corrían transparentes manantiales y, en particular, un candoroso río del

que parecían brotar bellezas y dones sin cuento... un edén en donde, entonces, la belicosidad de las amazonas desaparecía, no imperando entre ellas más que la solidaridad mutua y la generosidad de alma, como si el jardín quisiera ahí compensar la dura vida de supervivencia al reino amazónico... hasta que llegó Heracles y, con él, pueblos llenos de ambición sin freno, y de codicia, que del jardín hicieron sede de sus bastardos intereses..."

¿Destruyeron el jardín?

"...No y sí... no, porque siguió existiendo, ¡y aún en tu tiempo y ya verás por qué lo digo!... y sí, porque desde entonces ahí reinó la crueldad, la que acompaña a los amos de todas las épocas cuando conviven al lado, sobre, y a costa de infinidad de humillados y ofendidos, de pueblos sometidos... y, ante eso, la naturaleza misma parecía cambiar y volverse en contra, transformando un jardín y venero tan maravilloso de antaño, en una selva hostil y cruel en donde las mayores atrocidades parecían la regla..."

¡Sólo una leyenda!

"¡Una leyenda que se volvió parábola y advertencia moral, con una maldición que, finalmente, encarnó en la historia concreta!... una parábola, una enseñanza moral, que mostró que hasta la naturaleza se vuelve en contra cuando en ella reinan intereses ocultos y torcidos, ¡el jardín de Hipólita se había vuelto un jardín cruel!... y una historia concreta, personificando una maldición de Hipólita, hecha carne y sufrimiento en el Nuevo Mundo, en el país de Piracmón... En realidad, en todo sitio donde Piracmones impongan su feroz voluntad..."

¿En qué consistió la maldición de Hipólita?

"...dijo que el venero maravilloso transformado en jardín cruel, en selva impía, sufriría diversos avatares, encarnaciones... allí donde aparecieran intereses retorcidos, egoísmo y codicia, no importando en qué espacio y qué tiempo... pero, ¡esto lo verás!", concluye el guía.

La pesantez del calor se acentúa. El velo de brumas del laberinto del espacio y del tiempo empieza a correrse. Los sonidos se acrecientan, van *in crescendo*. Un torrente enorme de agua parece fluir.

“Mira”, le indica su guía, como si señalara una escena en una pantalla tridimensional, viviente. Todo es claro y preciso ahora, bajo un sol caníbal. Están a las orillas de un río, un inmenso río como jamás conociera. Su inmensidad es tal que no se divisa la otra orilla. En la que están domina una lujuriente y espesa selva, de aspecto impenetrable; algo que se antoja debe continuar, tierra adentro, por cientos y miles de kilómetros. Y, sin embargo, desde esa misma orilla se observan ciertos claros. Algunas lagunas esporádicas también, de agua estancada y fango; parecen pequeñas e irregulares llanuras de inundación. Seguramente debidas a crecidas estacionales del gran río que, entonces, temporalmente invade parte de la selva adyacente. En todo caso parece que ahí es capaz, en río y selva, de crecer todo; que ahí crece todo, que ahí se da todo. En todo tiempo y todo lugar del inmenso jardín selvático.

¡Una naturaleza lujuriente y riquísima!, exclama nuestro protagonista.

“En cierto sentido sí... en otro, según y cómo”, responde el guía, “lujuriente sí... ¡pero riqueza es un concepto que inventó el ser humano y que, a veces, desnaturaliza a la propia naturaleza!...”, continúa enigmáticamente.

No entiendo...

“Escucha... en su largo viaje, este gran río casi recorre, a lo ancho, todo el Nuevo Mundo... arranca de lejanas montañas, ricas en minerales y mil sustancias que el río arrastra en su curso hacia el gran océano oriental, y que va regando, en sus periódicas inundaciones ribereñas, a uno y otro lado. Por eso esas riberas, como la orilla en que ahora estás, son riquísimas. No es en vano que las grandes civilizaciones, surgidas de lo profundo de la historia, se hayan iniciado en los márgenes de grandes ríos... pero aquí la naturaleza es calurosa y lluviosa, lo que se acentúa tierra adentro, lejos de las orillas del río, en la tierra firme de la espesa selva, ¡una selva de dimensiones casi comparables al viejo mundo!...”

Pero el calor y la lluvia propician, aún más, mayor riqueza natural...

“Cuando no son excesivas como aquí... Aquí el calor calcina la tierra y la lluvia torrencial arrastra y roba sus mejores sustan-

cias... esta tierra sería estéril si no fuera protegida por la lujurante vegetación tropical. Plantas y árboles de todos tamaños y tipos se esparcen caóticamente por esta tierra para protegerla, vegetación que, además, al morir, por su diversidad y esparcimiento, proporcionan al suelo aquellas sustancias que el calor alucinante y las lluvias copiosas hubieran podido, a pesar de todo, arrastrar eventualmente... ¡Un delicado equilibrio de la naturaleza!...”

Pero, en suma, insisto, una gran riqueza natural...

“Sí, ¡el venero de las delicias y la bondad del jardín original, y maravilloso, de Hipólita!... pero a condición de no destruir ese equilibrio natural, ¡y tantas cosas es capaz de destruir el ser humano!... Mira, por ejemplo, hacia allí...”, le indica el guía, señalando, desde la orilla en que se encuentran del gran río, tierra adentro, hacia la tierra firme de la profunda selva.

Vegetación espesa, tupida. Árboles de todos tamaños y formas, encimados. No como en un jardín artificialmente cultivado por la mano del hombre, en donde vegetación exactamente del mismo tipo suele extenderse en todas direcciones. Sino árboles, arbustos, plantas diversas, diversas y no iguales, cubriendo el suelo. ¡Tanta vegetación hay y parece no haber, en un mismo sitio de cierta extensión, dos árboles o arbustos iguales! Nuestro protagonista, en un principio, no nota esto; pero, ante la insistencia del guía, termina por percibirlo. Otra cosa termina resaltando a su observación. Se ven pequeños animales, pequeños mamíferos dispersos. Nunca grandes, ni gregarios. Ningún predador de grandes dimensiones, ni grupos numerosos de animales.

“Como ves”, explica el guía, “el equilibrio natural de estas tierras, a pesar de su aspecto lujurante y de profundidad y espesor impenetrables, prohíbe la uniformidad, la concentración intensa de vegetación de idéntico tipo, ¡se necesita un escudo de vegetación, muy diverso y esparcido, para protegerse aquí de las tremendas contingencias del calor y lluvia!... y esto, a su vez, por la ausencia de pasturas y alimento vegetal, no solamente densamente asentado sobre el suelo sino de igual tipo, impide la existencia de los grandes mamíferos, o de grandes agrupaciones animales...”

Y el ser humano, ¿cómo puede lograr sobrevivir aquí adaptándose a tales circunstancias?, piensa nuestro protagonista.

La respuesta del guía no se hace esperar: “¡Respetando y adaptándose a ese equilibrio natural, y no destruyéndolo!... porque si los bastardos intereses que impulsan a la codicia humana, como Heracles y su gente hicieran con el jardín de Hipólita, no sólo a someter a pueblos humillados y ofendidos, sino a considerar también a la naturaleza botín de su avaricia, entonces la naturaleza se destruye, y se venga, y se vuelve el jardín cruel de Hipólita... los amos de todos los edenés, en su insaciable apetito y afán de riquezas, siempre consideraron a la naturaleza enemigo jurado y objeto de explotación... incluso en tu época, y en su demagogia, ¡llegaron a decir que hay que explotar a la naturaleza y no al ser humano!, terminando siempre por explotar a los segundos, ¡y destruir a la primera!...”

Mil ideas cruzan por la cabeza de nuestro protagonista. Empieza a imaginar, estimulado por las palabras del guía, grandes selvas taladas y convertidas en haciendas de esclavos, en donde a la naturaleza se le exige intensamente un producto que termina transformándola en desierto. Imagina también, recordando pasadas experiencias en el continente ignoto, cuál pudo ser el resultado en estas tierras del contacto entre la *civilización* de los amos de edenés y los habitantes originales. ¡Mil ideas distorsionadas cruzan así por su mente! Se entrecruzan, lo atormentan, se le asemejan una pesadilla de un irreal mundo onírico.

Su guía lo interpela, “...No... eso que imaginas es algo más que pesadillas oníricas... pero, ¡observa, por ti mismo, cómo se jugaron los dados en estas tierras!” Y, dicho esto, con un gesto casi imperceptible de las manos del guía, algo parece cambiar.

Ahora, es y no la escena de antes. Otra vez el calor que atormenta. El gran río caudaloso, y a partir de sus orillas, una selva que se antoja impenetrable e infinita. Pero algo ya es distinto. Distinto en el río, y distinto en sus riberas, entre él y el comienzo de la selva en tierra firme. Algo había, de más. “El tercero en discordia”, ¡eh, sí!, intrínseca y fatalmente en discordia, en los lugares que suele hoyar... seres humanos.

“1542, año del Señor”, comenta lacónicamente el guía.

Dos barquichuelos, de dos velas cada uno, se acercan por el

río hacia la orilla donde están. De esos que, en la época, se construían en el Viejo Continente para pequeños viajes locales. Pero éstos, por lo que ve nuestro protagonista, son algo más rudimentarios aún, como si hubieran sido construidos, por manos no especializadas, sobre la marcha, para poder navegar por aquel inmenso río. Dos bergantines.

¿Quién irá dentro?, piensa nuestro protagonista. No acaba de apagarse este pensamiento suyo cuando la escena parece disolverse y cambiar unos instantes. ¡Los misterios de las fuerzas arcanas que controla su guía de la tez cobriza! La escena vuelve a estabilizarse; otra vez el mismo río. Pero ya no está en una de sus riberas, a las que se acercan los bergantines. Está en uno de ellos, con su guía a su lado. Como siempre, como espectador privilegiado y ahí viviente, no obstante todo, invisible para el resto. Porque en el bergantín, como en el otro, hay seres humanos. Unos treinta en su bergantín, y algo más de veinte en el otro. Unos reman febrilmente hacia la orilla, en tanto otros, vestidos con ropa hecha jirones por, al parecer, los azares de ya un largo viaje, preparan ballestas y arcabuces. La mayoría trata de cubrirse con pequeños escudos redondos, rodellas, que sostienen con la mano izquierda. Mirando hacia la orilla hacia donde van, como esperando un ataque desde allí. Alguien pasea, frenéticamente, dando órdenes, sobre el bergantín en donde ahora se encuentra nuestro protagonista. También hay un fraile, “la ayuda espiritual del viaje”. A lo que se ve sobre el otro bergantín, muy cercano y algo más pequeño, la escena es similar.

“Conquistadores del Nuevo Mundo, venidos de allende los mares”, le indica brevemente su guía.

¡Sí, eso es!, ¿cómo no se dio cuenta antes? ¡Conquistadores de la época!, de esos que sojuzgaron un continente entero. Pero, ¿qué son esos gritos ensordecedores?... no provienen de los bergantines. Cientos, parecen miles de voces, que salen de la orilla a la que se acercan. Sí, porque la orilla es una orilla hostil, humanamente viviente. En ella se agolpan verdaderos escuadrones de seres de tez cobriza, casi totalmente desnudos, y con arcos y palos. Ameroindios de entonces. Tal pareciera que la ribera del inmenso río estuviera densamente poblada por doquier. En

efecto, así parece ser. Se diría que hay poblados, constituidos con casas de paja, que se extienden infinitamente a un lado y otro, y a lo largo del río.

No obstante todo, contra lo que debiera aconsejar toda prudencia, los bergantines llegan a la orilla, y los conquistadores desembarcan. Con gesto feroz, con las manos crispadas sobre ballestas y tizonas, y otras armas blancas. El que parece ser el capitán vocífera, impulsando a su gente:

“¡Vergüenza, vergüenza, caballeros! ¡Por Nuestro Señor Jesucristo y Su Majestad el emperador Don Carlos! ¡A ellos, a ellos, no son nadie, nadie para nosotros!... ¡Adelante!...”

Casi sin poder llegar a la orilla, con el agua a mitad de pecho y cubriéndose con las rodela de una lluvia de flechas, acometen. Con las ballestas y arcabuces, los que aún quedan en los bergantines, protegen a los que están en el agua y van hacia la orilla, provocando gran mortandad entre los amerindios de la ribera. Son muchos y protegen su tierra, pero la superioridad de las armas de los conquistadores no se hace esperar. Caen los ribereños en racimos. No se combate con armas de la edad de piedra a arcabuces y ballestas, implementos de guerra del siglo XVI del Viejo Continente. Empieza, ya sobre la playa del río, la masacre de amerindios. Sin piedad, sin cuartel, con ferocidad inaudita por parte de los conquistadores. No obstante estar rodeados por todas partes, por todas partes masacran a todos. Ferozes titanes que parecieran no conocer el miedo ni la fatiga, impulsados por un afán de exterminio nunca visto.

Nuestro protagonista está como hipnotizado. ¡Está asistiendo al comienzo del proceso “civilizador” del Nuevo Mundo! A cargo de la espada y la cruz. Pero algo extraordinario le llama la atención. ¡Hay mujeres, y blancas, combatiendo al lado de los amerindios! Son diez o doce, parecen dirigirlos y darles ánimo. Como capitanas. Sólo ataviadas con un taparrabo, para tener mayor facilidad de movimientos. Muy altas y membrudas, de cabello larguísimo. Pareciera cada una de ellas combatir por diez amerindios. Infunden ánimo. Y al que retrocede, ahí mismo lo apalean incluso hasta la muerte. No salen de su asombro los conquistadores. La pelea dura más de una hora y, lentamente, aquellas mujeres caen, siete u ocho. El arcabuz y la ballesta se

imponen. Los habitantes ribereños empiezan a flaquear ante la masacre que están sufriendo. Visto por los conquistadores que el número del enemigo terminaría finalmente con ellos, empiezan a retroceder hacia los bergantines. ¡Otra vez será lo que vinieron a buscar ahí! Los bergantines se alejan, con nuestro protagonista y su guía a bordo, ante los ensordecedores gritos de odio de los ribereños. Les gritan como si hubieran logrado, por esta vez y al precio que sea, alejar a un feroz animal predador.

Mil reflexiones y emociones sacuden internamente a nuestro protagonista. ¿Quiénes eran aquellas mujeres? ¡Amazonas!, ¡en el Nuevo Mundo!... ¿y por qué esa ferocidad inaudita de los conquistadores?...

“Amazonas, sí”, le contesta su guía de la tez cobriza, “¡una vieja leyenda del Nuevo Mundo que hoy has visto hecha carne!... ¡Las Amazonas de Hipólita, transplantadas al Nuevo Mundo defendiendo su nuevo jardín, al lado de sus habitantes!... y, en cuanto a esa ferocidad que te asombra, que da a estos conquistadores su valor y crueldad sobrehumanas, es causada por una enfermedad: ¡la enfermedad del oro y de la ambición!... lo único que calmaba a esta terrible soldadesca...”

¿Oro aquí, en este río y en esta selva?

“Sí... la codicia de los conquistadores del Nuevo Mundo les hizo inventar mil leyendas, detrás de las cuales y en su busca se lanzaban. Buscaban El Dorado, la supuesta ciudad toda de oro. También la Sierra de Plata en el sur del Nuevo Mundo, y las legendarias y riquísimas siete ciudades de Cibola en el norte. Otros más se lanzaron en búsqueda de la isla Bimini y su supuesta fuente de la juventud, que los conquistadores necesitaban para seguir buscando oro. En este viaje de estos conquistadores, por ejemplo, vinieron a buscar, ¡sin éxito!, el País de la Canela, porque la canela era una riqueza apreciadísima en el viejo mundo...”

Así pues, por ansia de riqueza y ambición de poder están aquí. Pero no parece que, por hoy, a éstos les haya ido demasiado bien; han tenido que retirarse con los bergantines...

“... ¡Sólo por ahora!... pero han encontrado hoy, hecha carne, la leyenda de las Amazonas... pero, observa y escucha”, concluye el guía, indicándole un lado del bergantín donde están.

El capitán, ante un amerindio atado y en el suelo. Un prisionero. Lo interroga, presionando tan ferozmente como puede. Logra entenderse con él, porque la travesía por el gran río ya es larga, y numerosos sus contactos con innumerables ribereños, lo que algo le ha permitido aprender de sus lenguas.

El amerindio cuenta una historia increíble sobre las amazonas. Amplificada por lo que el conquistador cree entenderle, bajo la influencia de su codicia y ambición. ¡Es la codicia la que creó todas las leyendas del oro! Nuestro protagonista no da crédito a lo que oye.

Dice el ribereño prisionero que las amazonas que vieron, vieron a ayudarlos a combatir a los rapaces extraños; que tienen un reino a cuatro o cinco jornadas de allí, formado por setenta grandes pueblos, todos con casas y murallas de piedra. Viven solas y en paz, se atavían con túnicas y coronas formadas por un arco de oro de dos dedos de grueso. Una vez al año se aparean con habitantes colindantes, que también son blancos, aunque no barbados. Sólo conservan a las niñas. Tienen una reina llamada Corini. Y, en su ciudad capital, hay cinco casas del sol, porque adoran al sol, templos llenos de estatuas femeninas de oro y plata. Y vasijas también. Mucho oro y plata. . .

Oír esto y bríllanle al capitán conquistador los ojos de codicia es todo uno. ¡Oro, plata! . . . mucho oro y plata. “¡Habrà que ir ahì!”, exclama involuntariamente. “¡Habrà que ir ahì, más adelante, voto al diablo, cuando logremos salir de este maldito río y llegar al océano! Yo iré ahì. . .”

La escena empieza a difuminarse. A apagarse. Por unos instantes nuestro protagonista vuelve al etéreo laberinto del espacio y del tiempo. Reflexiona ahora, en este ambiente incorpóreo que, ¡al menos por esta vez!, los conquistadores no lograron su propósito de arrasarse la ribera.

“No por mucho tiempo”, le responde su guía, “¡mira!”

Y, ante un gesto suyo, otra vez se aclara la escena. Otra vez el río grande, de las amazonas, otra vez los dos bergantines aproximándose a una orilla, y él y su guía a bordo de uno de ellos. Se acercan esta vez a un pequeño poblado ribereño. Se oyen voces de descontento en el bergantín. . .

“¡Capitán, tenemos hambre! . . . Llevamos muchas leguas de

este maldito río ya sin comer... ¡Y las suelas de los zapatos ya nos saben mal!...

“¡Caballeros!”, responde el conquistador, “¡ahí tenéis, si valor tenéis, comida!...”, e indica con un gesto feroz el poblado próximo de tierra firme. Algarabía y apresto de ballestas y arcabuces en los bergantines, con tanto mayor celeridad cuanto que no parece haber oposición, esta vez, en la ribera. ¡Caerán de sorpresa!

Desembarcan. Atacan el poblado, de unas veinte o treinta casas; chozas humildes de paja. Sorprenden a todo mundo. Esta vez masacre a placer, sin resistencia. Caen mujeres y niños, no sólo amerindios varones que, vanamente, intentan defenderse. Los ballestazos hacen estragos. Hay flecha de ballesta que traspasa, de parte a parte, a la altura del pecho, a madres con sus niños en brazos al intentar huir. Sólo se les respeta la vida a siete prisioneros, ¡quién sabe con qué oscuro destino! Terminada la masacre saquean el poblado. Comida sobre todo, que es lo que encuentran. A los bergantines van tortugas, aves, pescado desecado de diverso tipo, fruta... ¡habrá atracón de los grandes en los barcos!, a costillas de los indefensos ribereños.

El capitán ordena abandonar el poblado. Y da una orden antes de partir. Que es cumplida en menos que se dice y canta. Los prisioneros cuelgan de los árboles que dan al río, como fruta madura. ¡Para que sirvan de ejemplo a los próximos amerindios que en su camino se crucen, y resistan al conquistador! “¡Amén!”, dice el fraile que los acompaña, “¡qué sus almas sean bien recibidas en el seno de Nuestro Señor!” Parten...

Vuelve a desdibujarse la escena. Se apagan ruidos y voces. El laberinto del espacio y del tiempo otra vez, con su etérea atmósfera; fantasmagórica. Nuestro protagonista, no por ello, por haberse borrado la escena, está menos horrorizado. Esas escenas persisten en su mente. ¡Cuánta crueldad!...

“Sí”, responde el guía, “la crueldad ha vuelto al nuevo jardín de Hipólita, al jardín de la Corini del Nuevo Mundo... nuevos y feroces Heracles, los conquistadores, han hollado el, hasta entonces, venero de las delicias y de la bondad... el jardín se volverá cruel, y sede de mil mundos de humillados y ofendidos, que aún persisten, en tu época, en el país del feroz Piracmón...”

Pensamientos contradictorios, oyendo al guía, cruzan la mente del protagonista. Todos terminan en uno, en una pregunta torturante, ¿cuál fue, y es aún, la suerte de los ameroindios, de esos humillados y ofendidos, de la tez cobriza, del Nuevo Mundo?

“¿Qué fue y ha sido de ellos?... ¡Muchas cosas has de ver todavía!”, dice el guía, “no sólo en esta inmensa selva que cruza este río de las súbditas de la reina Corini, de las amazonas, sino, de norte a sur, a todo lo largo y ancho del Nuevo Mundo, humillados y ofendidos fueron de mil maneras diversas, ¡siguen aún siéndolo!, los ameroindios, los cobrizos habitantes de este continente... ¡Verlo todo no podrías aun si mil vidas tuvieras!...”

¿Tanto sufrieron?

“Tanto como es posible sufrir cuando los amos, de todas las épocas y raleas, aplican el doble bastón maldito del diablo...”

¡No te entiendo!

“Cuentan que el diablo, queriendo martirizar al género humano, creó un doble bastón que siempre pone en manos de egoístas y ambiciosos, que quieren enriquecerse y escalar el poder a costa de sus congéneres. Doble bastón porque tiene un doble uso, ¡y cuántas veces ha sido usado históricamente!, uno es provocar el genocidio, y otro es, cuando los tiempos sólo permiten sutiles métodos civilizados, provocar el etnocidio...”

Quisiera saber más...

“En las heladas tierras del más extremo norte”, continúa como si no lo oyera el guía, “el pueblo esquimal fue confinado, eliminadas sus tradiciones culturales, explotado en la pesca industrial, hasta agotarse ésta y ellos, y se le inculcaron los valores egoístas e individuales de los amos, ¡y hoy ese pueblo se extingue! Asesinato de una raza por destrucción de sus hábitos y cultura, ¡etnocidio!, que de hecho oculta un implícito genocidio, fin físico de un pueblo... ¡y qué decir de lo sucedido en las ciudades de los amos del norte, el edén de los amos más elevados de tu época!; ahí las naciones ameroindias fueron masacradas, encerradas en reservaciones de tierra estéril, otra vez masacradas para arrebatarles hasta esa dura tierra, ¡genocidio!, y finalmente asimilados, al estilo esquimal, ¡etnocidio!, hasta lograr casi su extinción... Y más al sur, en el País de los Sapos...”

¿El País de los Sapos?, ¿qué país?

“... un país que después verás”, continúa el guía, “en donde la destrucción de toda una avanzada civilización urbana amerindia, a cargo de conquistadores como los que has visto, fue seguida, en el espacio y el tiempo, y en llanos, bosques y selvas, del exterminio de restos nómadas diseminados y escondidos. Genocidio. Los aún restantes, ¡los tiempos históricos cambian y con él los métodos!, fueron civilizados a la manera de los amos, ¡el arte del etnocidio, destruyendo culturas e inculcando el sacrosanto catecismo del egoísmo personal!...”

¿Y aún más al sur?

“Aun más al sur ya lo estás viendo, y más verás aún si tienes valor para ello... por ahora, observa”, concluye el guía, haciendo un extraño gesto con la mano derecha, a tenor del cual las sobrenaturales brumas del laberinto del espacio y del tiempo se despejan.

“Mira”, le dice el guía, indicando algo.

Una escena aparece. Clara, nítida, muy viva, que rodea a nuestro protagonista. Y en ella ya se siente inmerso. Como siempre, viviéndola y sufriendo como un privilegiado observador; pero sin serle posible participar en ella. Como si ahí fuera, excepto para su guía, un invisible fantasma para otros seres. Para todos los seres humanos de esa escena.

Otra vez el río inmenso, bajo un sol calcinante, selvático. Parece la misma escena geográfica ya vista, que fuera marco de la actividad de los conquistadores. Algo ha cambiado, no obstante todo, sustancialmente. Algo que afecta, ahí, naturaleza y hombres. En la ribera que nuestro protagonista divisa, porque las dimensiones del río hacen invisible la otra, hay regiones ahora en donde no hay vegetación, como si algo hubiera devastado la antigua y lujuriente selva ribereña, transformándola en tierra yerma, estéril. Pareciera que ahí, por señales que son visibles en la tierra, se hubieran intentado cultivos artificiales y sistemáticos. Obviamente, sin éxito. También sobre esas regiones se ven construcciones, de madera, abandonadas, semiderruidas. Construcciones no amerindias, indefinible su época. Aun cuando, desde luego, muy posteriores a la época de las “epopeyas de los conquistadores”. Una de las muchas construcciones semiderruidas, por ejemplo, parece haber servido, antaño, de enorme almacén.

De granos, de alimento; o algo así. Por otra parte, el ser humano parece ausente de aquellos lares. Es cierto que, en la lejanía, y extendiéndose río arriba y abajo del inmenso río, se ven diseminadas algunas construcciones, pocas, semindígenas; en parte las construcciones casi de paja de los amerindios de los tiempos de los conquistadores, pero con elementos, tablones de maderas u otras cosas, contribución de culturas externas. De eso que llaman civilización. Pero ya no es aquel intenso pulular de poblados amerindios, cuya densidad impresionaba en las escenas que antes viera nuestro protagonista. La naturaleza, a pedazos, se ha degradado, aun si se observa todavía, a lo lejos y en un horizonte lejano y opuesto al río, la misma selva de antaño. También se ha degradado el asentamiento humano; contrastando sus ralas y esporádicas construcciones con la inmensa e intensa vida ribereña, amerindia, de los tiempos de los conquistadores.

Sobre una de esas regiones ribereñas, ahora devastadas, en la que ahora se da cuenta nuestro protagonista, al lado de su inseparable guía, mil ideas se agolpan en su cabeza. ¿Por qué ese cambio en naturaleza y seres humanos?, ¿pueden así, con el tiempo, cambiar tan radicalmente las cosas? ¿Quién lo diría!

“¡Pueden, y más, así cambiar las cosas con el tiempo!”, le comenta su guía, “sobretudo cuando el feroz egoísmo humano hace presa todo lo que le rodea... ¡Y en estas tierras ese egoísmo, esa codicia que se inició con los conquistadores, ha tenido siglos a su favor para desplegar ampliamente su tarea destructiva!... El jardín de Hipólita, el nuevo jardín de Corini, se volvió un jardín cruel...”

¿Cómo fue eso?

“Sobre esta misma región donde estás, trataré de mostrarte tres momentos en el tiempo, del proceso que llevó al lamentable estado de cosas que hoy observas... ¡Veamos la primera escena, tiempos posteriores pero casi inmediatos a los de los conquistadores”, dice el guía. Parece no haber hecho gesto alguno, pero casi instantáneamente ciertos aspectos, vitales, cambian en el mismo escenario.

Otra vez escenas pasadas ya vistas por nuestro protagonista. La ribera es un hervidero de poblados indígenas, amerindios, que

se diría se extienden hasta el infinito. Poblados cercados se suceden sin cesar, de veinte a treinta casas; chozas de paja. La vida en ellos parece intensa. Niños jugando, mujeres preparando extrañas comidas, a base de extraños productos del río y la selva ribereña. Hombres que se internan, en grupos o solos, en la selva, con arco y flechas de caza. Otros más pescan en el río con implementos extraños, algunos incluso con arco y flechas.

Se acercan algunos barcos extraños, como bergantines, por el río. Son tres, y se dirigen aceleradamente a la ribera. Hay alarma en el poblado al que se dirigen. Ya no es como en las épocas de los conquistadores. Los amerindios no tratan de luchar; huyen a la selva. Pareciera que pasadas experiencias les hicieran aconsejable su huida, ante la inútil resistencia que sólo los llevaba a la masacre. Pero ya están los barcos en la orilla. De ellos, por grupos, desembarcan cuarenta o cincuenta seres de feroz aspecto. La mayoría barbados, con sucias ropas y armas, se diría, de fines del siglo XVI o comienzos del XVII. Una mezcla de marinos y soldados, en un todo del aventurero y bandolero sin escrúpulos. Los ojos, viendo ante sí el poblado y ya en tierra firme, les brillan. Un brillo que va de lo libidinoso a la codicia.

Corren al poblado vociferando, cortando la huida a sus habitantes. Voces, gritos de angustia, llantos de niños acallados súbitamente. Empieza la masacre. Selectiva, muy selectiva. Se aprisiona a los varones jóvenes, en la flor de la edad, ligándolos como fardos y lanzándolos brutalmente al suelo. Los niños y los ancianos no tiene esa suerte. Entre risotadas, son machacados sobre el terreno. Un niño extiende una mano hacia un anciano, llorando protección. De dos tajos quedan, ambos, desmembrados sobre el lugar. Con ser este destino terrible, no es el peor. Sobre las mujeres jóvenes, que gritan de dolor, de desesperación, se lanzan en grupos los brutales asaltantes. Las tienden en tierra y se amontonan, a codazos unos contra otros, sobre ellas. Como una masa oscilante, en donde cada uno lucha por internarse el primero dentro de las pobres mujeres. Así parece durar más de una hora la escena. Finalmente, el que parece el jefe de los predadores asaltantes, da una orden...

“¡Basta!... a los barcos con la mercancía, ¡buena cosecha de esclavos hemos hecho hoy! ¡Nuestro Señor ha protegido nuestra

empresa!... y nos ha proporcionado un regular placer...” Risotadas obscenas celebran “la ocurrencia”...

La escena se diluye, parece borrarse ante el trauma psicológico de nuestro protagonista, por la crudeza de la escena vista. ¡Qué horror!

“Sí, qué horror”, le dice su guía, “un repetido horror, de siglos, en estas riberas... hasta alcanzar la destrucción casi total de las antaño populosas y florecientes comunidades amerindias, ribereñas, del inmenso río... pero, ¡qué los tiempos cambien en este mismo lugar! ¡Asistamos a la segunda escena que te he prometido!”

No ha acabado el guía de formular este deseo cuando, efectivamente, sobre el mismo lugar de siempre, la escena cambia. Pareciera el guía, este seguidor de Maese Apuleyo, poseer un poder infinito para evocar sucesivas escenas de horror social.

Esta vez, en la misma ribera y lugar del gran río de las amazonas, todo vestigio de construcciones amerindias de antaño ha desaparecido. Son otras. Una de ellas destaca, tierra adentro, a cierta distancia del río. Una construcción, en piedra, rústica, con una torre. Un templo católico lugareño.

“¡La paz de Cristo ha llegado al lugar!... llegan los tiempos de la violencia mansa...”, dice enigmáticamente el guía, “¡puede ser cualquier época, entre la de los conquistadores y la tuya!”

Entre la iglesia y el río otras construcciones, bajas y muy grandes, de tablones, con puertas desvencijadas que les dan acceso. Todo esto asentado en un campo cultivado. Algo se intenta hacer crecer ahí, sistemáticamente. Y no parece que con excelentes resultados, porque el suelo, bajo el sol, se ve calcinado. Ha sido talado y, sin la protección de la arboleda selvática, todo lo que ahí se planta parece abrasarse. Las “técnicas de la civilización” están destruyendo la selva, y ésta se venga volviéndose un páramo estéril. La locura de imponer a aquella naturaleza, con fines de explotación intensiva, los métodos de cultivo de los climas templados del viejo mundo. En su desmedida vanidad, la civilización del viejo mundo viola y arrasa, queriendo reconstruir a su imagen y semejanza, aquella antaño lujurante naturaleza.

Sobre el campo cultivado, con gran fatiga y esfuerzo se afanan grupos de amerindios. Algunos macilentos y enfermos, pero sobre todo tristes, muy tristes. Ya no van desnudos como antaño; ahora se ha cometido la obscenidad de vestirlos, malamente, a la manera “pudorosa y cristiana” que indican los cánones del viejo mundo. Bajo aquel calor, y sol vertical, la ropa les estorba; hace más penosa su labor. Se nota, incluso, que además se avergüenzan de llevarla.

Observándolos desde lejos, a la entrada del templo católico rústico, dos frailes conversan. Su hábito indica su condición religiosa.

“Hermano, la misión no va bien. . . los cultivos no se afirman. Plagas van y vienen, el sol las destruye, ¡y estos salvajes idólatras tan indolentes en el trabajo! . . . aunque sea una herejía, a veces pienso que el Señor no les concedió un alma. . . ¡Qué trabajos, además, para catequizarlos, para enseñarles la mansedumbre, las buenas costumbres, y el camino de Dios. . .!”, dice uno de los frailes.

“Sí. . .”, responde el otro fraile, “¡no sabe usted, hermano, qué sudores fríos me vienen en las lecciones de doctrina! . . . ¡No quieren entender la palabra del Señor, tan encarnizadamente afebrados que están a sus idolatrías y bárbaras costumbres! . . .”

“Así es, desde que llegaron aquí huyendo de la persecución de las partidas esclavistas, a esta misión que bondadosamente autorizó el gobierno, tal parece que toda su intención es dejarse morir indiferentemente, a espaldas de la palabra divina, y en la añoranza de su salvaje vida. . .”

Absorto por lo que ve y oye, una frase del guía le llega como un latigazo que quisiera hacerle reaccionar.

“¡De la sartén al fuego!”, le dice el guía, “del genocidio al etnocidio. . . los amerindios, antaño viriles combatientes contra el conquistador, ya no sufren aquí la violencia abierta. . . ahora se extinguen mansamente, domesticados como aves de corral, olvidando su ser, sus costumbres, ¡todo! . . . La civilización de los amos avanza. . .”

¿Qué sucedió después?

“Verás un instante de ello. . . ¡Qué otra vez los tiempos avanzan en este mismo lugar! . . . Asistamos a la tercera escena de esta

tragedia. Estamos en casi tu época. Puede ser incluso tu misma época... ”

Todo cambia otra vez. Todo se nubla y borra, por pocos instantes. Para volver a aclararse. Ya no existe la misión. Tampoco se ven ya intentos de cultivar la tierra. Sin embargo, la tala y deforestación del pasado ha dejado su huella. Una gran extensión, rodeada por la selva y limitada finalmente al norte por el río, de tierra calcinada. Algunas construcciones, como almacenes, de tablones de madera, dan el aspecto de mísero y múltiple corral humano; insalubre. En los extremos de la explanada y cerca de la selva, esto disiente con otras construcciones. Si no más lujosas, sí más adecuadas para la vida humana. Son las menos. Una nítida diferencia con las anteriores, en las condiciones de existencia de seres que ahí habitan.

La ausencia de cultivos en la localidad, incluso de alguna otra señal de actividad económica asentada en el lugar, despierta la curiosidad del protagonista. ¿Cuál es el objetivo de aquellas construcciones?, ¿qué actividad se desarrolla ahí?

“Caucho. Una estancia cauchera. De ahí salen selva adentro, lejos del río, a por caucho”, responde lacónicamente el guía.

Pero algo sucede en el lugar. De los grandes almacenes desvencijados, que parecen corrales insalubres, van saliendo lentamente ameroindios de edad indefinida. Macilentos, como arrastrando las pisadas y la cabeza baja. Una blusa andrajosa de color indefinible, y unos pantalones sucios, es todo su atuendo. Descalzos. Primero salen diez, después más; hasta formar un grupo de más de sesenta personas. Peones miserables de la selva, propiedad de la estancia cauchera. Es evidente.

De las construcciones más lujosas y lejanas, salen a su vez cuatro personas. Dos de ellas blancas, con ropa limpia y botas. Las otras dos ameroindias, vestidas malamente, y con aire servil ante las anteriores. Llevan látigos en la mano, y uno de ellos machete al cinto. Se dirían guardias personales de los dos blancos, o capataces de la estancia. O algo así. Uno de ellos se dirige con voz untuosa y humillada, baja, a uno de los blancos; al de mayor edad.

“¡Don Carlos!, patrón... mire, ahí están ya reunidos los peones, esos cerdos salvajes... ”, dice, indicándole a los seres salidos

de los desvencijados almacenes.

El "patrón" y sus acompañantes se dirigen hacia estos últimos. Llegan hasta ellos, que los esperan, como aterrorizados. Algunos, a pesar del calor agobiante, hasta tiemblan, y todos evitan levantar la cabeza.

"Don Carlos", con voz autoritaria y firme, empieza a hablar...

"¿De manera que parte de ustedes huyeron de la estancia a la selva?, ¡y todavía tuvieron la osadía de pedir trabajo en la estancia de mi rival!... Vaya, vaya, vaya..." No presagian nada bueno estas palabras.

Uno de los serviles capataces quiere "quedar bien" con "Don Carlos".

"Patrón... ¡pero yo logré capturarlos selva adentro!... aunque uno hubo que matarlo porque se resistía a volver... Je, je, je... el cabecilla fue Yambo, y esos tres más de la primera fila...", y, diciendo esto, indica con la mano a cuatro personas, que, cabizbajas, no osan moverse ni articular palabra.

"¿Por qué lo hicieron", dice "Don Carlos", con falso acento dulce. Yambo habla por él y sus tres compañeros.

"... Patrón... es que usted no nos paga desde hace meses... y así no podemos mantener a nuestra gente y..."

No lo dejan continuar.

"¿Y ya has olvidado, cerdo, que cuando viniste aquí a trabajar a la estancia no tenías nada?, ¿que yo te di la ropa que llevas y todo lo que utilizas en el trabajo?... ¡Estás enredado casi de por vida conmigo!, ¡como los otros!... ¡Hasta que no saldéis la deuda sois mi propiedad, y nadie se escapa y se burla así de mí, de Don Carlos!... ¿Qué escarmiento será bueno para vosotros?" En esto, el otro blanco, consultando con los dos capataces, habla al oído del "patrón". Se ve que le sugiere algo. Le brillan, al hablar, malévolamente los ojos.

Una orden perentoria. Los capataces se lanzan, uno por uno, por tres de los "rebeldes" que osaran escapar. Los atan y tiran al suelo. Yambo parece ser un caso especial; lo apartan a un lado, por ahora.

Sobre los tres yacentes empiezan, delante de todo mundo, los latigazos. Sin cesar. Como quien, rítmica y monótonamente, macera carne. Hasta que están, de pies a cabeza, cubiertos de

sangre. Lanzan gritos de dolor, implorando perdón, pero los latigazos siguen. Pierden el conocimiento, y el castigo cesa.

Los capataces entonces, uno a uno, transportan y tiran como fardos a los torturados, en los almacenes. ¡Pero queda Yambo!, que, aterrorizado, ha visto todo con los ojos desorbitados. ¡Y su caso, aún, es más especial!

“En cuanto a ti, Yambo, ¡al río, a visitar a los cerdos de tus ancestros!”, dice “Don Carlos”.

Gritos de terror de Yambo. Forcejeo por escapar. Todo inútil. El terror es tal que, siendo más de sesenta peones amerioindios, y sólo cuatro entre patronos y capataces, nadie osa ayudarlo.

Al río, finalmente, va Yambo, arrastrado por los dos capataces; lo lanzan atado de los pies, en un sitio de la orilla más profunda. Para que ahí no pueda sostenerse y se hunda. Sólo, con los brazos libres, con la desesperación que da el instinto de conservación, bracea frenéticamente logrando apenas sacar la cabeza del agua. Ocasión que los capataces aprovechan para golpearlo ferozmente, y volverlo a sumergir. Un sube y baja cruel, en el que la cabeza, que esporádicamente aparece en el agua, está por momentos, más ensangrentada y destrozada. Finalmente, ya no emerge. Yambo, o lo que quedó de él, ha pasado a ser parte del lecho del gran río de las amazonas. El gran río, y la selva adyacente, antaño edén y paraíso de amerioindios, se ha transformado en jardín cruel, en lecho mortuario.

Nuestro protagonista ha visto todo alucinado. Cree en lo que ha visto, porque lo ha visto, ¡y decía el guía que sucede en su época! Pero no lo puede admitir, ni soportar. ¡Y vaya que ya ha visto cosas, al lado de los seguidores de Maese Apuleyo! Quisiera hacer algo, aunque sabe que no puede. Como observador, no le es permitido. Lentamente, muy lentamente, y mientras la escena se diluye y desaparece, se va calmando. En su trauma, por lo visto, una idea empieza a obsesionarle, como una punzada que le produjera un gran dolor. ¿Y, esta humillada y ofendida gente, qué pensará?, ¿qué pensarán internamente tantos amerioindios de su suerte, en esta inmensa y hoy cruel selva?

El guía, lacónicamente, sólo dice: “¡Ven!” Y empieza a andar entre las brumas, entre el incorpóreo ambiente del laberinto del espacio y del tiempo, en el que ahora se encuentran. “Ven, y

lo sabrás". El protagonista le sigue. Sabe bien que, hasta ahora, ninguna pregunta suya ha quedado sin respuesta de estos infinitamente poderosos seguidores de Maese Apuleyo; sus guías en estos mundos de desventura, ¡tan numerosos!, de humillados y ofendidos.

Larga es la caminata de aquel irreal y nebuloso ambiente, cruce de todas las fuerzas arcanas. El guía delante, y él detrás. ¿Cuánto tiempo?, ¿quién pudiera decirlo!

Finalmente, saliendo de su mayestático silencio, el guía de la tez cobriza habla. "¿Qué sienten, hoy, los ameroindios de este jardín selvático ya cruel?... Mira, nos dirigimos a los extremos sureños de esta inmensa selva, del hoy en tu época país del feroz Piracmón... lo que vas a sentir sucede en los límites selváticos guaraníes... ¡Pero es como si lo sintieras en cualquier parte, tierra dentro, de las profundidades de esta selva!..."

¿Por qué dice que "lo voy a sentir"?, ¿por qué no simplemente observar?, ¿qué pretende el guía? Pensamientos de nuestro protagonista, que son interrumpidos por una tenue y muy dulce voz, que parece llegar, lejanamente, al laberinto del espacio y del tiempo. Un canto dulce, tierno, nostálgico. Una embriagante voz femenina, que por momentos crece. Expresa también un dolor infinito, el de toda una raza, de todo un pueblo...

*Nosotros, Axe que éramos,
ya no salimos nunca más
por entre las columnas de la selva...*

La voz parece apagarse, pero vuelve...

*Ahora,
por entre las columnas de la selva,
Ya no nos abastamos nunca más.
Ahora,
las madres que fueron
—grandes osos hormigueros—
lejanas las hemos dejado para siempre...*

La voz, embargada por el dolor, parece entrecortarse por momentos, para seguir con más fuerza...

*Ahora,
mis hijos están ya en casas grandes, blancas.
Ya nunca más
nos saludamos
con el hermoso saludo de lágrimas.
Nuestras hijas
están ya en casas de grandes señores,
ya han sido totalmente amansadas...*

*... Ahora,
gran papá,
nuestro gran papá,
dueño del maíz,
su casa es grande,
él manda sobre todos nosotros ya...
Nuestra canción
son los que nunca más serán hombres,
son los viejos,
crecen con la lluvia,
los que lejanos hemos dejado,
la cabeza doblada sobre los brazos cruzados...*

La canción cesa. Pero no la emoción que, al escucharla, se apodera y atenaza a nuestro protagonista. ¿De quién será esa voz?...

“¡Tú mismo sentirás de quién es esa voz!”, responde el guía. Los acontecimientos no se hacen esperar. Desaparece el laberinto del espacio y del tiempo. Vuelve a ser el observador privilegiado de una de esas escenas que acostumbra evocar el seguidor de Maese Apuleyo. Pero, esta vez, como ya en ciertas ocasiones pasadas le ocurriera, de una manera bien diferente. Ahora no sólo ve, también *siente* la escena que aparece ante sus ojos. ¿Ante “sus ojos”?... ¡No!, a través de los ojos de alguien, al interior de alguien, siendo parte interna y conciencia de ese alguien. ¡Está, como antaño algunas veces, encerrado en el interior viviente de alguien!, como un posesor poseído. Con el que comparte sus sensaciones, del que escucha sus más íntimos pensamientos y recuerdos. A través de los ojos de su cárcel carnal que lo encierra, observa a ésta. Una ameroindia, malamente vestida con una tosca túnica, arrodillada ante unos fuegos. Como de treinta años, si es que el sufrimiento permite definir edades.

Está al interior de un inmenso barracón de madera, mal iluminado. A su lado otras ameroindias en el mismo trance; preparan algo, alguna comida ante pequeñas hogueras. En aquel ambiente cerrado, con el humo de los fuegos y el calor agobiante, parece no poderse respirar. Es todo agobiante.

Pero algo distrae a nuestro protagonista. En su encierro carnal, de la ameroindia, convive con sus pensamientos y éstos le llegan. “¡Hay que darse prisa con el fuego!... los peones pronto llegarán, cansados y hambrientos... ¡Pobres, pobres todos nosotros, hoy axes amansados!... que vida feliz, libre, la de antes... el gran papá blanco nos amansó y nos la quitó...” Parece que estos pensamientos, como las cuentas de un collar, evocaran otro y otros. Y otros más; recuerdos nostálgicos que sumergen a nuestro protagonista, y en una tristeza infinita. Recuerdos, ideas sueltas, imágenes mentales borrosas, y a veces nítidas. Que no se afirman, que cambian. Hablan de un poblado en la selva, con sus cinco o seis casas de paja, en donde todos eran dichosos. Los niños jugaban, los hombres salían orgullosos a la caza; ella preparaba la comida, la mandioca. Una momentánea sensación de felicidad embarga, se apodera de la ameroindia. Y con ella, y dentro de ella, de nuestro protagonista. Pero pasa. Ideas dolorosas, recuerdos muy lacerantes. Sí, recuerdos muy lacerantes llegan ahora. ¡El terror llega!... una guacamaya enorme, rígida, en el cielo. Con ruido ensordecedor. Suelta algo enorme. Caen sobre el poblado. Fuego, gritos, destrucción. Niños muertos, casas abrasadas... todos huyen. El dolor interno de la ameroindia es insoportable; los recuerdos evocados forman como una barrera, que quisiera impedir el llegar de otros recuerdos. Pero éstos llegan. Nuestro protagonista los ve, los siente y los sufre, como la ameroindia. Hombres blancos, con extrañas armas, como cañas largas que escupen fuego, salen de la selva y entran al poblado. A lo que queda de él. Aprisionan a los supervivientes. Parecen decir que irán a trabajar con “un gran padre blanco”. Después... después... dos hombres blancos y barbados, de sonrisa feroz, se dirigen hacia ella... y después... ¡no lo soporta la ameroindia! Se bloquean los recuerdos. Vuelve lentamente a la realidad. Al fuego que tiene delante. A la estancia en donde está. Lloro... y canta la desgracia de los axe...

Nuestro protagonista se siente morir. Morir por dentro como por dentro también se mueren esos ameroindios. Siente que va a perder el conocimiento. Todo se borra. Cae y cae. Pero, ¿qué ha sucedido? Está otra vez en el fantasmagórico laberinto del espacio y del tiempo. Todo y todos han desaparecido. Excepto su guía de la tez cobriza al lado. Siempre a su lado. Le habla...

"... Como habrás visto y sentido, la muerte física de una raza y un pueblo puede ser, ¡a pesar de todo!, igual que la muerte en vida que se lleva dentro... En estas selvas, en el hoy cruel jardín de Hipólita y en sus límites colindantes, es moneda corriente ameroindia este sufrimiento..."

Lentamente, una pregunta se abre paso en la mente del protagonista. El jardín hoy cruel de Hipólita... la selva, el río inmenso, sus límites olvidados de la mano de toda ayuda, que gimen bajo el predador humano... pero, ¿y en las sedes de eso que llaman "civilización", en sus ciudadelas, cuál ha sido la suerte de estos ameroindios?

"¡El País de los Sapos!", responde el guía, "... El País de los Sapos te ilustrará esto... ¡unos sapos muy particulares!... Hacia allá vamos..."

Silencio. El guía ya no habla. Camina y camina, y el protagonista detrás. ¡El País de los Sapos!, ¿qué será?...